Nubes Púrpuras

Jao Yan

JAO YAN, uno de los escritores de numerosa creación literaria surgidos después de la fundación de la Nueva China, empezó a llamar la atención de los lectores en 1958 con la publicación de su primera colección de cuentos *Las picazas en ramas de árbol*; obra que describe con énfasis el desarrollo del hombre nuevo en la sociedad socialista. Más tarde, dio sucesivamente a conocer *Las manzanas están a punto de madurar, Nueva música primaveral, Perlas, Luna de miel, Lluvias albaricoqueras, Fuente de Jade, Nubes púrpuras* y otras colecciones; relatos que reflejan a tiempo la vida y la lucha actuales.

La presente edición *Nubes púrpuras* de Jao Yan reúne ocho cuentos seleccionados entre las obras del autor, arriba mencionadas.

En las narraciones de esta antología se aprecia cómo el autor, con amplia visión y sentimientos finos, modela nuevas imágenes vigorosas que surgen en el movimiento por el establecimiento de la comuna popular:

Nubes Púrpuras

Jao Yan

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
PEKIN 1976

Primera edición 1975
(2ª impresión 1976)

ILUSTRADO POR TUNG CHEN-SHENG
Y CHEN YU-SIEN

Impreso en la República Popular China

El jamelgo zaino

EN una temporada de abundante cosecha, emprendí un nuevo viaje a la cooperativa agrícola de Tungfangjung.

Flotaba una luminosidad dorada en el campo otoñal.

A las doce el autobús llegó a la parada del poblado Yang. Cargando el equipaje crucé por entre la ruidosa sala de espera y me dirigí directamente hacia una posada de la última calle, adonde los hombres del equipo de transporte de esa cooperativa siempre acudían durante las grandes ferias de los días 2 y 7 del mes. Sería conveniente tomar una carreta de dicho equipo para llegar a mi destino.

Cuando crucé el umbral de la posada el posadero, que tenía buen ojo, me reconoció en seguida y me saludó sonriente:— Camarada Liang, justamente ha venido Chiao Kui con su carreta; después de descargarla, salió a dar vueltas por la feria de ganado y pronto volverá.

Fue una alegría oírlo. Tomé un taburete y me quedé sentado junto a la ventana desde donde pude ver las idas y venidas de los pasajeros por el portón. Me hallaba esperando y recordando a Chiao Kui cuando en mi memoria apareció su imagen. Durante el año transcurrido, para

mí ver las carretas tiradas por caballos y mulos, era recordarlo emocionado, y al mismo tiempo, inquieto.

Chiao Kui era un miembro del equipo de transporte de la cooperativa; de baja estatura, cara rendonda, 24 ó 25 años de edad, era experto conductor de ganado y buen domador de los más chúcaros caballos o mulos. Cuando uno iba en su carro, uno se sentía cómodo y seguro.

Yo había conocido a Chiao Kui en este mismo poblado, una tarde en que no había podido alcanzar ninguna de las carretas regulares. Mientras daba vueltas con impaciencia por la calle, encontré por casualidad a Kui Yung, maestra voluntaria cultural de la cooperativa agrícola de Tungfangjung. "Quiero ir a su cooperativa, pero no he podido encontrar ningún coche, ¡y aquí me tiene varado!" le dije.

"Es fácil ir, pues hoy han venido dos carretas de la cooperativa y pronto estarán regresando descargadas. Vamos a la feria de ganado donde ellos están ahora vendiendo algunos animales," me dijo la joven.

Así me había salvado. Guardé con mucha alegría mi equipaje en la posada y salí junto con la muchacha para buscar a los carreteros.

Fue el 7, día de la gran feria. Las calles estaban llenas de gente, de tantos rumores que su zumbido casi impedía las conversaciones.

Mientras buscábamos apareció de pronto de entre los animados concurrentes un muchacho alto y delgado, que tenía en la mano derecha un largo látigo, la izquierda en un bolsillo de su abrigo negro y la cara angustiada; se acercó hacia nosotros a grandes trancos.

"Hermano Fu Shun, ¿ya han despachado al caballo?" le dijo Kui Yung. "¿En cuánto se ha vendido?"

El joven se enfadó tanto y no sabía con quién desfogarse. Al oír la pregunta, parpadeó y dijo: "¡La venta! Ya habíamos convenido en el precio; pero, ¡ese trabajador modelo nuestro me ha impedido casi a la fuerza venderlo."

"¡Eh! ¿Por qué la impidió? La dirección de la Cooperativa ya ha decidido sumar 300 yuan a la cifra de la venta del caballo para comprar uno mejor, ¿no es así?" se apresuró en preguntar la maestra.

"Anda a hacerle la misma pregunta a él. Mira, allí viene," dijo Fu Shun volviéndose de espaldas y alzando el brazo hacia la feria.

Por la dirección de su brazo vi que un joven estaba trayendo un jamelgo zaino de la feria de ganado. Era un muchacho de cara colorada y con el ceño fruncido. Caminaba despacito, la cabeza baja, los brazos cruzados hacia atrás y arrastrando la rienda.

Kui Yung se puso frente al muchacho y dijo con un tono entre crítico y preocupado: "Chiao Kui, ya se ha negociado el precio, ¿por qué no lo dejas venderlo? ¡Es una decisión de la dirección!"

"No se puede vender. Con 30 yuan, ¡llevarán al caballo zaino al matadero! Le he prometido a Fu Shun cambiar este animal por el mulo amarillo que crié," dijo Chiao Kui con indignación.

"¡Eh! ¡Estás loco! ¿No vas a trabajar después de haber cambiado el mulo tan bueno?" exclamó la joven como si hubiera recibido una picadura.

"Los buenos o malos animales son lo mismo para mí," replicó el joven.

No pude intervenir en sus diálogos, pero fui a mirar de cerca a ese caballo zaino. No me extrañó que Fu Shun insistiera en venderlo, pues el animal era impresentable.

Su pelo de la parte delantera y de las ancas se le había caído completamente, tenía todo el cuerpo como cubierto de una capa de lodo, y sólo quedaba de él un puñado de huesos cubiertos por un pellejo flojo; una tempestad hubiera podido derribarlo. ¿Para qué lastimar a un animal así?

Al ver que yo miraba de arriba abajo a su caballo, Chiao Kui temió que se me escaparan algunas palabras desagradables, y dijo en dirección del animal: "¡No importa qué facha tenga, está lejos de la muerte! ¿Estaba así hace medio año? No. Cierta persona sólo se preocupaba por cambiarlo por un animal nuevo y lo maltrató hasta dejarlo en esta situación. ¡A quién corresponde esta obra!"

Era evidente que las palabras tocaron la herida de Fu Shun, quien enrojeció en seguida, dio la espalda agitando fuertemente el látigo y se marchó enfadado hacia la posada.

Un instante después Fu Shun trajo el gran mulo amarillo recién obtenido y dio a propósito una vuelta frente a Chiao Kui. Este no le echó ni una mirada y se dedicó a instalar al caballo entre las varas de la carreta. Fu Shun alzó el látigo y lo movió, y parpadeando dijo con el rostro serio: "¡Hola! Chiao Kui, me da vergüenza manejar a tu animal y creo que sería mejor vender este tesoro."

"No digas más tonterías; ya es hora de instalar el vehículo para la partida," dijo Chiao Kui con impaciencia, sin levantar la cabeza.

Al anochecer llegamos a la aldea. Habían oído que Chiao Kui y otros habían ido a la feria para comprar un nuevo animal, y por lo tanto cuando las carretas entraron

por el portón del criadero, fueron rodeadas por una multitud.

El jefe de transporte Li Yung llegó al lugar gritándole a Fu Shun: "¿Por qué volviste con el mismo animal?"

"No vendimos el rocinante zaino ni compramos un nuevo animal. Aquí tienes los 300 yuan para devolverlos a la dirección de la cooperativa," dijo serenamente Chiao Kui al jefe antes de que Fu Shun le contestara.

"Mejor guarda tu dinero. Lo venderemos a cualquier precio en la próxima feria; después de venderlo, necesitaremos los billetes para comprar un animal mejor," dijo el jefe rezongando al salir.

"No. No vamos a vender ni comprar nada."

"¿Es que nadie lo quiere o no hay otro que comprar?"

"Sí; pero, sólo nos pagarían 30 yuan por el caballo y no dejé que lo vendieran. Le he cedido a Fu Shun mi mulo amarillo y voy a irme con este jamelgo zaino."

"¿Qué qué? ¿Por qué no lo dejaste venderlo? ¿Es que te gusta conducir animales flacos o eres un tonto?"

Estas palabras salieron de boca del jefe con un tono ni alto ni precipitado; pero salieron muy mordaces.

"Este animal aún puede trabajar. No puedo ver que un caballo útil caiga bajo el cuchillo del matarife y que los recursos de la cooperativa sean llevados por la corriente. No hice lo que hice porque me faltaran ideas. . ."

Chiao Kui argumentó con serenidad y buenas razones; sin embargo al oírlo el jefe Li se encolerizó y dijo gritando: "No puedes ser tan caprichoso en el trabajo, debes obedecer la resolución. Ahora vivimos en la organización y la vida colectivas. ¡Qué horrible es ver un tipo mezquino!"

"No puedo tirar el dinero colectivo por la ventana. Si no quieren ser mezquinos, vayan y vendan todos los ani-

males de la cooperativa y compren camiones. ¡Eso será generoso!" dijo Chiao Kui a plena voz, y luego partió llevándose al jamelgo.

La culebra de la luna se colgó sobre las copas de los árboles y toda la aldea quedó bañada en una brillantez de plata.

Después de una conversación sobre el trabajo con algunos cuadros de la cooperativa, Siao Yung-shun, su director, me llevó a descansar a la casa de Chiao Kui. Este era soltero. Su madre había ido a visitar a sus parientes. Era bueno acompañarnos allí. Por el camino le conté al joven director acerca de ese caballo zaino; al terminar mi narración, se quedó un rato pensativo y comentó: "Chiao Kui es un calificado integrante de la cooperativa y formó parte del congreso distrital de trabajadores modelo el año pasado; lo que acaba de hacer en este asunto del caballo y sus opiniones al respecto son muy valiosas. Hay que prestar mucha atención. . ."

Cruzamos el riachuelo Gallo Dorado, seguimos hacia el norte y de pronto descubrimos a un hombre que avanzaba lentamente llevando un animal por entre el bosque de álamos blancos. El director Siao lo reconoció por la silueta y lo llamó: "¡Chiao Kui, Chiao Kui!"

Chiao Kui estaba sumido en meditación y no lo oyó. En aquel momento nos alcanzó Fu Shun; con cara sonriente y paso arrogante, llegó a pararse delante de nosotros y dijo, alegrándose por el mal ajeno: "Todos los animales del equipo tienen su lugar propio; cuando se trate de la emulación los otros estarán bien preparados y tú sólo tendrás un burro cojo y un molino deshecho, ¿quién se encargará por ti de esa oscura olla?"

El director Siao intervino: "Fu Shun, voy a tener que criticarte de nuevo. En general, eres una buena persona, pero tienes la cabeza embrollada. Uno te pinta una raya, y tú crees que es un río. Siempre trabajas con empeño, siguiendo el consejo ajeno; sin embargo, jamás piensas en por qué lo haces así. ¿Si el caballo fuera de tu propia familia, lo dejarías vender por 30 yuan? Lo que ha hecho Chiao Kui es correcto. Tú eres su amigo, pero no sólo no lo apoyas, sino que además estás haciéndole acusaciones irresponsables y gratuitas desde la seguridad de la orilla. ¡Eso no es correcto!"

Al ver que el muchacho permanecía callado, con la cabeza baja, el director continuó: "Anda avanzando despacio con el camarada Liang; yo iré siguiendo a Chiao Kui." Dicho esto, se adelantó a pasos gigantescos.

La crítica dejó a Fu Shun algo avergonzado. Tras largo silencio, no pudo contenerse y me contó sobre su amigo. Admiraba mucho a Chiao Kui, que se dedicaba de todo corazón a la cooperativa. Sin embargo, Fu Shun no estaba totalmente de acuerdo con él respecto al caballo zaino, y dijo: "¿Cómo se puede rescatar a caballos viejos y flacos?"

Por la noche, Chiao Kui me ayudó a abrir mi equipaje y luego salió a ocuparse de su caballo zaino. Había yo leído ya medio libro, y él aún no volvía a descansar. Entonces me puse el abrigo y salí para buscarlo. De pronto afuera oí los rítmicos sonidos de alguien cortando pienso: trac trac, trac. Bajo la luz lunar, pude ver a Chiao Kui y a Kui Yung, con las trenzas libres, cortando pienso. No pude ayudarlos, ni mucho menos importunarlos, y volví solo al cuarto para dormir.

A medianoche me desperté y vi que la luz todavía no se había apagado, e instantes después oí el crujido de un libro abriéndose. Al levantar la cabeza vi que Chiao Kui estaba leyendo. Posiblemente por temor a molestarme, había dejado cubierta la luz. Estaba tan abstraído que mi movimiento no despertó su atención, hasta que se oyó mi voz: "Ha pasado la medianoche y debes dormir." Cerró el libro y me miró sonriendo, casi como pidiendo disculpas. Acto seguido, salió del cuarto para dar más pienso al animal. Me levanté y tomé el libro que estaba sobre la mesa; al abrirlo descubrí que era un *Texto sobre vacas y caballos,* especialmente sobre enfermedades animales.

Durante la noche Chiao Kui se levantó varias veces para agregar forraje a la cubeta del animal. No durmió bien. Antes del amanecer, cuando se abrieron mis ojos, las mantas de Chiao Kui ya habían sido ordenadas y él había desaparecido. Después de vestirme dejé el cuarto, y vi que el abrevadero y el establo habían sido limpiados perfectamente. El hombre y el caballo habían desaparecido.

En la tarde, después de almorzar en casa de Siao Yung-shun, fui a recoger mi equipaje y encontré a Chiao Kui en el camino.

El caballo zaino descansaba tranquilamente bajo un nogal. Chiao Kui, cubierto de sudor, lo cepillaba con una rasqueta que remojaba en un cubo de agua. Al verme agitó alegremente la rasqueta y exclamó: "Camarada Liang, ¡por fin, hemos encontrado el origen de la enfermedad de este caballo!"

Jamás lo había visto tan alegre. Me acerqué de prisa.

"Anoche leí un *Texto sobre vacas y caballos* en el que explican que los animales canijos no lo son todos por causa de cría, sino con frecuencia por picadura de piojos.

Esta mañana, cuando lo examiné con detalle, vi que realmente hervía de piojos bajo esta piel acerada; la sangre había sido chupada y los pelos mordidos. ¿Acaso no está flaco por eso?" dijo Chiao Kui. Luego señaló el cubo y siguió: "Este es insecticida líquido 666, con el que lo estoy cepillando unas cuantas veces, y se asegura la total exterminación de los piojos. De ahora en adelante, con mejor forraje y mayores cuidados ¡va a ver cómo engorda sin duda alguna!"

En ese momento, Fu Shun y el jefe Li Yung venían charlando por el mismo camino. Al ver a Chiao Kui, el mulo amarillo que los seguía alzó la cabeza y relinchó con los ojos abiertos de par en par. Después de arrancar a la fuerza sus riendas de manos de Fu Shun, el animal salió corriendo, se puso junto a Chiao Kui y lamió cariñosamente sus manos. Cuando Fu Shun se le acercó, el animal se alejó casi a galope. Su nuevo dueño lo fue siguiendo, hasta que el mulo paró en seco y relinchó levantando la cabeza en un gesto desafiante. Fu Shun azotó al animal. Al ver esto, Chiao Kui se inquietó: "¡Fu Shun!, ¡para! Cuanto más lo azotes, más difícil será agarrarlo. Déjame tratar a mí."

En seguida, llamó al mulo en voz alta: "Juangchüjua, Juangchüjua, ¡ven a comer pienso fragante!"

Cosa extraña, al oír su nombre acudió dócilmente. Chiao Kui tomó las riendas y las entregó a Fu Shun; éste se lo llevó.

"Chiao Kui, ¡qué afecto tiene ese animal por ti! Sería mejor devolvértelo," comentó el jefe Li.

El joven rechazó la idea moviendo la cabeza.

El jefe Li añadió con el rostro serio: "¡Hombre, Chiao Kui! Por este asunto insignificante me has acusado

ante el director Siao y por lo tanto he sido criticado. Pero eso no me importa mucho; después de todo, 'hay que corregir el error reconocido'. De ahora en adelante, voy a apoyarte con toda energía en este asunto."

Continuó hablando: "Mañana vamos a transportar abono antes que nada al pie de la montaña Taojung. Según el reglamento, una carreta, un animal y una persona transportan siete carretadas por día, consistentes de siete montones de abono cada una. ¿Cómo vas a hacer con este animalejo y esta carreta que tienes?"

"¿Y tú qué piensas?" replicó Chiao Kui.

Mirando al jamelgo zaino, el jefe Li dijo sonriendo: "De modo que ya tienes la palabra, trabajarás como los otros. Si no, será evidente que te despreciamos. Sin duda dirás que damos golpes contra tu iniciativa."

Una mano de Chiao Kui se apoyaba sobre el lomo del rocín zaino; y éste inclinaba la cabeza y movía la cola. El joven, tras callar un instante, dio una respuesta tajante: "¡Haré lo que exija el reglamento!"

"Debes cuidarte. Si el animal muere de cansancio ¡qué vergüenza la tuya!" respondió el jefe con el rostro pálido.

Chiao Kui no dijo nada. Mordiéndose el labio inferior, se fue llevando al caballo con el cubo de agua en la mano.

El día antes de mi partida de la aldea, cuando el jefe de transporte informó al director acerca de la situación del trabajo, Siao Yung-shun le preguntó quién había trabajado con más eficacia. El jefe Li no pudo sino decir con la cara colorada: "Chiao Kui ocupa el primer lugar, tanto en cantidad como en calidad."

En aquel momento, Siao Yung-shun y yo quedamos asombrados, y luego nos pusimos de acuerdo en ir a la madrugada siguiente al campo para ver cómo trabajaba.

En el campo primaveral, el paisaje era muy atractivo. En el cielo azul flotaban unas nubes blancas. Una bandada de gansos salvajes volaba en delta por los claros del cielo. Los duraznos y los ciruelos mostraban sus flores entre los sauces llorones, y con una ráfaga de viento, se estremecieron los sauces, y pétalos rojos y blancos cayeron y fueron llevados por la corriente del riachuelo Gallo Dorado. Las hierbas verdes y los retoños de trigo tapizaban la tierra. Las pequeñas flores silvestres, como oscilantes estrellas cubiertas de rocío, parecían sonreír a los caminantes.

Siao Yung-shun y yo íbamos charlando cuando de pronto nos llegó desde atrás el sonido de un trote. Al volver la cabeza vimos una carreta que venía de la aldea, con ruedas de goma, color amarillo brillante y cargada con un montón de abono. Entre sus varas, trotaba un desgarbado jamelgo zaino. A la izquierda de las varas un hombre tiraba de una soga con tal fuerza que su cuerpo inclinado casi tocaba el suelo.

Mi corazón se estremeció sin deliberación y exclamé: "¡Eh! ¿¡Cómo trabaja de esa forma!?"

Siao Yung-shun le saltó delante y dijo: "Chiao Kui, no puedes trabajar así, arriesgando la vida. Conozco tu corazón. ¡De ninguna manera, puedes reventar de cansancio!"

El joven se detuvo, se irguió, alzó el rostro enrojecido y dijo lentamente: "Director Siao, ¡no trabajo de este modo por apuesta! Trabajo así para cumplir la tarea de

transporte de abono, para plantar a tiempo la siembra primaveral y también para que mi caballo zaino engorde más rápido. ¡No se preocupe! Mi salud es muy fuerte."

Finalmente, nosotros dos ayudamos a empujar la carreta hasta el campo. De allí en adelante no supe nada, pues aquel mediodía abandoné la aldea de Chiaochuangju, de la cooperativa agrícola de Tungfangjung.

¡Qué rápido pasa el tiempo! Como si fuera un breve instante, transcurrió medio año.

Estuve sentado frente a una ventana de la posada mirando aturdido las flores de crisantemo amarillo en un florero, pensando si ese jamelgo zaino de Chiao Kui aún existía.

El sol llegó al mediodía, y Chiao Kui todavía no volvía. Decidí ir a la feria para buscarlo. Cuando salí de la posada camino del sur encontré oportunamente a Chiao Kui y Fu Shun.

Chiao Kui traía un robusto caballo zaino. Mi corazón quedó frío y creí que aquel rocín rojizo de la historia había muerto. Si no, ¿por qué se había comprado ese nuevo caballo? Me acerqué a ellos y pregunté: "¿Cuánto les ha costado este caballo?"

"¿Preguntas por este caballo?" respondió Chiao Kui señalando al vigoroso zaino y luego, con una risa alegre: "Treinta yuan."

"¿Treinta yuan? ¡Eso no alcanza ni para clavarle una herradura a este caballo!" dije sonriendo.

"Es cierto. ¿No recuerdas que en la primavera pasada nos peleamos por la venta de aquel jamelgo zaino? Pues ha sido engordado como lo ves por este experto nuestro," intervino Fu Shun.

No creí lo que oía y menos aún lo que veía. Miré y no pude descubrir ni la sombra del jamelgo que había sido el animal. Di dos vueltas alrededor del animal observándolo: Crin zaina oscura, brillantes ojos negros y una borla roja colocada en la frente, que movía por momentos. Cola larga y sedosa, que agitaba tras sus ancas redondas. Las piernas parecían cuatro columnas y los cascos cuatro tazones boca abajo.

¿Este era aquel rocín zaino que sólo unos meses antes había costado treinta yuan y estado a punto de deslizarse a la caldera hirviente? ¡Era un verdadero milagro!

Volví a tomar la carreta conducida por Chiao Kui; Fu Shun no cuidó la suya dejándola avanzar detrás. A nuestro lado, el joven dijo, profundamente conmovido: "Camarada Liang, este caballo zaino ha sido transformado por Chiao Kui con su corazón y su sangre. En el medio año transcurrido he quedado genuinamente convencido. . ."

Y hablando sacó de la bolsa de Chiao Kui una toalla blanca como la nieve en la cual alguien había bordado, en hermosos trazos, "cooperativista modelo".

Aplaudí el gesto: "Chiao Kui se ha vuelto a convertir en trabajador de vanguardia. ¡Qué maravilla!"

"Hace poco, se publicó un comentario sobre él en la prensa," dijo Fu Shun. "Fue a la ciudad distrital de Shunyi para presentar sus experiencias. Gracias a la divulgación de éstas se ha economizado, en una sola cooperativa, la nuestra, una gran suma de dinero para comprar más de cuarenta animales. ¡Y ahora ha llegado a ser nuestro jefe del equipo de transporte!"

"¿Y qué pasa con aquel apellidado Li, Li. . .?" pregunté.

Fu Shun escupió despectivamente y dijo: "¿Te refieres a Li Yung? ¡Eh! Nuestro equipo de transporte fue destruido por él. Sólo el dinero que derrochaba en forraje era una suma imposible. Hace mucho que fue destituido de su cargo." De pronto el joven se echó a reír: "Camarada Liang, aún no te he informado sobre una novedad. Hace tres días se casaron Chiao Kui y Kui Yung. Aún no es tarde para ir a felicitarles."

Pekín, 31 de enero de 1957.

El aprendizaje de Sia Ching-miao

HOY, vino a la cooperativa agrícola Sia Ching-miao para solicitar a un pastor que lo aceptara como aprendiz, ya, antes de partir, había averiguado toda su historia.

El maestro era un cabrero de nombre Du Chün-feng. Sin embargo nadie, sin distinción de edad o de generación, lo llamaba por su nombre sino que con admiración, todos le decían tío Du. El tío Du tenía 57 años, y desde su niñez hasta ahora no había pasado ni un día lejos de las cabras. Experimentó muchas privaciones y sufrió innumerables penas y con ello ganó valiosas experiencias. Los aldeanos consideraban que el vientre del tío Du parecía un saco lleno de tesoros, pues cuando una cabra estaba muy endeble, era sabido que engordaría con un mes bajo su cuidado, y cuando un animal parecía tener una enfermedad desconocida e incurable, a él le bastaban unas horas para observarlo en cuclillas a fin de averiguar la causa y encontrar el remedio. Tal capacidad era tan apreciada por todos que hasta el veterinario del

centro distrital venía a pedirle consejo desde una distancia de veinte kilómetros.

Hacía mucho Sia Ching-miao había oído a su padre relatar historias sobre el tío Du, tenía gran estima por ese viejo campesino y, más aún, envidiaba su oficio. Cuando su padre le dijo que debía trabajar en el campo, pensó inmediatamente en el tío Du y decidió entregarse al pastoreo, tomando al cabrero como maestro.

El director aceptó la petición de Ching-miao cuando éste llegó a la cooperativa agrícola a visitarlo. ¿Existiría cosa más satisfactoria que ésta?

Con una bolsa en una mano y la manta con el colchón a cuestas, Sia Ching-miao siguió alegremente al director, sintiéndose muy contento. Era su primer día de trabajo, y muy pronto pasaría de graduado de la secundaria a cabrero de la cooperativa agrícola. En adelante, pensaba, debía trabajar con diligencia para poder aprender cuanto tenía el tío Du en su saco de tesoros, para luego poder ordenarlo en un libro, desarrollando las experiencias de los viejos campesinos; debía producir con su propia mano la carne y lana para el país; debía laborar para siempre en el campo como un ganadero experto. . .

Sia Ching-miao estaba sumido en alegres meditaciones. Le pareció que las montañas y los árboles reían junto con él, e incluso imaginaba melodioso el sonido de su pie contra los guijarros del camino. Avanzando y avanzando, de pronto notó que el director lo estaba mirando con los ojos fijos.

El director era un viejo compañero de armas del padre de Ching-miao. La llegada del muchacho le trajo mucha alegría y al mismo tiempo un encargo bastante

pesado. Pasado un rato, el director detuvo el paso y le recomendó una vez más: "Ching-miao, no olvides las palabras de tu padre: las cosas no son tan simples como piensan los jóvenes. Uno no puede ser agricultor sin pasar numerosas pruebas, y sobre todo si se quiere ser un agricultor socialista. . ."

"No se preocupe, director" dijo Ching-miao. "Ninguna dificultad me intimidará. ¡No dejaré mal a mi padre ni a mi escuela!"

Al oírlo, el director asintió con la cabeza y añadió: "El tío Du es un anciano de humor extraño. Al principio, te sentirás incómodo con él, pero cuando te familiarices y conozcas bien su carácter, lo admirarás de corazón. Debes ser modesto, laborioso y obediente cuando trabajes con él. Lo que más le desagrada es la frivolidad en el trabajo."

Ching-miao inclinó la cabeza en señal de obediencia.

Cruzando un huerto de dátiles, entraron en un gran patio. Tras la puerta de la verja se extendía un terreno vacío. Al norte había unas piezas que daban al sur; al oeste dos chozas bajas con una ventana de cañas de sorgo, abierta hacia el huerto, y por ella salía lentamente un hilo de humo que transmitía las voces.

"Tío Du, no se enoje más. Esta vez saldrá bien: el hijo del prefecto, estudiante egresado de la etapa superior de la enseñanza secundaria, va a ser su discípulo. ¡Qué honor para usted! ¡Ji, ji!"

"Es mejor que no digas tonteras. No tengo paciencia de botones de hotel, ni tampoco me causa placer buscar molestias."

En ese momento el director y Ching-miao llegaron a la ventana. El director dio un paso y gritó: "Tío Du, aquí viene Ching-miao."

Nadie le contestó. Solamente salió el campesino que había charlado con el tío Du, que dio un saludo risueño, apuntó dos veces con el pulgar al interior de la choza y se retiró. Ellos entraron.

Las dos chozas eran contiguas. En el fondo había un *kang** y a su lado un hogar. De la pared colgaban una lámpara de seguridad, un látigo y una vasija de agua. Al extremo del *kang* estaba un anciano de contextura baja y un poco jorobado. En su rostro afilado, destacaban dos pequeños ojos. Estaba vestido con una túnica azul y una fila de botones de bronce amarillo bajo la axila izquierda; una faja de tela negra a la cintura y un par de zapatos totalmente tachonados. Pocas veces había visto Ching-miao, tan rara vestimenta; sin embargo, no le pareció impresentable, al contrario, bastante cómodo.

El anciano, con las cejas intensamente fruncidas y la cabeza inclinada, estaba fumando y despidiendo gruesas bocanadas de humo que daba vueltas sobre su cabeza. No hacía falta preguntar quien era precisamente el pastor. Ching-miao, con gran fervor, llamó: "Tío Du", adelantándose un poco y extendiendo la mano derecha.

El director en seguida los presentó: "Sí, es el tío Du y éste es Sia Ching-miao. Ustedes vivirán juntos desde hoy."

El tío Du retiró la pipa de la boca, echó una mirada hacia la mano estirada y respondió: "Siéntate nomás."

---

* Cama de ladrillos o de barro, calentada por el interior en invierno. Durante el día sirve de asiento.

Y luego le dijo al director: "Director, no es necesario que dos personas guarden nuestras cabras. Será mejor que envíe a este estudiante a otro equipo."

El director preguntó extrañado: "¿No es usted quien me dijo que estaba muy ocupado y que quería tener un ayudante? ¿Cómo pueden ser demasiados dos pastores?"

Ching-miao, dando un paso adelante, intervino: "Tío Du, vengo especialmente para que me acepte como su discípulo. No iré a ningún otro equipo de producción, me quedaré con usted."

El tío Du, de mala gana, sonriendo levemente respondió: "Ay, graduado, no eres competente para este trabajo. Es duro recorrer montañas todos los días siguiendo al ganado mudo. En tanto, que sin ustedes una cooperativa no funciona bien; será mejor, si perseveras, que trabajes en la oficina como contador. El pastoreo no es un recreo."

Ching-miao contestó inmediatamente: "Bueno, desafiaré todas las penurias y cumpliré cuanto me mande."

Entendiendo la preocupación del tío Du, el director ayudó a explicar: "Eso es, le aseguro que Ching-miao lo obedecerá. Acéptelo, tío."

El tío Du insistió: "Nadie lo sabe mejor que yo. Será incompetente, como ya he dicho. Si no lo declaro con anticipación, quedaré en deuda con el prefecto Sia cuando la cosa no vaya bien."

La discusión se estancó. De pronto, se oyó una voz clara que venía desde fuera: "Papá, la comida está lista." Y en seguida entró corriendo una muchacha de diecisiete o dieciocho años. En su moreno rostro redondo bailaba una sonrisa. Entró a la pieza y al momento de hablar

se sorprendió ante el desconocido Ching-miao. Entonces se apoyó contra la puerta y murmuró: "A comer, padre."

El tío Du, preocupado por no tener un pretexto para salir, se aferró al del almuerzo. Se levantó, vació la pipa, y dijo: "Director, no hable más y llévese a este escolar a otro grupo. No es que no lo admita a él precisamente, sino que no admitiré a ningún estudiante." Dicho y hecho, se alejó a paso firme.

II

Sia Ching-miao estaba apesadumbrado, adolorido y atontado como un cordero juguetón que se estrellara de pronto contra un peñasco. Su fervor ardiente había sido apagado por el tío Du. Pasó varias horas sentado, inmóvil y en silencio.

En el curso de la vida, las personas más felices también encontraban dolores. Hacía dos semanas Ching-miao había pasado un día similar al de hoy.

En aquellos días, en que se llevaba a cabo en la escuela una campaña de educación ideológica sobre la participación en la producción agrícola, Ching-miao era un cuadro de la Federación Estudiantil. Entonces difundió, junto con otros cuadros, el porvenir del campo y la significación de tomar parte en su edificación socialista. Trabajó con mucho más entusiasmo logrando que muchos compañeros persuadidos por él decidieran ir al campo. No obstante un día un compañero le preguntó de pronto: "Ching-miao, no movilices sólo a los otros, ¿qué pasa contigo?" La pregunta lo dejó sin habla. Después de un largo tiempo, balbuceó: "Yo... claro que... mi padre no está en casa, fue a la reunión de la capital provincial."

Para decir la verdad, a Ching-miao le gustaba el campo. Primeramente porque su padre y su madre eran de origen campesino, por lo que Ching-miao le tenía un afecto familiar a la campiña; y en segundo lugar, él mismo había nacido en el campo, que había impactado profundamente sus primeros años. Ching-miao se preparaba para ingresar a un instituto de agricultura cuando terminara la secundaria, y proyectaba en el futuro ir al campo a trabajar como agrónomo. Sin embargo, nunca pensó en alterar el orden de ese proyecto e ir en ese mismo momento al campo, como simple campesino.

Desde aquel día, Sia Ching-miao se mostró bastante pasivo e incomunicativo. Lo dominaba la tristeza.

Su padre regresó de la capital y lo llamó por teléfono. El fue a verlo. Al momento de entrar por la puerta, le preguntó directamente: "Ching-miao, la escuela los llama a participar en la producción agrícola, ¿estás decidido?"

"No."

"¿Y por qué?"

Ching-miao bajó la cabeza. Al verlo callado, su padre no insistió por el momento. Después de hablar un rato de otros asuntos, el padre le preguntó otra vez: "Ching-miao, ¿has olvidado a tu tía Liu?"

"No. ¡Cómo podría olvidarla!" respondió el muchacho, sintiéndose muy triste. "¿Por qué me hace tal pregunta, cuestionando mi recuerdo de la tía Liu?" pensó.

En los duros tiempos de la Guerra de Resistencia contra el Japón, en la región este de la provincia de Jopei, la madre de Ching-miao se trasladó con las fuerzas

del VIII Ejército llevando al bebé de dos meses. Era una noche oscura; nada se veía por delante; a ambos lados estaban encendidas las hogueras, y atrás sonaban los tiros y los cañonazos. Era imposible seguir al ejército con el niño, sobre todo porque la madre no quiso aumentar la carga de los demás. En ese momento grave la tía Liu, una guía del ejército, tomó al niño de brazos de la madre y le dijo: "Camarada, pronto pasaremos por mi casa, déjemelo. Si no volviera jamás, yo lo criaré. Nunca lo abandonaré, aunque encontrara dificultades muy grandes." Desde entonces las dos chozas situadas a la orilla de un arroyo fueron la casa de Ching-miao. La tía Liu hilaba, tejía y cosía para él, siempre hasta horas muy avanzadas. A pesar del viento y de la lluvia, llevándolo contra el pecho buscaba por todas las calles unas gotas de leche... En 1948 las fuerzas reaccionarias emprendieron ataques contra las regiones liberadas, y los "Contingentes de Retorno al Hogar" intentaron fanfarronear y hacer méritos con el hijo del secretario distrital Sia. La tía Liu lo protegió con su propia vida. Aquel día, cuando supo que las fuerzas reaccionarias rodeaban la aldea, la tía escondió al niño en un silo. El enemigo la capturó, trató de obligarla a entregarles al niño, la azotó con un látigo mojado; pero todo esto no resultó, ella no pronunció ni una palabra. Cambiando de táctica, el enemigo colocó frente a ella un gran cesto lleno de monedas; pero ella ni siquiera lo miró. Por último el enemigo quemó sus chozas y la arrojó sobre el fuego. Entre las llamas la tía Liu aún gritaba el nombre del niño...

Este hecho se grabó profundamente en el corazón de Ching-miao. ¿Cómo podía olvidarlo? Aquel incidente su padre no lo aludía sin causa importante. Al segundo

año de su llegada a la ciudad, el padre lo mencionó cuando Ching-miao se hizo amigo de unos niños indisciplinados y no quiso ir a la escuela. Aquella vez el padre lo criticó: "Con semejante conducta, ¿eres digno de tu tía Liu?" Ching-miao se puso a llorar, y al día siguiente había ido muy temprano a la escuela, y en el examen final de aquel año ganó el primer puesto. Y hasta ingresó, más tarde, a la Liga de la Juventud. Ahora, cuando el padre le volvió a hablar sobre la tía Liu, Ching-miao advirtió algo grave, y el corazón empezó a agitársele.

El padre hizo una larga pausa, y luego agregó seriamente: "Yo no estoy en contra de que sigas tus estudios, pero antes de entrar en el instituto, debes participar en la producción agrícola. Sólo cuando seas un campesino podrás ser un agrónomo. No debes despreciar a los campesinos, que te han protegido con la vida. Ahora que la construcción del campo te necesita, ¿por qué no quieres ir allá?"

Esta vez no lloró; pero pasó una noche entera sin dormir, y al día siguiente se inscribió.

Ahora, Ching-miao se encontraba con una puerta en las narices. No entendía por qué el tío Du lo trataba con tanta frialdad, cuando su padre, los maestros, la organización, todos llamaban a los estudiantes a que fuesen campesinos cultos de la primera generación, y también les decían que en el campo se les necesitaba con urgencia.

III

Mediodía de verano. Mucho calor. El cielo como un brasero puesto al revés sobre la tierra. Las hojas de

aquella morera, que estaba fuera de la ventana, no se movían ni un milímetro; solamente las cigarras gritaban con toda la fuerza de su voz profundamente melancólica.

El director se marchó con el tío Du. De pronto la habitación le pareció muy vacía. Sia Ching-miao se quedó pensativo, con la mirada llena de tristeza hacia el suelo. De pronto, olió aroma de comida. Levantó la cabeza y vio a una muchacha frente a él.

La muchacha llevaba en la mano un portaviandas esmaltado a colores. Sus ojos brillantes le prodigaron una mirada entusiasta. Puso el portaviandas sobre el *kang* y dijo: "¡Come!" Entonces Ching-miao la reconoció: era la que había llamado al tío Du para almorzar. Se levantó de prisa y respondió cortésmente: "Todavía no tengo hambre." Y añadió: "El director me ha dicho que comeré con el contador de la cooperativa."

La muchacha hizo un gesto de desacuerdo y respondió: "¿Por qué vas a comer a otro lugar? ¡No digas más, come y quítate esa chaqueta empapada de sudor!"

Ching-miao tocó su prenda y descubrió que de veras el sudor la había mojado. Rió como un tonto y se la quitó en seguida.

La joven continuó: "Desde hace varios días ya se decía que vendrías a nuestra cooperativa, y todos estamos muy contentos. Desde hoy trabajaremos juntos en la Liga. No actúes siempre como un invitado. Si necesitas algo, puedes decírmelo. Yo me llamo Du Chuan, y el tío Du es mi papá. Tengo cierta responsabilidad en el comité de nuestra célula. El director de la cooperativa me entregó tu carta de recomendación, y ahora tú y yo estamos en el mismo grupo. Debo decirte, antes que nada,

francamente: Mi nivel cultural es muy bajo y espero que me ayudes."

El entusiasmo de la joven despertó el ánimo de Ching-miao, que olvidó su descontento y empezó a darse cuenta del hambre que tenía. Entonces se puso a comer, un almuerzo bastante sabroso: un tazón de mijo con soja y un plato de menestras.

Al ver que Ching-miao había comenzado a comer, Du Chuan se sentó al borde del *kang* y siguió hablando: "En estos primeros días te traeré la comida aquí, y más tarde irás a comer a mi casa. No somos más que tres: mi papá, mi mamá y yo."

Ching-miao tragó un bocado de mijo, y la tristeza volvió a invadir su corazón; con gesto doloroso murmuró: "Tu padre no me acepta todavía, ¿cómo puedo comer con él, en tu casa, en una misma mesa? Me expulsará."

Du Chuan no pudo contener la risa y añadió: "¡Qué terrible es lo que has dicho! ¿Por qué no vas a averiguar si mi papá ha expulsado jamás a alguien? No te preocupes por lo que ha ocurrido hace un momento. Su temperamento es así. Desde luego, tiene también sus propias preocupaciones y problemas. Te está considerando y examinando para ver si tienes condiciones o no."

Al oírlo Ching-miao dejó el tazón y los palillos, y de un salto se levantó y dijo: "¿Cierto? ¿Por qué me lo dices recién ahora? pues estoy mal desde hace largo rato."

Du Chuan añadió con seriedad: "Ante todo, debes terminar la comida y luego venir conmigo a la reunión convocada por el comité de la célula de la Liga. El secretario de la célula del Partido y el director de la cooperativa participarán también esta vez. Vamos a presentarte detalladamente nuestra cooperativa y tú, como es natural,

nos expresarás tus necesidades y opiniones para que podamos ayudarte a resolverlas."

Ching-miao aprobó y volvió a comer alegremente. Después del almuerzo, Du Chuan recogió la vajilla y salió de la cabaña con Ching-miao.

Después de salir de la dehesa, los jóvenes cruzaron un batatal y dieron media vuelta hacia la aldea. En este mismo instante, descubrieron al tío Du entre un rebaño de carneros blanquísimos, a la orilla del río. El anciano también los vio, pero apartó en seguida la mirada e hizo restallar dos latigazos sonoros para que los carneros entraran en un bosque de álamos blancos.

IV

En el bosque de álamos blancos, el tío Du siguió al rebaño con un sentimiento de tristeza cuya causa él mismo no entendía.

El sol poniente echaba sus últimos rayos sobre las copas de los árboles. Las gruesas hojas, que susurraban bajo el bonancible viento, brillaban como si fueran obra de un platero. Los gordos carneros mordisqueaban la jugosa hierba verde.

Los árboles crecían en fila y las ovejas y vacas se convertían en rebaños, todo gracias a los campesinos que cultivaron, y a los pastores que criaron y seleccionaron excelentes generaciones. Como era natural, ellos debían tener continuadores. En la cooperativa agrícola, esa gran familia colectiva, el ganado ovino constituía un importante ingreso auxiliar. Los carneros aumentaban día a día, pero el equipo de producción en que estaba el tío

Du, no tenía sino un pastor. El tío Du como persona previsora que era, siempre pensaba: tengo que preparar unos buenos pastores para que puedan aprovechar mi larga experiencia y continúen la tarea. Esa será mi contribución al desarrollo ganadero de la cooperativa.

Precisamente, por ese motivo, había aceptado al joven Du Te-sheng como su discípulo, el segundo año del establecimiento de la cooperativa.

Du Te-sheng había vivido dos años en la ciudad con su tía. Cuando egresó de la escuela primaria, no pudo continuar los estudios en una escuela secundaria por no haber aprobado el examen. Regresó, pues, al hogar harto apenado. Los cuadros de la aldea y de la Liga lo consolaron y lo orientaron. Por último se dedicó, contra su voluntad, a pastorear con el tío Du. De esta manera el tío tuvo un aprendiz instruido y se sintió, por cierto, muy satisfecho. El viejo lo trataba con gran amor y quería transmitirle todas las técnicas y convertirlo, de un soplo, en un pastor especializado. Sin embargo nunca sospechó que en el fondo Du Te-sheng no apreciaba el pastoreo. El joven se dedicó a esta actividad sólo unos días y luego se fue a otro puesto. Cuando salía con el rebaño, no quería llevar ni siquiera el látigo. Con un termo y unos pasteles, se pasaba el tiempo tocando una armónica. De vez en cuando tropezaba con algún carnero, o se quejaba de que le dolía esto o aquello. Durante el descanso, extendía una alfombra por tierra y se acostaba sobre ella, comía los pasteles, y luego cogía sueño. Cuando volvía a casa, leía novelas hasta avanzada la noche y al día siguiente, despertado por las llamadas del tío Du, salía perezosamente, rezongando, de mal humor. Se quejó mucho del tío Du, a sus espaldas, lo insultaba, llamándolo

"obstinado y atrasado", "egoísta y conservador", etc. Al comienzo, el tío Du toleraba pacientemente todo eso, pero luego ya no pudo soportar más.

Cierto día en que el tío Du por casualidad andaba de mal humor, el desprevenido Te-sheng queriendo burlarse de él, cesó de tocar su armónica y llamó al tío hacia un terreno sembrado. Señalando una planta y asumiendo el tono de un mandarín, el joven preguntó: "Abuelo, ¿qué plantas son estas de tallos rojos, hojas verdes y flores blancas?" El tío, sin poder contener más la cólera pensó: "Viviste en la ciudad unos pocos días y ya sabes hacerte el que no conoces el alforfón. Bueno, voy a darte una lección." De un empujón derribó al joven y lo azotó en el trasero con el látigo, mientras le gritaba: "¡Se llama así, se llama así!" Du Te-sheng, protegiéndose con la mano y rodando por tierra, suplicaba: "Abuelo, no me mate en este terreno de alforfón, no me mate en este terreno de alforfón." El anciano dejó de golpearlo y, aún enojado pero desternillado de risa por la cómica súplica del joven, dijo: "¡Mira, qué flojo eres! ¿Por qué reconoces la planta sólo cuando eres castigado?"

De vuelta a la casa, Du Te-sheng rechazó el trabajo, tomando lo ocurrido como el pretexto que necesitaba, y declaró que buscaría un trabajo en la ciudad. Al serenarse el tío Du se arrepintió de haber golpeado al joven, e hizo una sincera autocrítica ante toda la cooperativa; no obstante, perdió así a su primer discípulo.

Por este hecho el tío Du pasó angustias durante muchos días, pero se consolaba pensando que había obtenido una lección; y cuando alguien trataba de persuadirlo para que recibiera a otro discípulo, siempre contestaba con un suspiro: "Los jóvenes de hoy ya no son como los de antes.

Ellos no han experimentado ni el hambre ni el frío. No conocen el sabor de las penas, ¿cómo podrían aprender algo? No voy a aceptar más aprendices."

Durante los dos últimos años, tanto el departamento de agricultura y silvicultura del territorio como la granja agrícola del distrito habían enviado a sus miembros para ayudarle a sistematizar sus experiencias de pastoreo. Se imprimió el resultado en un folleto y en el periódico, entonces, el tío Du pidió a unas personas instruidas que le leyeran esos textos, pero resultó que ni él mismo los entendía. Por lo tanto el tío aprendió otra lección: sería mejor enseñar a los demás a través de la práctica y, desde luego, lo ideal sería aceptar a un aprendiz.

Las dos lecciones se contradecían e incomodaban, desde entonces, al viejo pastor.

Y aquel mediodía, cuando descansaba con el rebaño bajo una sombra cercana al río, notó que el contador de la cooperativa venía corriendo y gritando: "Tío Du, vuelve de prisa, el director te ha traído un aprendiz; es el hijo del prefecto, un estudiante egresado de la escuela secundaria. Esta vez no tendrás problemas. Anda en seguida a verlo, y déjame apacentar el ganado."

Hacía días había oído decir a su hija que el hijo del prefecto vendría a trabajar en la cooperativa. Cuando lo supo se entusiasmó mucho y admirado aclamó: "En la nueva sociedad, todo es nuevo. Los comunistas son realmente abnegados. Antes siempre decían que era fácil ser funcionario si se conocía a alguien en la corte. El hijo del prefecto hubiera equivalido a medio prefecto y sería inimaginable que pidiese hacerse campesino." Sin embargo, cuando oyó también que ese hijo del prefecto sería su aprendiz, se puso bastante nervioso e inmediatamente re-

cordó al joven Du Te-sheng. Llegó a la conclusión aparentemente racional de que el hijo del prefecto no podría ser mejor que Du Te-sheng. Porque en primer lugar, Te-sheng había vivido solamente dos años en la ciudad y el otro había sido criado allí; en segundo lugar, Te-sheng había terminado sus estudios primarios, mientras que el nuevo aspirante ya se había graduado en la escuela secundaria; y por último, Te-sheng era, después de todo, nativo de la aldea, en tanto que el otro era un forastero y además, de otra condición social. Un joven de tales características, ¿por qué querría ser pastor? y ¿podría escuchar sus consejos? ¿Sería posible enseñar a un joven de tales condiciones? Como no sabía complacer o adular a los demás con palabras dulces, no resultaría bien, así lo tratara a las buenas o a las malas. En una palabra, recibirlo no sería sino buscarse problemas.

El director lo acompañó a la casa, lo persuadió y le transmitió el encargo del prefecto. Sin embargo el anciano aún insistió: "El prefecto es un hombre digno de su puesto. Yo mismo voté por él durante la elección de diputados a la Asamblea Popular. Pero los asuntos públicos deben ser despachados independientemente de los deseos personales. Los jóvenes actuales todos son demasiado tiernos. Tú no eres ignorante del incidente de Du Te-sheng. No voy a recibir más aprendices aunque me critiques y digas que soy un viejo ultraconservador."

El director respondió: "En los últimos años la conciencia de la juventud se ha elevado. El calendario del año pasado no sirve para el corriente. Sostienes que Ching-miao tampoco es capaz de ser pastor, y ¿tienes algún fundamento para decir eso?"

"Fundamentos concretos, no los tengo, pero . . ."

Entonces el director continuó: "Anda, a prueba, y si no marcha bien el asunto, seguiremos discutiendo, ¿de acuerdo?"

El tío Du asintió con un movimiento de la cabeza, pero la inquietud aún se agitaba en su corazón.

Conduciendo el rebaño, el tío cruzó el bosquecillo de álamos. Cuando vio que el sol había desaparecido detrás del monte Oeste, enrumbó hacia la aldea, blandiendo lentamente el látigo.

V

El tío llegó con los animales al corral. Al disponerse a abrir la verja, descubrió que ya estaba de par en par. Entonces condujo el rebaño y topó en aquel momento con un joven alto y delgado, de chaqueta blanca, que se le acercó tambaleándose con una pértiga de cuyos extremos pendían dos cestos llenos de estiércol de carnero. Era precisamente Sia Ching-miao. El joven avanzaba con la espalda inclinada, el cuello estirado, la boca abierta y las dos manos fuertemente asidas a la pértiga como si temiera verlo huir. La actitud del joven conmovió un poco al tío Du.

Al verlo, Ching-miao lo saludó jadeando: "Tío Du, ¿ha vuelto usted?"

"¡Eh!" respondió el tío, e hizo una seria venia con la cabeza, para meter luego el rebaño al corral.

El joven había limpiado y cubierto con la tierra amarilla el suelo del corral y también puesto todo en orden, tanto que hasta los carneros sintieron curiosidad. En otros días, el propio tío tenía que recoger el estiércol

después de arrear a los carneros, de manera que conducía primero a los animales hasta un lado para poder sacar la basura y luego, los trasladaba hacia el otro para poder limpiar todo el corral. Trabajaba tanto que su hija tenía que llamarlo varias veces para la cena. Como hoy vio que el corral había sido aseado antes de que él volviera, se sintió naturalmente satisfecho. Siguió al joven que llevaba la última carga, salió del corral y cerró la puerta tras él. Cuando vio que Ching-miao iba en dirección al este y dejaba el estiércol en el depósito del excremento humano, se enfureció y exclamó: "¡Ehyaya! ¿Por qué dejas el estiércol en el montón del excremento humano? Las deyecciones animales son fertilizantes para el subsuelo, en tanto que las humanas sirven para abonar por segunda vez. Por eso, no deben ser mezcladas. Al oeste hay un estercolero animal."

Dicho esto, se sintió un poco compungido por el tono bastante duro con que le había hablado, y quiso añadir unas frases suaves, pero no sabía cómo actuar en semejante caso. Preocupado de que este joven de alta condición social fuera a reñir con él, se apresuró a abandonar la estancia.

Ching-miao se puso colorado por la reprimenda del tío Du.

Acababa de terminar la reunión recientemente convocada por la célula de la Liga, salió muy bien; allí los camaradas le ayudaron a resolver muchos nudos mentales.

Du Chuan, la amable muchacha, era en realidad una mujer sumamente severa. A pesar de que Ching-miao participaba por primera vez en la reunión, le hizo algunas críticas: "¿Por qué siempre te preocupas por si eres bien tratado o no, y no piensas en cambio si estás haciendo las

cosas bien o no? A mi parecer, todavía cargas los rezagos del estilo intelectual como un pesado bulto, considerándote diferente de los demás por haber estudiado unos años más que nosotros. ¿Acaso podrás alcanzar la confianza de los otros sin antes arrojar esa carga?" Cuando acabó de oír esta crítica, no pudo aguantar la rabia; pero tras una consideración seria, entendió que era muy razonable. Entonces le agradeció, sobre todo por las siguientes palabras que fueron aún más esclarecedoras: "Camarada Ching-miao, quiero preguntarte: ¿Vienes al campo obligado por el llamamiento del Partido y por la movilización de tu padre, o como voluntario, consciente de que construir el campo es nuestro deber?" La pregunta puso con exactitud el dedo sobre la llaga de Ching-miao.

Luego Du Chuan volvió a hablar sobre su padre, el tío Du. Se autocriticó por no haberle dado suficientes explicaciones con anterioridad y por último propuso varias ideas muy buenas para mejorar las relaciones entre Sia Ching-miao y el tío. Después de la reunión guió a Ching-miao hasta el corral y le explicó detalladamente las costumbres del tío y todos los quehaceres de la estancia.

Una vez resuelto su problema interior, el ánimo del joven se elevó. Se aprestó a trabajar como si quisiera hacerlo todo de un suspiro. Si hubiera tenido más cuidado y hubiera preguntado sobre sus dudas a Du Chuan, reflexionaba Ching-miao, no se habría equivocado en lo del depósito del estiércol. Si trabajaba tan despreocupado, ¿cómo podría aprender pastoreo del tío Du? Sin pensarlo más, volvió en seguida a recoger el estiércol puesto en el montón de los detritus humanos, y lo llevó hasta el estercolero del oeste, poco a poco.

La luna creciente se colgó sobre el cenit de la oscuridad. Un silencio reinó por todo el patio. El tío Du, con la pipa en la mano, entró ligeramente y anduvo por la oscuridad, en dirección al corral. Cuando encontró dos cestos, una pértiga y una pala, se dirigió al este para trasladar el estiércol animal equivocadamente depositado. Dio unas paladas sobre el montón y se encorvó para poder mirar con más claridad, pero no encontró el estiércol animal. Dio entonces media vuelta, llegó hasta el estercolero del oeste y notó que éste había crecido y además que estaba cubierto de polvo, como lo hacía él mismo cada día. Muy sorprendido, se puso a cavilar. Más tarde volvió al corral, dejó las herramientas, encendió la pipa y fijó la vista en las ovejas tranquilamente dormidas.

Luego llegó el fresco viento nocturno, trayendo el fuerte aroma de la hierba. El tío Du levantó el rostro y vio que la luna creciente ondeaba por encima de su cabeza, lo cual significaba que era hora de acostarse. Caminó hacia la choza, abrió la puerta junta y vio, de un golpe, una cuerda encendida trenzada con artemisa y suspendida de un cabo del techo de la pieza. El humo aromático flotaba suavemente. Encender una trenza de plantas antes de acostarse para ahuyentar los mosquitos era una vieja costumbre del tío Du. Como ahora estaba siempre ocupado en otros menesteres, se olvidaba totalmente de hacerlo. Ignoraba quién la había encendido esta vez. Frotó un fósforo y prendió la lámpara de aceite. Ching-miao dormía; a su lado había dispuesto bien la manta y el colchón del tío Du, así como su bacinica de cerámica negra, debajo de la cama. Al otro lado, sobre el hogar, estaba la tetera, envuelta con un trapo para evitar que se enfriara al relente. El tío no tenía mucha sed, pero sin

saber por qué en ese momento tuvo enormes ganas de beber. Llenó una taza de té caliente y la bebió; llenó otra y también la bebió. En su frente apareció un sudor fino, y se sintió muy cómodo. Vio de pronto que Ching-miao, aún profundamente dormido con las piernas encorvadas, quedaba totalmente descubierto por haber empujado la manta con los pies hasta uno de los bordes. El tío se acercó a la cama, tiró hacia sí la manta y la extendió delicadamente sobre el joven, al tiempo que murmuraba: "Mañana te probaremos en la montaña."

VI

Cuando el tío despertó, empezó a aparecer en el cielo la rosada aurora. En decenas de años se había acostumbrado a levantarse antes de la salida del sol. No importaba cuán tarde se hubiera acostado, despertaba sin falta a una misma hora, más exacto que un reloj. "Levántate, hoy vamos al monte," dijo dando un ligero empujón al lado de Ching-miao. Mas no encontró ni la sombra del joven, sino solamente la manta, cuidadosamente doblada.

La noche anterior, a Ching-miao le había dolido todo el cuerpo de cansancio, y muy pronto cogió el sueño. No obstante, como preocupado por algo, se despertó cuando aún estaba oscuro. Temiendo interrumpir el sueño del tío Du, bajó sin ruido de la cama, dobló la manta y salió de la pieza llevando la ropa para vestirse afuera. Luego tomó una gran escoba y limpió hasta el último rincón del patio. Más tarde, con una pértiga y dos cubos de madera, fue a traer agua desde el pozo para rociar

el patio. También llenó de agua el gran abrevadero de madera frente al corral. Estuvo a punto de abrir la puerta para abrevar los carneros, pero se detuvo, pues pensó que sólo sabía que los animales de tiro bebían por la mañana, ¿pero los carneros? No debía actuar con imprudencia; lo mejor sería preguntar primero al tío Du.

Sia Ching-miao se apoyó contra la puerta del redil, mirando fijamente el rebaño que había despertado aún más temprano que él. La oscuridad desapareció poco a poco, dejando paso a la aurora, que rondaba ya la cumbre del corral. Los animales retozaron y balaron alargando los cuellos hacia Ching-miao como si le dieran la bienvenida. Ching-miao les acarició las orejas y los hocicos, sintiendo una gran alegría. Desde hoy, estaría siempre con esa banda de animales dóciles, caminaría y descansaría junto con ellos. Estaba decidido a conducirlos hasta donde hubiera abundante agua y jugosa hierba para que pudieran regresar cada día completamente hartos. Cuando llegara la primavera, los corderos nacerían uno tras otro; en verano, trasquilaría blancas lanas y en el otoño tardío, cuando engordaran, los transportaría por grupos a la ciudad . . . Sería un aporte al país y al mismo tiempo una alegría para la juventud.

Mientras Ching-miao cavilaba, el tío Du llegó donde él y dijo: "Te has levantado muy temprano."

En seguida Ching-miao volvió la cabeza y contestó: "No muy temprano, acabo de llegar hace un instante."

El tío Du echó una mirada sobre el patio, limpio como un anís, aprobó con una inclinación de cabeza e indicó: "Anda a lavarte y a desayunar, hoy vamos al monte."

Después del desayuno, el tío sacó un látigo de mango largo y lo entregó al joven diciendo: "Tómalo."

Ching-miao se apresuró a tomarlo, como un nuevo soldado recibiendo un fusil, con el corazón latiéndole fuerte.

El sendero montañoso aparecía como una soga perpendicular arrojada contra la ladera, con un cabo al pie de la montaña y el otro hundido entre las nubes. En la parte superior del sendero había un precipicio que tapaba el sol y muchos peñascos deformes a punto de desbarrancarse; en la parte inferior, un barranco sin fondo muy oscuro. Ching-miao recorrió el difícil camino con el alma en un hilo y las dos piernas temblorosas contra su voluntad. Se dio un furtivo pelliscón en el muslo y maldijo: "¡Inútiles! Yo no tengo miedo todavía y ¿por qué lo tienen ustedes?" Volvió la cabeza y vio que el tío, ágil como una cabra, saltaba de piedra en piedra, más confiado que en tierra firme. En realidad, sobre el flanco occidental había otro sendero, relativamente llano; pero el tío escogió especialmente esa ruta serpenteante.

Subido a una loma, Ching-miao ya tenía la ropa totalmente empapada de sudor.

Al mediodía se detuvieron en una terraza para descansar. Agruparon los animales en un rincón umbroso y éstos, balando, se tendieron dócilmente sobre el mullido prado. El tío Du y Ching-miao se acercaron a un árbol a cuya sombra descansaron y tomaron sus alimentos.

El tío Du terminó de comer y encendió la pipa. Mientras fumaba, atisbó unos cargados nubarrones en el noroeste. Se levantó de un salto y gritó: "¡Ponte de pie, de prisa! La tempestad se viene."

Ching-miao se levantó de un tiro, asió el látigo, echó una mirada alrededor y preguntó confundido: "¡Qué pasa, tío Du!"

"¡Mira, se acerca la tempestad!"

El sol aún brillaba en lo alto, ¿cómo podría llover? De pronto, una ráfaga de viento hizo añicos las dudas del joven. En ese instante los oscuros nubarrones empezaron a hincharse con rapidez, creciendo y ennegreciéndose cada vez más, y aproximándoseles vertiginosamente.

"¿Qué hacer? ¿Sería grave que los carneros se mojen?" preguntó Ching-miao alarmado al tío Du.

"Sería un desastre que los carneros se empapen con la lluvia, y más aún para los que recién han comido hierba y bebido aguas soleadas. Si no caen enfermos, por lo menos adelgazarán. De prisa, llevémoslos hasta una cueva que hay más adelante."

Muy rápido arreglaron las cosas y los arrearon hacia allá. A pesar de que le dolían los pies por la arena que había entrado a los zapatos, y de que las espinas de los agrios azufaifos lo hincaban a través del pantalón, arreó el rebaño con toda su fuerza, deseando tener un gran saco para meterlos allí y llevarlos protegidos de una vez hasta el refugio.

Ya habían recorrido un trecho cuando sopló el viento y empezó a llover, caían gotas grandes como monedas, presagiando una lluvia torrencial. Presa del pánico, Ching-miao gritó en tono lastimero: "Tío Du, ¿qué haremos con los carneros, si pronto va a llover?"

El tío, tranquilo como siempre, señaló con el látigo en dirección del oeste y respondió: "Al frente hay una cuevita pequeña, vamos allí."

Era una gruta natural formada por las rocas y no más alta que un hombre; sin embargo, en el fondo era más estrecha y baja. A la fuerza empujaron al rebaño adentro, pero aún quedaron cinco o seis con medio cuerpo fuera de la cueva. El tío instaba al joven: "¡Apriétate, adentro! Voy a interceptarlos afuera."

Pero Ching-miao, empujó al tío Du y lo detuvo: "Soy joven, no me importa ser mojado por la lluvia. De prisa entre usted para que no cojá frío."

El tío se vio obligado a entrar un poco más apoyándose a duras penas contra la pared rocosa de la cueva.

En ese mismo momento la lluvia aumentó provocando que las piedras de la ladera se precipitaran rodando y que los árboles más débiles torcieran sus ramas. Al principio pocas gotas cayeron contra la cueva, pero cuando de pronto el viento cambió de rumbo, la lluvia copiosa empezó a golpear la boca del refugio. Esto no sólo amenazaba empapar a los animales ubicados cerca de la salida, sino también a los del fondo de la cueva, que pronto se llenaría de agua. Ching-miao estaba preocupado. De pronto recordó que llevaba consigo una tela impermeable; se apresuró a sacarla y desenrollarla para cubrir a los carneros; pero no servía nada. Levantó la cabeza, miró el oscuro cielo, y de pronto le vino una idea. Saltó sobre una gran piedra situada a la salida y levantó la tela sosteniendo los dos ángulos para que colgara como una cortina sobre la boca. Así la lluvia no pudo entrar más a la cueva, aunque sí empapó hasta los huesos el cuerpo del joven.

El tío Du quedó conmovido por la acción del joven. Trabajaría de pastor toda la vida, pensó el tío, y cuidaría a los carneros más que una madre a sus hijos. Por los carneros se resignaría a sufrir cualquier penuria. En su vida no había conocido aún a nadie que tuviera un cariño comparable con el suyo por el rebaño. Pero hoy había

descubierto que el corazón del joven latía al mismo compás que el suyo . . .

Pensando en esto, el tío Du saltó también sobre la gran piedra y arrancó la tela de manos de Ching-miao para reemplazarlo. Inmediatamente la lluvia mojó su cuerpo, y el agua le chorreó por la barba y las orejas.

Los dos se fueron turnando hasta que la lluvia cesó y el sol reapareció en el firmamento.

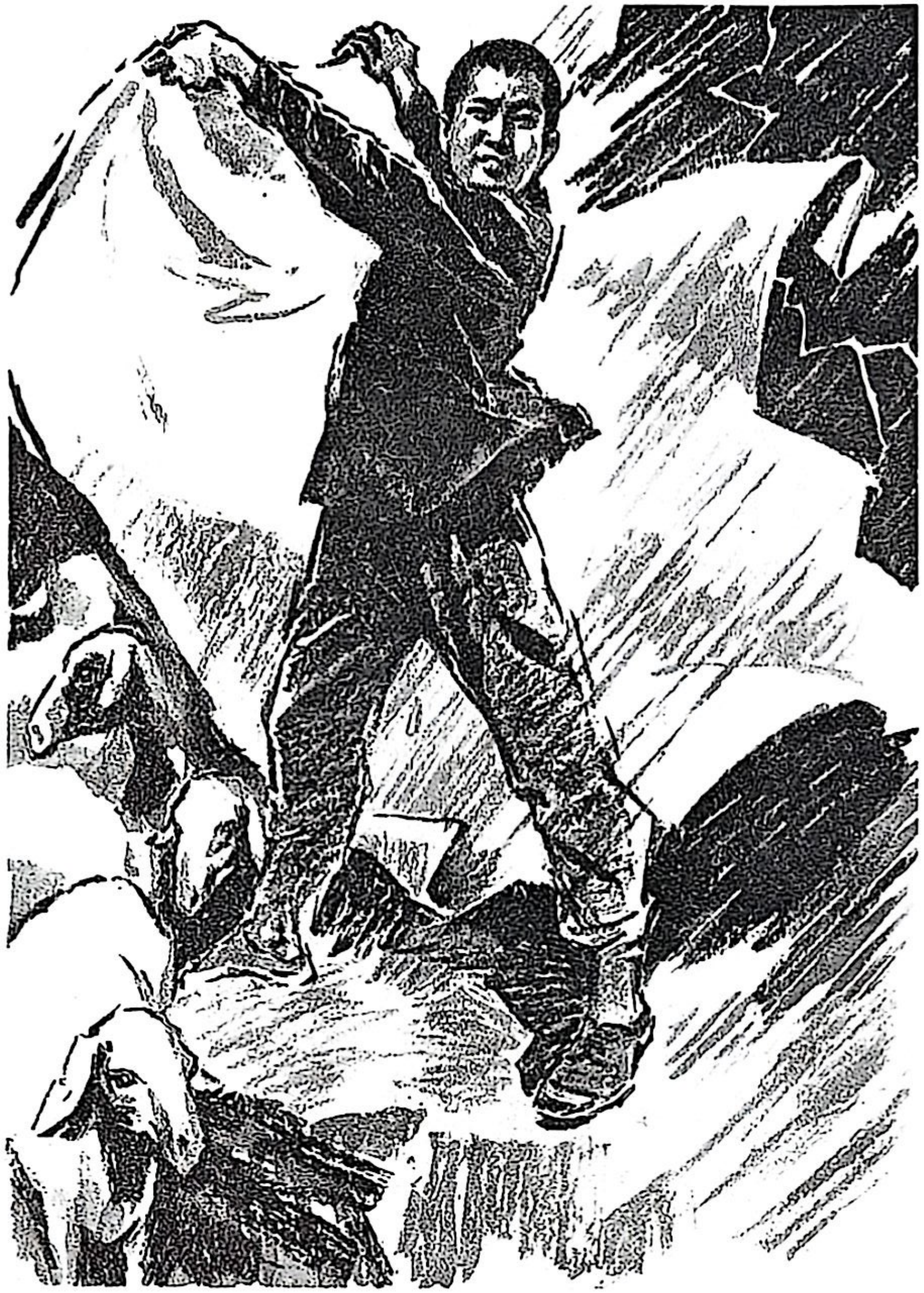
VII

Era de noche, la luna asomaba media cara por la montaña. El cielo había quedado límpido y sereno tras la tempestad.

El tío Du caminaba directamente hacia la dehesa, recién salido de casa del director de la cooperativa. En aquel momento guardó silencio, por la ventana de la choza vio una luz débil. Una imagen vigorosa se reflejaba en el papel de la ventana. Otros días, cuando volvía de su casa, el tío Du encontraba el corral oscuro y desolado; no tenía más compañeros que los carneros y solo él entraba y salía por allí. En cambio ahora, sí, aquí existía también calor humano.

En un día y una noche junto a este joven venido de la ciudad, lo había examinado sin mayores formulismos. El resultado le produjo en el fondo del corazón un placer inexpresable, en una palabra: un afecto profundo por el joven.

Pensando y andando, llegó a la puerta. La abrió lentamente y vio a Ching-miao, sentado frente a una lám-



para de aceite y una jofaina llena de agua, cortándose las ampollas de los pies con unas tijeras. Entonces el tío dio dos pasos intencionalmente bulliciosos.

Dándose cuenta, Ching-miao se apresuró a doblar las piernas y ocultar los pies, pero no pudo hacer lo mismo con el copioso sudor de su frente y las tres dentelladas púrpuras de su labio inferior causadas por el dolor.

El tío Du comprendió lo ocurrido y dijo: "Ching-miao, ¿se te ampollaron los pies?"

"No, eh . . ." contestó el joven evasivamente. Como no quiso decirlo y tampoco mentir, añadió: "Solamente tengo unas chiquitas."

El tío le explicó: "No debes cortar las ampollas, pues si las abres, no podrás caminar mañana. Debes hincarlas con una aguja para que el agua salga poco a poco." Mientras tanto, puso delante del joven el sombrero que llevaba en la mano diciendo: "Te encontré un sombrero para que no te quemes demasiado al sol."

En ese momento entró Du Chuan llevando un portaviandas.

Señalando el recipiente, el tío Du dijo: "No la traigas más aquí. La comida fría no es apetitosa. Ching-miao, vente a casa, a comer conmigo." Y luego le habló a Du Chuan: "Vuelve a casa y prepara para tu hermano Ching-miao una sopa de fideos con un poco de jengibre. Yo voy a la cooperativa de abastecimiento y distribución para ver si hay vino." Tras decirlo, se marchó.

Cuando el tío Du se alejó, Du Chuan le dijo al joven muy alegremente: "Te felicito, camarada Ching-miao. Acabas de ser recibido."

Ching-miao se sintió, como era natural, enormemente contento. Pero guardó silencio, sonriendo, y luego de-

claró muy serio: "Cuando uno es escogido, no se vuelve automáticamente un buen alumno. Los días son largos, vamos a ver qué nota alcanzaré."

Du Chuan asintió con la cabeza, sonriendo . . .

Pekín, 7 de noviembre de 1957.

Obsequiar semillas de verduras

EN los últimos días, Meng Chao-sien esperaba cartas con tanto anhelo que no podía estar tranquila ni de pie ni sentada e incluso no tenía ganas de comer. Ella era jefe del grupo de verduras, tenía 19 años, era alta y delgada, de cara redonda, cejas y ojos bellos. Las largas y gruesas trenzas atadas por una cinta roja sobre la espalda contribuían aún más a su hábil y vivo aspecto. Esa mañana, con el rostro sonrojado, la frente y nariz sudorosas, la joven entró en el patio como una golondrina volando por entre las nubes, se detuvo ante la vieja Meng y preguntó casi jadeando: "¿Mamá, hay carta para mí?"

Antes de que la madre abriera la boca, se echaron a reír sin control algunas vecinas que solían venir a conversar. El alborozo de las amigas ilusionó a la muchacha que agitando el brazo de su madre insistía: "Deme pronto la carta, seguramente la tiene oculta."

La vieja deliberadamente la miró con desagrado: "¡Todos se burlan de tu locura! Estás inquieta de día y noche, ¡carta, carta! ¿Hay quién podría escribirte?"

Chao-sien, hizo un mohín disgustada, instantes después, volvió a preguntar: "¿Ha venido el cartero? Pues, cada vez que pasa por nuestra aldea toma agua aquí, ¿no lo ha visto?"

"No, no lo he visto. Hija mía, no debes portarte así. . ." La muchacha salió como una exhalación interrumpiendo a su madre. La anciana preocupada suspiró profundo.

La tercera cuñada Meng, mirando a la joven que se alejaba, dijo sonriendo a la madre: "Nunca antes se había oído que su hija estuviera enamorada, pero a partir de la compra de semillas en la última feria, todos lo comentan porque se ha transformado, se le ve nerviosa y sobre todo muy impaciente a la espera de alguna carta."

"Chao-sien es una muchacha muy sensata. No te preocupes, sin duda tendrás un buen yerno," intervino la cuarta tía Li.

La madre se alegró al escuchar a las vecinas. Comprendía que a muchas mujeres les preocupaba el matrimonio de sus hijas; sin embargo, ella vivía tranquila, porque conocía bien a la suya, sabía que su hija era muy hábil y juiciosa. Pero, en los últimos días, la joven no tenía apetito ni podía dormir. ¡Qué hacer! Cuánta tristeza sentía cuando la vió angustiada. Ella pensaba, tal como sus vecinas, que Chao-sien estaba enamorada. "Si existe tal joven y quiere escribirle, entonces, de prisa, ¡no tiene porqué burlarse de mi hija!" Se acercaba a la puerta y la sorprendía todavía aguardando al cartero, a la orilla

del estanque de raíz del loto. Hoy, la notó aún más impaciente que otros días. La madre sufría en silencio.

Chao-sien, de pie bajo la sombra de un sauce oteaba el sendero del oeste casi oculto por la verde espesura. ¡Con cuánta vehemencia deseaba que en ese momento saliera de allí la inconfundible bicicleta verde y se detuviera frente a ella y alguien le entregara un montón de cartas. Lagrimeaban ya sus ojos de tanto mirar y todavía no divisaba la silueta del cartero. Contaba con los dedos el tiempo transcurrido: uno, dos, tres días. . . , ¡qué rápido, ya cinco días pasaron! Sí, porque hacía, precisamente, cinco días que había constatado la imposibilidad de conseguir semillas en la feria. La escasez se debía a que toda la tierra había sido preparada para sembrar hortalizas y la simiente no alcanzaba. Fue entonces que Chao-sien, considerando que los planes de siembra y cosecha de su equipo quedaban en el aire, determinó publicar dos avisos, compró dos pliegos de papel rojo y pidió prestados pincel y tinta a la escuela. Escribió:

> Camaradas responsables de los equipos de producción:
>
> Respondiendo al llamamiento del Comité Central del Partido y el Consejo de Estado, nuestro equipo ha decidido sembrar en gran cantidad verduras otoñales, pero nos hacen falta semillas. La comuna ya nos ofreció la mitad y necesitamos conseguir la otra. Por eso ahora, les pedimos apoyo para solucionar este problema porque en ningún lugar encontramos semillas. Si ustedes tienen algún sobrante, la cantidad que sea, les agradeceremos hagan el favor de comunicarnos. Iremos a comprarlas.

Muchas gracias.
Con un saludo cordial.

Meng Chao-sien,
jefe del grupo de hortalizas del equipo de producción de Siao-mengchiatan.

Colocó estos avisos en cada extremo de la transitada calle de la feria Paochuang. En el camino de regreso, se mostraba feliz, convencida de que su método para conseguir semillas era el mejor, más funcional que recorrer todas las calles o llamar por teléfono, por ejemplo. Cuando llegó a casa, la joven presentó el plan de trabajo de su grupo a su padre, jefe del equipo de producción. En dicho plan, se consignaban 10 *mu** más de tierra haciendo un total de 20 *mu* para verduras. Al saberlo el padre se encolerizó: "Ustedes, los jóvenes son muy inestables. ¿Dudo que haya en el mundo alguien que plantee los problemas de la producción como tú? Las semillas todavía están en el aire, tú pretendes que se guarde la tierra a la espera de que lleguen. ¿Ignoras, acaso, que ya estamos en otoño? Si no sembramos dentro de siete días, la tierra no producirá nada. ¿Tú puedes cargar con esta responsabilidad?"

Chao-sien contestó con plena confianza: "¡Deme un plazo de siete días! Si se vence y aún no llegaran las semillas, podrá usted disponer de la tierra y sembrar alforfón a su gusto."

---

* Un *mu* equivale a $^1/_{15}$ hectárea.

Y pasaron cinco de los siete días. Para Chao-sien el tiempo transcurría rápido y a la vez lentamente. Anhelaba tanto cumplir sus planes que no comía ni dormía bien hasta que se le ampolló la boca. Soñaba algunas noches con un gran saco de semillas cargado a su hombro; pero despertaba aún con la risa de su ilusión y con las manos vacías. ¡Gran decepción! Entonces Chao-sien se preocupaba más, pues el plan de trabajo del grupo garantizaba un promedio de 250 kilos de verduras por cada miembro durante el invierno y la primavera. ¡Realmente era grande la tarea para la joven! Ella temía no poder cumplirla y por cualquier motivo estar en deuda con todos. El éxito o el incumplimiento del plan dependía de estos días. La temporada de faenas agrícolas no se podía retardar. ¡Qué urgente era la ayuda! ¡Ese cartero! Aún no venía.

"¡Qué raro!" pensaba Chao-sien, junto al estanque. "Ya es tarde lo que significa que el cartero tiene que haber llegado. Es posible, entonces, que tenga carta y que alguien la lleve a la oficina del equipo."

Hacia allá, vehemente, corrió con rapidez, no sabía que a esa hora estaba cerrada la puerta de la oficina. Trepando llegó a la ventana, miró, a través del visillo, hacia adentro. Sintió de pronto, como si se encendiera una luz en su corazón, como si tras deambular perdida en la noche hubiera encontrado el potente haz de una linterna roja, vió sobre el escritorio cuatro paquetitos y en cada uno escrito su nombre "Meng Chao-sien". ¡Qué alegría! Su inquietud iba en aumento, el corazón le latía muy fuerte, casi como un hormigueo en el pecho. No, no podía esperar el regreso del contador para abrir la puerta, sin perder ni un minuto separó el visillo de la ventana y saltó hacia el interior. Asiendo los paquetitos fuertemente y

temiendo la llegada de su padre y el contador, no se atrevía a quedarse más tiempo allí, entonces saltó por la misma ventana hacia la calle. Ordenó la cortina para no dejar huellas de su paso y corrió sin volver la cabeza hacia la huerta.

No era posible traducir el júbilo de Chao-sien que con los saquillos al fin en sus manos. Saltaba feliz, alejándose mucho. Ya cerca del río, aflojó el paso. Se detuvo y descosió las puntadas de un paquetito blanco, en cuyo interior aparecían las ansiadas violáceas semillas y una carta.

"Camarada Meng Chao-sien: No tenemos muchas semillas de reserva. Sin embargo, con bastante trabajo, hemos juntado medio kilo. Comprendemos que es muy poco lo que les ofrecemos. Le pedimos nos perdone. . .

El equipo de producción Pitu de la comuna Tangwu."

Abrió otro paquete, se emocionó más aún: "He preparado para ustedes un cuarto de kilo de semillas destinadas a mi parcela de usufructo personal. Al saber que a ustedes les hace falta, me dije que es necesario atender primero, a la colectividad y después al individuo. No se preocupen por mí, podré replantar unos retoños de mis vecinos . . ."

La joven emocionada hasta las lágrimas, estrechó los cuatro paquetitos, ¡cuántos corazones sinceros habían respondido!

Ensimismada estaba en felices pensamientos hasta que escuchó un ruido, como si alguien cruzara el río, y de pronto, apareció un hombre por entre el cañaveral, llevando un pequeño bulto. Se detuvo junto a la acequia, colocó el paquete en el suelo y apoyado con una mano al

árbol, limpió sus pies sucios de barro. Después de ponerse los zapatos, se levantó y advirtiendo la presencia de Chao-sien, gritó:

"¡Camarada! ¿Aquí queda Siaomengchiatan?"

"Sí, así se llama este lugar," contestó alborozada Chao-sien que estaba feliz y que deseaba hablar con todo el mundo.

"¿De dónde viene, camarada? ¿Va a visitar a sus parientes?" agregó.

El joven ya cerca, delgado y alto, de rostro ancho, con los negros ojos brillantes se veía aún más enérgico.

"No tengo parientes en esta aldea, vengo a buscar a una persona. Dígame, ¿dónde vive la camarada Meng Chao-sien, jefe del grupo de hortalizas?"

"¿Me busca?" se sorprendió la muchacha.

El joven se rió revelando los blancos dientes bien alineados y dijo acercándose con entusiasmo: "¿Es usted? ¡Qué suerte!"

"¿Quién es usted? . . . porque no lo conozco," inquirió con recelo la muchacha.

"Yo soy de la comuna de Salto Adelante del distrito Anchiu en el sur del río, me llamo Wang Yuan-ching, y vengo para obsequiarles semillas de hortalizas," replicó el joven sin timidez como si la conociera hacía mucho.

Al oírlo, la muchacha se desconcertó aún más. Pues el distrito Anchiu y el Changle estaban separados por el río Wen; la comuna de Salto Adelante estaba a unos quince kilómetros de Siaomengchiatan.

¡Gran distancia había! ¿Cómo supo que carecemos de semillas? ¿Vino personalmente tomándose la molestia de caminar tanto? Ella estaba tan impresionada que no podía articular palabra alguna, hasta que se adelantó a

coger el paquetito y dijo: "Es de veras una molestia para usted, ¿cómo podemos expresarle nuestro agradecimiento?" Sintiendo el peso del paquetito, agregó: "¿Cuándo sembraron ustedes? ¿Por qué aún reservan tantas semillas?"

El joven le explicó: "Hace pocos días, pasando por el río, llegué a la comuna Kaoya de su distrito a fin de estudiar el método autóctono de fabricar abonos químicos. Pasé por Paochuang donde leí su aviso. De regreso, informé al jefe de nuestro equipo de producción. Entonces, él y el almacenero hicieron, enseguida, una investigación de semillas en el depósito para apoyarlos en lo posible. Sin embargo, no encontraron reservas e informaron que una cantidad restante había sido ofrecida a otra comuna. Yo sabía que ustedes las necesitaban urgentemente, de lo contrario, usted no habría escrito tal aviso. Por eso, fui de puerta en puerta a reunir puñado por puñado estos cinco kilos de semillas."

El joven relataba lo ocurrido con un tono tan sencillo, sin un ápice de alarde, que maravilló a la muchacha: ¡Cuánta distancia recorrió este joven, de casa en casa! ¡Cuántas palabras dijo y cuánto sudor derramó, para recoger estas semillas! Este altruismo es sumamente admirable.

"Usted se ha preocupado mucho. Hubiera sido suficiente escribirnos o remitírnoslas, no hacía falta venir personalmente," dijo Chao-sien.

Respondió el joven: "En realidad, quisimos enviárselas; pero, nuestro jefe que conoce los problemas de esta zona y sabe que aquí es nuevo el cultivo de hortalizas, me dió dos días para traerles las semillas y estudiar métodos de siembra junto con ustedes."

¡Qué gran alegría! Aplaudía con placer la muchacha: "¡Qué bien han pensado ustedes! ¡Han acertado!

Precisamente yo me entristecía por mi inexperiencia en este tipo de cultivo. Recién hemos constituido el grupo de hortalizas. De seguro, usted es experto en la siembra de verduras. Desde ahora, lo tomo como mi maestro. Vámonos de prisa a la aldea para descansar un rato."

El joven sentía vergüenza por los elogios y amabilidad expresados por la muchacha y se opuso cortésmente sonrojándose: "No me hace falta descansar. Vayamos primero a su huerta, porque mañana por la mañana me apresuraré a regresar."

"Si usted no quiere descansar, primero tendrá que comer algo. ¡Ande de prisa, sin protocolo!"

"A comer, sí, pero ante todo, quiero dar una vuelta por su huerta, y luego discutiremos durante la comida. ¿Está de acuerdo?"

El joven se mostraba empecinado en trabajar. Chao-sien comprendió lo bien que él sabía utilizar el tiempo y aprobó su idea.

Cuando ambos iban charlando hacia la huerta, fueron vistos por la madre de Chao-sien que la buscaba para la comida. La anciana se extrañó y alegró al mismo tiempo al ver a su hija acompañada. Feliz, decidió contárselo a su marido. Corrió hacia la oficina del equipo.

El padre de Chao-sien, jefe del equipo y el viejo contador acababan de llegar del campo. Este buscaba la llave para abrir la puerta, cuando la vieja corriendo con pasos gigantescos llegó hasta ellos y dirigiéndose a su marido dijo sonriendo: "¿Aún no regresas a casa? ¡Eh, rápido!" Sin esperar respuesta, le quitó el polvo, casi atropellándolo: "Mira, tu traje nunca está limpio, la gente va a burlarse de ti. ¡Al fin y al cabo, a ti te fastidian

menos que a nosotras dos; todos nos echan la culpa de tu desorden!"

El viejo no comprendía el espíritu entusiasta y amable de su compañera y dijo poniendo adrede la cara seria: "A ver, tú por qué estás tan impaciente, ¿qué te ha pasado?"

No pudo contenerse y casi gritó exclamando: "¡Sorpresa! No llegó la carta sino el hombre."

Aún no le entendía: "¿Quién vino?"

El viejo contador dijo entre risas y tocando palmas: "¡Seguro vino el novio de su hija, ya me veo brindando en la boda!"

El anciano jefe movió la cabeza dudando: "No, es imposible. Nunca he oido . . ."

La anciana interrumpió con impaciencia: "¿Es que ahora tú sabes algo sobre nuestra hija que yo no sepa? ¡El hombre ya está sentado en el *kang* de la casa, y tú todavía estás embaucado!"

En seguida se apresuraron a regresar uno tras otro a la casa. La hija estaba preparando el agua para que el huésped se lavara la cara.

Los presentó: "Aquí están mis padres, mi papá es el jefe del equipo de producción." Volviendo a sus padres: "Este camarada se llama Wang Yuan-ching, es del sur del río. . ."

Su madre no le dejó terminar: "¡No lo hemos visto nunca antes! ¿Por qué no lo has invitado con frecuencia a venir a casa?"

"Es que recién hoy nos conocimos," respondió la hija y continuó contándoles detalladamente el motivo de la visita.

La madre, sonrojada a medida que le escuchaba, perdía esperanza, y luego se reía emocionadamente.

El jefe del equipo miraba furtivamente a su mujer y ofrecía con entusiasmo la comida al huésped. Mientras comían el viejo agradeció al joven por su ayuda al equipo y averiguó con detalle las circunstancias de la producción del sur del río. Entre tanto, su mujer, sentada al lado, aprovechaba el menor intervalo para preguntar al muchacho por su edad y su familia. Al saber que él sólo tenía madre, dijo con rostro sonriente: "Tu mamá tiene mucha suerte, pues tiene un hijo como tú tan activo y capaz." Le pasó un apetitoso panecillo.

Así transcurrió la comida.

El apoyo que llegaba de todas partes aumentó el júbilo y fuerza de los pobladores de Siaomengchiatan. Por la tarde, el viejo jefe reunió temporalmente a más de veinte personas para ayudar al grupo encargado de la siembra de hortalizas. Wang Yuan-ching, el huésped que vino desde lejos, se convirtió en su guía técnico.

En la huerta, el joven se puso en movimiento, tal como trabajaba en el equipo de su propio pueblo. Al inicio de la tarea, él planteó una importante reforma: reemplazar el sembrío a voleo por el de chorrillo y a golpe. Así lo hicieron y economizaron la mitad de semillas que les permitió sembrar diez *mu* más. El éxito convenció a los trabajadores de Siaomengchiatan, sobre todo a la entusiasta y estudiosa muchacha Meng Chao-sien. Ella seguía al huésped como a su sombra, trabajaba fijando los ojos en sus manos y tenía claros en la mente cada una de sus acciones. Durante la siembra, la muchacha dejaba al joven hacer primeramente una muestra y después ella lo imitaba como ayudante. El joven terminaba de preparar un surco y empezaba con el otro, era pulcro en su trabajo: lanzaba las semillas con un movimiento tan rít-

mico que éstas se esparcían en forma pareja por la tierra. Esta excelente técnica llamó la atención no sólo de la muchacha sino también de los comuneros presentes.

Al amanecer del día siguiente, Wang Yuan-ching debía partir. El jefe del equipo y los miembros del grupo de hortalizas fueron a despedirlo en las afueras de la aldea. La vivacidad de costumbre de la muchacha desapareció y ahora, callada y tranquila en el borde del río Wen, tenía un millar de palabras que decir, pero qué difícil se hacía pronunciarlas. Al fin atinó a decir algo: "Camarada Yuan-ching, ¿cómo podemos agradecerle?"

El joven miró a la muchacha, sonrojándose en seguida: "Nada de eso. Espero que crezcan mejores coles y rábanos grandes, esa será la mejor gratitud para nosotros."

La muchacha contestó con decisión levantando la cabeza: "Sin duda alguna. Sólo deseo que venga personalmente a ver la cosecha de otoño."

El descalzo con los zapatos de goma en la mano cruzó el río. La muchacha agitando la mano, siguió con los ojos la figura que poco a poco se alejaba, sentía complicados sentimientos y recordaba silenciosamente: la venida de Wang Yuan-ching dejó semilla, técnicas y también una impresión inolvidable que no podía explicar claramente por un momento.

De pronto, la madre irrumpió, gritando: "¡Llámalo de prisa! Aquí dejó el saquillo."

La muchacha se lo quitó de la mano reprochándola: "¡No grite más! Si no viene por su saco en el otoño, se lo llevaré."

14 de agosto de 1960.

Llamada a la puerta a medianoche

CON un ligero suspiro terminé de escribir el borrador del reportaje. Miré el reloj: ya era medianoche.

Afuera rugía un viento glacial que caía continuamente sobre el papel de la ventana como un incesante tamborileo de guijarros. Cuando levanté un visillo vi que afuera los copos de nieve bailaban en el aire. Copo sobre copo elevaban la nevada hasta bastante altura sobre la tierra y la tapia. Fue una verdadera suerte que yo hubiera bajado de la montaña al atardecer, pues de otra manera la borrasca me hubiera impedido emprender el difícil camino de vuelta por el peligroso sendero montañoso.

Esta vez había llegado a la zona montañosa para cubrir las hazañas de la brigada de producción de Lichiayingtsi en la forestación de un monte pelado. Mi comisión periodística había resultado felizmente, y todo gracias a la secretaria del Partido, al contador y a los otros integrantes de la brigada.

Antes de llegar yo no conocía el nombre de la secretaria, pero pronto descubrí que todos, jóvenes o viejos, la llamaban tía Chü, que tenía casi cincuenta años y algunas canas sobre las sienes. A pesar de su edad, la mujer trabajaba con enorme energía y gran ánimo; era ella la promotora de la forestación de la montaña Takushan, lucha en la que había asumido personalmente el mando y trabajado hombro a hombro con su gente. El verano pasado habían querido plantar árboles durante la estación lluviosa, pero faltaron plantones. Sin embargo, la dirigente se había negado a pedirlos prestados a otras brigadas o a gastar dinero en comprarlos.

La tía Chü y sus comuneros prefirieron internarse en las profundidades de la montaña para buscar plantones selváticos, y aprovechar el viaje para recoger semillas. Como medida a largo plazo roturaron un pedazo de tierra inculta para hacer un vivero. Fue con acciones de este tipo que se creó el milagro de aquella zona.

El mediodía en que llegué a la montaña, la mujer ya había partido al vivero, a unos 5 *li** del poblado. Me recibió el contador, un joven entusiasta; cuando terminó de leer mi carta de recomendación soltó un grito de alegría: "¡Jai, hace tiempo que esperábamos que viniera un periodista! Escriba usted en su periódico sobre nuestra secretaria. Hágala aún más célebre."

Le pedí que me llevara donde ella, y me dijo:

"¿Conversar directamente con ella? ¡No conviene! Es una persona excesivamente modesta y siempre tiende a exagerar sus propios defectos. Es mejor que yo reúna a algunos jefes de grupo y comuneros para una conversación.

* Un *li* equivale a 1/2 kilómetro.

Y si ellos no le cuentan sobre todas las virtudes de la secretaria, ¡lo haré! Yo conozco todos sus secretos."

Un rato después ya estaba reunido un grupo de muchachos y muchachas.

La reunión se puso en marcha con las palabras del contador: "¡Oigan todos! Vamos a explicar aquí al periodista sobre los éxitos alcanzados. ¡Vayan relatándole los triunfos de nuestra secretaria, que bien merece ser presentada como ejemplo! ¡Pero hablen vivamente! Esta vez todo el país conocerá nuestra montaña Takushan, y tal vez la secretaria irá a Pekín a visitar al Presidente Mao, como lo han hecho los trabajadores modelo: Wang Kuo-fan y Li Shun-ta."

Fue un encuentro entusiasta, que puso a mi alcance un material que me tocó el alma. A la hora del almuerzo, cuando el contador me ayudaba a ordenar las cifras, fui a casa de la secretaria a esperarla; ésta regresó después que todos hubieron comido, y al enterarse de que venía de Pekín me trató con una intimidad familiar. Cuando le dije que debía partir aquella misma tarde, me llevó en seguida a dar una vuelta por la célebre montaña; por el camino fue masticando el pastel de maíz que había empezado al encontrarme.

"No basta charlar entre cuatro paredes. Mire lo que hemos hecho. Esta es la obra."

Al mostrarme las zanjas cubiertas de arbolitos, dejé escapar un leve suspiro. . .

"Está muy lejos de lo que nos habíamos propuesto. . . Según el plan original debimos cubrir tres zanjas con estos arbolitos, pero sólo hemos logrado plantar dos; los de la otra fueron destruidos por las vacas y ovejas, y todo por-

que yo no había separado el pastizal del bosque. Todavía me falta experiencia."

Contemplando los hoyos, en forma de escamas, para plantar arbolitos me emocioné y le expresé mi admiración por el trabajo.

Ella interrumpió: "Precisamente nuestros defectos residen aquí. Por no haber trabajado minuciosamente estamos obligados a diferir hasta este año el establecimiento de un vivero. Sabrá que ahora son muy escasos los plantones."

Caminando y conversando, la charla me permitía ajustar los datos obtenidos. Cuando le mencioné algo sobre el reportaje que estaba por escribir, ella se detuvo y dijo meditando: "No sé qué propósito tiene. Si los órganos superiores consideran que sería beneficioso presentar lo que ocurre aquí, lo escribirá, pero sobre la base de la realidad objetiva."

Antes de la despedida, le pregunté repetidas veces cómo pudieron superar tantas dificultades para construir su obra. Tras un rato la anciana respondió: "Lo que hemos hecho está muy lejos de la exigencia y, además, lo que hemos cumplido era nuestro deber." En aquel entonces, yo no logré captar el verdadero sentido de esas palabras.

En la noche nevada, la temperatura bajaba precipitadamente. El frío me entumecía las manos y pies, me dispuse a dormir, arreglaba la cama cuando oí una voz urgente de llamada a la puerta.

Escuché con atención volviendo la cabeza. Se percibía una voz alta intermitida por el impetuoso viento.

"Abre. . . la puerta, . . . camarada, . . . de la prensa. . ."

Era evidente que me llamaba. Me puse el abrigo y salí del cuarto. El viento helado me hizo retener el aliento. ¡Hacía tanto frío!

Apretando el abrigo corrí hacia el patio. Cuando quité la tranca y abrí la puerta, frente a mí estaba de pie una figura de nieve con una linterna en la mano.

No logré ver claramente su rostro por el tambaleo de la linterna entre la borrasca de viento y nieve.

"¡Perdón, camarada, voy a molestarlo!" la figura de nieve me pidió excusa sincera.

Por la voz cariñosa reconocí a la tía Chü y maquinalmente me sobrecogí de estupor alborotándoseme el corazón. ¡Algo ha pasado! pensé. De lo contrario, la anciana no podía bajar de la montaña en esta noche de tormenta.

"Hay un error en las cifras que le hemos dado," interrumpió el silencio la tía Chü calentando sus manos con aliento. "¡Este chico actúa muy despreocupadamente! En su cálculo, ha agregado a las cuentas de invierno trescientos excavaciones que hicimos en otoño." Al decirlo, abrió su abrigo y sacó un papel del bolsillo interno: "¡Tómelo y corrija las cifras que ha presentado el contador, juzque por esto!"

Al recibir el pliego, tomándola del brazo le aconsejé: "Hace mucho frío, pase adentro, de prisa, para calentarse un poco."

Pero, desoyendo mi súplica ella sacudió con la mano los copos de nieve de su cabeza y me repitió otra vez con énfasis: "¡Ha de corregirlas! Ya que hemos informado al superior lo cumplido en el otoño. Si se incluyen estos datos, las cifras no serán exactas. Ya que al considerar los trescientos hoyos falsos, se pensará en 300 árboles, árboles que no existen. Por lo tanto, si admitimos que se

deslice el error, no estaremos cumpliendo con informar honestamente acerca de nuestro trabajo."

Yo le prometí: "Eso es, revisaré ahora mismo."

Como si aún no tuviera confianza en mí, me recomendó nuevamente: "¡No olvide enmendar el error!" Y añadió: "Cuando nos despedimos en la tarde, temí que las cifras fueran inexactas y determiné contar los hoyos uno por uno. Así descubrí el error."

Sus palabras me sacudieron el corazón. Era muy fácil escuchar la enumeración de los hoyos, pero practicar esta tarea era realmente difícil y fabulosa. De inmediato, se reveló ante mis ojos una anciana trepando con dificultad por entre las piedras y agreste hierba. El viento rugiente la azotaba haciendo flotar su ropa azul y cabellos canos. Los bejucos y azufaifas salvajes obstaculizaban su paso, pero ella continuaba caminando. Miraba con detenimiento cada parcela cultivada y contaba con la mano callosa los hoyos uno por uno concentrándose en el cálculo mental: uno, dos, tres. . .

Cautivado como estaba en la contemplación de lo que imaginaba, la voz de la tía Chü me instó a escucharla: "Lo que está por escribir será publicado en periódicos del Partido. Es decir, que su trabajo será leído no solamente por los dirigentes sino también por las masas populares. De allí, el especial cuidado que se debe tener en la redacción del reportaje." Sus frases esclarecedoras se constituyeron en recomendaciones de advertencia, vigilancia y hasta crítica en cuanto a mi labor.

A lo expresado por esta infatigable trabajadora, militante del Partido, no tuve qué responder, sólo asentir con la cabeza, mientras se apoderaba de mí un profundo sentimiento de vergüenza ante tal ejemplo de abnegación revolucionaria y amor al pueblo. Sí. Hay que tratar seriamente las causas del Partido y trabajar de manera concienzuda y esmerada, por grandes o pequeñas que sean las tareas. Precisamente lo que hacía esta veterana del Partido, era una expresión concreta de la responsabilidad ante las causas revolucionarias. Sólo entonces, logré comprender a fondo sus palabras al finalizar la entrevista anterior, luminosas palabras que desde entonces me guían. El papel con las rectificaciones, que momentos antes me entregara, se hacía cada vez más pesado y ardiente en mi mano. Conmovido, los ojos húmedos y casi sin poder hablar, me acerqué a ella y le estreché las manos frías: "Tía Chü, todo lo que ha hecho y dicho es correcto. Usted. . . entre a la casa, descanse un poco."

Sacudiendo con fuerza la nieve de sus hombros, la anciana dijo con voz afectuosa pero firme: "No, gracias. Yo me apresuro a regresar a la montaña. . ."

"¡A subir la montaña ahora!"

"Sí," asintió y elevó un poco la mecha de la linterna. "No era tan espesa la nieve cuando partí hacia aquí. Es posible que el vivero no soporte esta borrasca."

"Entonces yo la acompañaré."

"Gracias, por esta senda regresaré, podría caminar incluso con los ojos cerrados. Además, usted deberá marcharse mañana."

"Yo la acompañaré a pasar el río," insistí.

La anciana accedió a mi ruego. Tomé de su mano la linterna y emprendimos la marcha.

Envuelto en copos de nieve, el viento helado bramaba a nuestro rededor, nos golpeaba repetida y violentamente manifestando desesperadamente su poderío. Mi cara ya estaba aterida. Entonces, me quité el abrigo y lo ofrecí

a la anciana. Ella se negó rotundamente a pesar de mis repetidos consejos, e incluso me mandó ponérmelo.

El viento soplaba más fuerte al salir de la boca del poblado. Como si entráramos en un matorral espeso, lo desafiábamos y cada paso de avance nos requería mucha energía. De súbito se detuvo la secretaria y me dijo: "¡Espera un poco!"

Dando una vuelta yo le pregunté alegremente: "¿Se convenció que no es posible avanzar? ¡Es realmente muy difícil de caminar!"

"Iré bajo cualquier dificultad. No obstante, tengo aún algo que hacer aquí."

Con viento favorable entramos al poblado muy pronto y doblando por un callejón nos detuvimos ante la puerta de madera de una casa de tapia baja. La tía Chü llamaba a la puerta medio rota que rechinaba bajo sus fuertes toques.

"¡Pequeño Wang, abre!" gritaba, pegaba a la puerta, pero no tenía respuesta. Decía sonriendo: "Los chicos duermen siempre como troncos." Siguió llamando a gritos y su voz parecía llevada a lo lejos por el impetuoso viento.

Al fin repercutió un ruido dentro como si alguien se levantara: "¿Es la tía Chü?"

"Sí, sí, me voy ahora mismo." Después de un gruñido se oyó una exclamación: "¡Ah, cayó ya la nieve!"

Se abrió la puerta que daba a un patio y envuelto en un abrigo de algodón, con el cuerpo exhalando calor, un joven se presentó ante nosotros.

De un paso entró al patio la tía Chü, se dirigió al joven: "Examina de prisa todos los establos. Esta nieve viene más temprano y fuerte de lo que esperábamos.

¿Cómo van los trabajos preparativos? ¿Dónde están los dos potros recién nacidos?"

"En el establo No. 6," respondió el joven.

"Hay que trasladarlos. El No. 6 es el más alto y, además, tiene una ventana trasera. Sin duda alguna, allá hace más frío que en otros. Animales tan tiernos no podrán soportar la nevada."

Juntos nos encaminamos hacia la caballeriza. Linterna en mano, la tía Chü examinaba cada compartimiento del establo, desde el techo hasta la puerta, desde el abrevadero hasta el suelo, e incluso hasta cada caballo que le extendía la cabeza bufando y relinchando. El criador y yo íbamos siguiendo.

Cuando se detuvo en el establo No. 7, el joven le preguntó ansiosamente: "¿Tía Chü, éste no deja pasar el frío?"

"Sí, porque tiene salida al oeste y penetra precisamente el viento noroeste," confirmó la tía. "¡Llamarás a los compañeros y les pedirás que traigan cañas para protegerlo contra el viento!"

El vendaval continuaba rugiendo y la nieve cayendo. La anciana me dijo al salir del criadero: "Voy a ver al encargado del depósito. ¿No se sabe si han sido protegidos bien los silos de papa dulce?"

Marchábamos doblando hacia el norte y llegamos a la casa del almacenero. Intenté llamar a la puerta, la tía Chü me lo impidió. . .

Explicó riéndose: "El viejo trabajador es un hombre muy serio y cuidadoso. Para él es suficiente una sola advertencia y cumple con sus tareas debidamente. No hay que revisar su trabajo de continuo." Subida a una piedra gritaba hacia el patio: "¡Viejo almanecero!"

"¡Estoy aquí!" nos respondió desde atrás.

La tía Chü saltó de la piedra y preguntó al viejo que se acercaba: "¿Nuestros silos ya. . .?"

"¡Todo va muy bien!" interrumpió el viejo que como una efigie de nieve ya estaba ante nosotros. "Ya han sido protegidos bien. Los hombres de la brigada junto a su jefe están ahora cubriéndolos con paja. Voy ahora al criadero. . ."

La tía Chü le detuvo para informarle la situación de los establos y hacerle otras preguntas, y finalmente le recomendó: "¡Dígale al jefe de la brigada que mañana cuando cese el mal tiempo, movilice a los hombres para transportar la nieve a los trigales. Deberán cubrirlos bien para evitar regarlos luego con agua helada."

Emprendimos el regreso a la montaña. A pesar de que el viento bramaba con furia y la nieve hacía más difícil el camino, ya no sentía frío. Al pasar el puente sobre el río Chu, la anciana no me dejó, pese a mi insistencia, acompañarla más: "¡Hasta la vista!" dijo. Tomó de mi mano la linterna y entró con fuerza en la tenebrosa niebla.

Permaneciendo al borde del río Chu, bajo la borrasca rugiente, perdí gradualmente de vista la figura elevada de la anciana y la luz nublosa de la linterna. Miraba extasiado la noche nevada mientras las llamas en mi pecho ardían como queriendo derretir toda la nieve. . .

17 de febrero de 1961.

Nubes púrpuras

EL aire matutino era fresco y dulce. Sobre los setos los tallos tiernos y verdes reflejaban una luz multicolor. Las gotas de rocío cristalino rodaban por las espesas hojas de menestra y por los sarmientos de las campanillas que recién comenzaban a abrirse, hasta caer y hundirse en la tierra blanda.

Siguiendo las indicaciones de un niño, caminé por un camino bordeado de setos en dirección de la casa del jefe del equipo de producción. Andando y andando, vi delante de mí al norte un álamo blanco muy alto, que echaba sombra sobre un molino de piedra. ¡Seguramente era allí donde vivía el jefe del equipo!

Entré por la puerta de troncos de sorgo, que estaba semiabierta. Me recibieron dos enormes gansos que estiraron sus largos cuellos blancos, ka, ka, ka. . . ; unas gallinas pintas corrieron de un lado al otro, cerca de mí, aleteando en el aire. Contra la ventana norte una mujer estaba pegando papel sobre un banco alto, de espaldas a mí, así que no pude ver su faz. Calculé que sería la mujer del jefe y llamé: "¡Cuñada! ¿Está en casa el jefe?"

Me lanzó un "¡No!" sin detener su trabajo ni volver la cabeza.

"¿Y a dónde se fue?" pregunté, dando un paso adelante.

"¡Quién sabe dónde se ha metido! Es un ser vivo que también tiene dos piernas, y puede estar en cualquier parte. Yo no lo he atado con ninguna soga." Sus palabras cayeron sobre mí con la dureza de una piedra.

Era la primera vez que llegaba a Nantsun, adonde fui especialmente para visitar a ese jefe. Al encontrarnos en la comuna habíamos concertado vernos aquella mañana allí en su casa. Me había dicho: "Si no estoy por azar en casa, te podrá recibir mi mujer." Por el tono en que habló, pensé que su esposa debía ser igual a las de muchos otros cuadros de base: lúcidas, hábiles y cariñosas con la gente, pero jamás había imaginado que me diera con la puerta en la cara, lo cual me colocó en una situación indecisa. No me quedó más remedio que enrumbar hacia la oficina del equipo. Estuve a punto de volverme y partir cuando me detuvo un grito súbito.

"Eh, pero ¿qué pasa? Diga gué quiere." Terminó su trabajo junto a la ventana, pero aún no volvía la vista.

"Yo, yo. . . venía a buscar al jefe," respondí, un poco tartamudo y también algo impaciente.

"Ja, ja, ja. . . " Su súbita risa me sorprendió, y entre las carcajadas bajó de un salto del alto banco y se dirigió hacia mí mientras se frotaba los dedos cubiertos de pasta.

Yo la observaba cuidadosamente, algo molesto. Tenía poco más de treinta años de edad, la cara cuadrangular, el mentón agudo, los ojos muy pequeños, los labios delgados; era alta y delgada; llevaba un vestido viejo,

pero adecuado, limpio y zurcido con esmero. Todo en ella se veía hábil y enérgico.

"¡Ah! Pensé que era San-niu, del oeste de la aldea. Camarada, ¿de dónde viene usted?" Seguía conteniendo la risa y me midió de arriba abajo entre parpadeos.

Le expliqué que venía de la capital de la provincia para buscar al jefe, y que el asunto que me traía era importante.

La mujer dejó su anterior negligencia, meneó la cabeza con mucha naturalidad y seriedad, y dijo: "Pase por favor a descansar un rato." Al verme dentro de la casa dio una vuelta para ir a otra habitación. En un abrir y cerrar de ojos apareció de nuevo, con una tetera en la mano izquierda, un pequeño banco bajo el brazo izquierdo, una mesita cuadrada bajo el derecho, y dos tazas de té sujetadas con dos dedos. Avanzó hacia mí y depositó el banco, la mesa y las hojas de aromático té, que se sumergieron pronto. Todo esto lo hizo muy de prisa, y yo pensé: Esta cuñada no es solamente "brava", sino también muy capaz.

"Siéntese, tome un tazón de té. Esta mañana el jefe quiere ir al poblado de Pangchünchen para despachar algunos asuntos, pero todavía no ha partido y ahora está trabajando con los comuneros en el campo. ¡No es fácil ser jefe de equipo! Ni dormir puede tranquilamente una sola noche al año. Por suerte, tiene un cuerpo muy resistente, templado en trabajos forzados, antes de la Liberación, cuando niño. Tome usted asiento. Estará de regreso muy pronto." Mientras me servía té no cesaba de hablar. Al ver que yo conservaba la taza en la mano, se paró delante de mí; no sé si era para darme explicaciones sobre su reciente brutalidad o para expresar su indigna-

ción, empezó a gritar: "Temprano por la mañana, al levantarse, me encolericé mucho, cuando me dio una tarea: buscar cuarto para un camarada que viene de la editorial del periódico provincial; seguramente se refería a usted. Pensé que el cuarto oeste de la familia San-niu era el más adecuado, está sin uso, es espacioso y además sin niños que molesten; supuse que allá tendría posibilidad de escribir o leer con tranquilidad. Fui a consultar con la esposa de San-niu, pero ésta no quiso. Dijo que yo estaba tratando de crearle problemas. Es terrible esa mujer. Ayer, por la recolección de abonos de orina tuve un disgusto con ella, y hoy no han mejorado nuestras relaciones, entonces estuve a punto de enfadarme en todo momento. De no ser por el jefe del equipo de producción, hubiera reñido con ella. No sabe usted camarada; desde que él asumió ese cargo, yo me he amansado un tanto. Tengo que reflexionar bien antes de dar cada paso. Ayer, por ejemplo, se empezó a juntar abono casa por casa. El equipo había encargado el trabajo a la esposa de San-niu, a la que le pareció sucio, y no quiso hacerlo. El jefe no supo qué hacer; me pasó una mirada como para insinuar algo, y yo levanté la mano para inscribirme en ese trabajo. Era muy necesario. Somos familia de un cuadro, y tenemos que hacer algunas concesiones y soportar algunas afrentas. Pero ¡ay qué difícil es a veces!" Hablando y hablando, reía tapándose la boca, como si se estuviera burlando de sí misma.

Las gallinas corrieron hacia el tazón de engrudo alargando el pescuezo para picotear, y la cuñada volvió para ahuyentarlas con los brazos. Llevo el tazón a la estufa y me explicó que me instalaría allí en su casa. "Es algo

estrecha. Nosotros tres nos mudaremos al cuarto este y usted se quedará en el oeste; mi hijo Siao-yao es travieso, pero ya pedí a su abuela materna que se lo llevara, lo recogeremos a la hora de dormir, así no lo molestará ni hará ruidos. Pase así, más o menos, algunos días ya que en una aldea de montañas no se puede ser tan exigente con las condiciones de vida. Estoy arreglándole la habitación."

Los enormes gansos blancos volvieron a graznar. Volví la vista y entró el jefe.

Hombre de treinta y tres años de edad, el jefe tenía una salud muy sólida, barba negra hasta las orejas. Al hablar, como al observar a alguien con serenidad, mostraba siempre una sonrisa sobre los labios dando la impresión de que era una persona optimista y amable. El sudor le perlaba la frente, llevaba en brazos unas colleras deshechas.

Me saludó y me preguntó si acababa de llegar. Luego se volvió hacia su mujer: "¿Ya has arreglado bien el cuarto para el camarada Liang?"

"He estado esperando que el jefe lo haga," le respondió ella con sequedad.

Tras dejar las colleras sobre el piso y sacudirse el polvo trajo un banco para sentarse frente a mí, tomó la tetera, llenó de agua mi taza y preparó otra para él mismo; bebió un trago y dirigió a su esposa una mirada sonriente: "¿Has vuelto a reñir con la mujer de San-niu?"

Al oírlo la cuñada se volvió de súbito y el enfado reprimido emergió de nuevo: "¿Que si he reñido con ella? No, no he tenido el gusto. ¿No es ella quien ha reñido conmigo?"

El jefe respondió: "No discutamos quién ha reñido con quién, pero de todos modos debes hacer una autocrítica y ver si has actuado correctamente."

"No. Esta no es manera de juzgar. ¿Quieren que soporte tal injusticia? No, eso nunca. Esta vez ustedes deben decidir quién tiene razón y quién no. Escúchame. . ."

El jefe se negó con la mano: "Basta, basta. Lo entiendo todo, aunque no digas nada."

La cuñada se encolerizó: "¿No quieres que hable? ¿Es ese el democrático estilo de trabajo del jefe del equipo?"

"Bien, bien. Esta tarde no voy a ninguna parte y me quedaré sentado aquí para escucharte todo este tiempo. ¿Está bien?" Diciéndolo volvió la vista hacia mí con una sonrisa: "Esto es cotidiano en mi familia." Tras un sorbo de té preguntó a su esposa si alguien había venido a buscarlo.

La cuñada, con las mejillas encendidas, volvió la vista a un lado, y contestó indignada: "¡Claro que sí! El carretero ha venido otra vez a buscarte pidiendo que compres pronto las colleras."

"Otra vez el mismo tema."

"¿Y por qué no? Sin colleras, ¿cómo puede tirar el carro la bestia? Puesto que hoy vas a Pangchünchen, compra unas cuantas, porque el compañero viene a cada rato a hablar de eso."

"¡Todos han aprendido la palabra comprar! Comprar, comprar, ¡todos quieren hacer eso de comprar!" Serio, indicando las colleras en el suelo, el jefe continuó: "Un par de colleras vale cuatro o cinco yuan. Estas que

hay aquí se pueden usar todavía y servir como nuevas después de reparadas. Eso podría ahorrarnos más de 20 yuan."

La cuñada replicó: "¡Que las repare quien tenga ganas! ¿Por qué las dejas tiradas aquí en mi casa?"

El jefe parpadeó sobre sus oscuras pupilas: "Estoy buscando a una persona hábil para la tarea."

La cuñada se fue a perder por un cuarto, tras echar un suspiro de disgusto.

El jefe conversó un rato conmigo, y al ver que ya era tarde se levantó. Estaba a punto de marcharse cuando la mujer llamó: "¿No decías que estás buscando a alguien para repararlas? ¿Por qué no te las llevas? Aquí son un montón de basura pestilente, y chocan a la vista y al olfato. Si las dejas aquí las echaré a la zanja del camino."

"Me había olvidado de eso por estar atento a la charla. Eso es urgente, ¿qué hacer? pues se necesitan para esta tarde." Fingiendo real preocupación, se golpeó la frente con la palma y dijo sonriendo a su esposa: "¿Me puedes ayudar en algo?"

"¡No! Soy demasiado torpe."

"¡Ay! ¡Qué problemas trae pedir algo a los demás! Bueno. Déjalas allí si no tienes ganas de ayudar." Se levantó para partir.

Al verlo salir la mujer se impacientó y de un salto se colocó ante su esposo: "¿Hay un jefe semejante a ti? Ni siquiera sabes pedir las cosas de buenas maneras."

El hombre se rió y contestó: "¡Bravo! Gracias, camarada, muchas gracias. . ."

La cuñada no pudo contener la risa y tendió la mano: "Dame tela. ¿Acaso voy a repararlas con los labios?"

"¿Tela? He olvidado eso. Pero ¿cómo va a tener tela nuestro equipo? Bueno, usa algunos retazos tuyos, cuando la colectividad tenga te los devolverá."

"¿Cuándo has devuelto algo que pediste prestado? Has escrito tus cuentas sobre la arena, ¿acaso no es así? Llévatelas. No voy a repararlas, ya he dicho que no."

El jefe lanzó un súbito grito: "Miren, las gallinas se han subido a la estufa."

La cuñada y yo volvimos la vista, pero no vimos sombra de gallinas. Cuando volvimos la cabeza, el jefe ya había desaparecido del patio, y yo no pude sino echar una risotada.

"Maldito." La cuñada rechinó los dientes; pateó sin poder contener tampoco la risa, y me dijo: "Es celoso guardián del dinero."

Me condujo al interior del cuarto, donde todo estaba listo. El *kang* y suelo estaban impecables, e incluso en las pequeñas botellas de medicamentos y en el marco del espejo no había ni ápice de polvo. En la pared lucían algunos diplomas, una foto de una reunión distrital de trabajadores modelo, y dos afiches de películas reemplazaban las habituales pinturas de Año Nuevo. No era un lugar muy grande pero se veía ventilado y claro.

Arrimó una mesita al *kang* y dijo: "Aquí puede dedicarse a lo suyo; llámeme si necesita algo."

Sin que me diera cuenta, esta cuñada entusiasta y franca terminó por caerme bien; le pregunté: "¿Cómo se llama used?"

"Basta con llamarme 'madre de Siao-yao'; mi familia materna apellida Li y mi nombre es Tsai-sia, nube púrpura."

"Nube púrpura, es un nombre muy bonito."

"¿Verdad? Me dieron este nombre el año del establecimiento de la comuna. Entonces repliqué diciendo cómo puede tener un nombre tan poético una persona como yo, parecida a una cesta de leña seca. Pero el jefe hizo que la gente me llamara así." Se rió con las manos sobre la boca. Por su tono sentí que le agradaba el nombre.

"¿Qué cargo tiene usted?" pregunté.

"¿Me ve usted cara de dirigente? No. No tengo ningún cargo en el equipo." Contestó Tsai-sia, y como si tuviera miedo a que la subestimara por ello añadió: "En realidad, cuadros o no, igual servimos al pueblo. El está muy ocupado todo el año, sin tener en cuenta el invierno o el verano, el día o la noche. Yo lo ayudo en algunas cosas y así él tiene más tiempo para hacer bien los asuntos de las masas. Esto hace que yo también sirva al pueblo. ¿Correcto?"

Antes de que pudiera responder oímos unos pasos en el patio.

"¿Está en casa el jefe?" Era voz ronca, de hombre.

"¡No!" respondió Tsai-sia.

"No importa que no esté. Te lo puedo decir a ti."

"Dilo pues." Tsai-sia salió del cuarto.

"En la pendiente oeste hay un pedazo de tierra donde se cultiva mijo, y no sé si es necesario desyerbarlo. Anoche en la reunión no oí a nadie mencionar ese trabajo."

"Aquella parte corresponde a tu grupo, ¿consideras necesario hacerlo?"

"Si no lloviera, no me importaría postergar el asunto unos días más. Pero anoche cayeron algunas gotas, y con el sol esa tierra de mala calidad se puede endurecer, y luego será difícil trabajarla con el azadón."

"¡Pero entonces qué te pasa! Hay que trabajarla mientras blanda," dijo en voz alta.

"Pero yo pienso que no está el jefe y. . ."

"Basta," lo interrumpió Tsai-sia. "¿Qué vas a hacer? No eres malo, y además, tienes presentes los asuntos del equipo de trabajo, ves el asunto con claridad; pero no te atreves a plantear el problema ni a decir una sola palabra. ¿Cómo puede ser eso? Este cielo del equipo es de todos; por grandes que sean las manos del jefe, no lograrán taparlo enteramente. Cuando él no está, todos debemos ser el mando."

"Así es, pero mi carácter. . ."

"Basta de palabrería, pronto llegará el mediodía y se secará la tierra. Rápido, manos a la obra, elige a tu gente."

"Bien, bien. Ya que lo ha decidido la jefa auxiliar." Evidentemente animado el hombre se alejó alegre con paso ligero y rápido.

Yo leía algunos materiales sentado sobre el *kang*. Tsai-sia no había vuelto a mi cuarto. Parecía que estaba cosiendo bajo la ventana, a la sombra de una planta de granada; así me pareció al menos por el ruido de tijeras y de hilos que se entremezclaba con los canturreos de la mujer y los cacareos de las gallinas.

No pasó mucho rato antes de que una anciana entrara. Mientras avanzaba hacia Tsai-sia preguntó sonriente: "¿De qué lado se ha levantado el sol hoy? Jamás te he visto coser a la luz del día. ¡Cómo es que estás tan tranquila!"

"¿Qué voy a hacer si no estoy tranquila? ¿Ir a molestar a la gente?" Siguió sentada allí, y su respuesta equivalió a un saludo.

"Todos estábamos preguntándonos por qué si el jefe no está Tsai-sia no sale al escenario; no se oye su alta voz en la oficina del equipo, ni en el criadero, ni en el grupo de ocupaciones auxiliares, ni en ninguna otra parte."

"Ya no me atrevo a gritar. ¿No ves que ayer por la mañana el jefe me criticó ante tantas personas dejándome amoratada? Dijo que yo no tenía razón respecto a la esposa de San-niu. Fuimos a recoger orines para acumular abono, pero esa mujer prefirió echarlos al suelo a llevarlos fuera. ¿Debería yo rendirle culto de rodillas?" Su indignación subió otra vez y su voz volvió a elevarse. "Si la crítica es correcta, la acepto; si no, no debo tolerarla. Le he dicho que los dos parecemos el agua del pozo y la del río, tienen cada una su lugar. El hace su trabajo de jefe y yo, simple miembro de la comuna, no voy a estarlo reemplazando. Después de trabajar, me siento sobre el *kang* para jugar con mi hijo, y se me alivia un tanto el cansancio."

"¿Realmente se lo dijiste, personalmente?" interrumpió a Tsai-sia la anciana, fingiendo alarma.

"Si me coloca en una situación sin salida, voy a dejarlo todo en claro," continuó indignada la mujer.

"¿Y qué estás haciendo ahora?" preguntó la anciana, entusiasmada.

"No preguntes más, volveré a estallar de rabia. ¿Dime si no son cazurras sus maniobras?"

"¿Cómo puede ser cazurro? Nuestro jefe es un hombre bondadoso, es como una comba recostada contra la pared: lo sólido contra lo sólido," dijo la anciana conteniéndose la risa. Sentí que lo hacía para incitar a Tsai-sia.

"Mira," siguió Tsai-sia, "el grupo de transporte sale esta tarde a sus tareas. Desde hace días vienen pidiéndole al jefe que compre unas colleras, con súplicas, con métodos blandos y duros. El sabe muy bien que las nuestras ya están fuera de uso, pero no quiere gastar dinero en comprar nuevas. Acaba de desenterrar, no sé de dónde, estas colleras rotas y las ha traído a casa. Le pregunté qué quería hacer con ellas y me contestó que buscaba a una persona hábil para repararlas."

"Estaba pidiéndote que lo hagas," interrumpió la anciana.

" '¡Quién es tan tonto que no comprende eso!', pensé para mis adentros, 'si tú que pides a los demás hacer algo no dices ni una palabra simpática, yo finjo ser tonta'. ¿Acaso debo hacer aquellos trabajos sin merecer después ningún reconocimiento? Si resulta bien no oigo ni una frase de elogio; si resulta mal, me critica por todos los medios. ¿Qué salida tengo? No quiero hacerlo, no y no."

La anciana no pudo contener la risa por más tiempo y dijo: "Tsai-sia, dices que no quieres hacerlo y ¿qué tienes en la mano?"

"Precisamente por eso decía que es cazurro en sus maniobras. Ya conoce muy bien mi carácter." Ella también se rió. "Pues ¿puedo dejar de hacerlo yo? Esta tarde sale el grupo de carretas, y sin colleras el trabajo se verá afectado."

Se mezclaron las voluminosas risotadas de las dos mujeres.

Tsai-sia dejó de reir y continuó: "Pero sólo esta vez y nunca más. En adelante, por importante que sea el asunto, no me encargaré de nada. Tengo que hacerle ver lo que significa mi persona."

"Precisamente he venido a buscar al jefe por un asunto muy importante. Por tu tono veo que estás decidida y para qué decírtelo. Se lo diré a él cuando vuelva. Afecte lo que afecte, pues qué remedio hay, todo se debe a que el jefe no está en casa."

"No te vayas, quédate, si es urgente dime."

"Sí. Es muy urgente."

"Dímelo pues."

"Ya que no quieres hacer nada en vez del jefe, ¿para qué decírtelo?"

"Tú, vieja mona, también has aprendido a excitar la curiosidad de los demás, sin considerar las consecuencias. Hubiera podido no preguntarte nada y echarte a la calle. Dímelo rápido, ¿de qué se trata?"

Tras unas risotadas la anciana se puso seria: "¿Es cierto que no has oído nada al respecto? La mujer de Yu-wang, de la casa al este de la aldea, ha caído gravemente enferma y fue llevada al hospital muy de madrugada. . ."

"¡Esta vieja! Pero has tardado tanto tiempo para decírmelo. Yo me he enterado de eso mucho antes que tú. Soy yo quien ayudó a buscar personas para llevarla en camilla al hospital."

"Además acaban de mandar un recado diciendo que la mujer va a quedarse allá por lo menos siete u ocho días. Tiene un niño que necesita mamar en casa, ¿qué hacemos?"

"Eso es algo serio, de veras. Debemos pensar en alguna medida," murmuró Tsai-sia. Tras un rato de silencio me pareció oír que se ponía de pie y añadió: "Vamos a ver y consultar con los demás."

Arregló asuntos y se entró al cuarto: "Camarada, estaré ausente un rato, pero regresaré pronto. Si viene

alguien a buscar al jefe, dígale que me espere un momento." Y partió con la anciana, con sus risas y sus charlas por el camino.

Los cálidos rayos del sol trazaron en finas hilachas las sombras de las flores de granada. Las hebras doradas se alargaron hacia el cuarto a través de la puerta. Posiblemente era mediodía.

Al fin Tsai-sia volvió, con el rostro sudoso, sin poder reprimir su alegría. Volvió a sus tareas, dio de comer a las gallinas y ahuyentó a los gansos, llevó leña al horno y la encendió. Durante todo ese tiempo llegaron algunas personas para buscar al jefe, pero al parecer Tsai-sia no tuvo mucho tiempo para charlar con ellos: Les decía unas palabras y los dejaba ir, y volvía a sus trabajos.

Salí y vi que estaba cocinando. Sentada delante de la estufa, remendaba rápidamente las colleras. Al ver que el fuego iba a extinguirse, dejaba la aguja para agregar leña. Dio la última puntada, rompió el hilo con los dientes y se fue, tras echarme una mirada sonriente, corriendo con las colleras reparadas.

Cuando volvió el jefe yo daba vueltas por el patio.

"Camarada Liang, ¿ya le han arreglado el cuarto?" Me preguntó sonriendo, mientras se enjugaba el sudor de la frente.

"La cuñada lo ha arreglado todo muy bien."

"En esos asuntos ella es más capaz que yo. Su defecto es no ser muy apretada de boca y demasiado explosiva de carácter. Sin embargo, conociéndola bien, esos aspectos se convierten en sus puntos fuertes. Nos casamos hace diez años, y nunca hemos reñido por asuntos de familia."

Pasó un rato y Tsai-sia volvió con un niño en brazos. El robusto bebé echaba miradas a todos lados, y realizaba maniobras interesantes.

El jefe tomó al niño de los brazos de la mujer: "¿has comido ya? Ven, déjame besarte la carita."

Tsai-sia puso la mesa, distribuyó los tazones y palillos, para la comida.

El jefe preguntó algunos asuntos de la aldea y recibió respuestas concisas. "Esta mañana llevaron a la mujer de Yu-wang al hospital. No sé qué resultó. ¿No hay noticia de ella?"

"Has preguntado sobre esto y aquello, pero no sobre tus colleras viejas, ¿por qué?"

"Ya que las has echado a la zanja del camino, ¿para qué mencionarlas?" El jefe sonrió. "Esta noche debo aprovechar algún rato libre para ir de una vez a visitarla. Si no, irás tú a preguntar por ella. ¿Está bien?"

"El hospital ya ha mandado decir que no volverá hasta dentro de siete u ocho días."

El jefe besó la cara del bebé, y preguntó: "¿Y qué hacemos con el bebé? ¿No es conveniente llevarlo al hospital?"

Tsai-sia, muy contenta, respondió: "Camarada, ya es tarde; después de que saliste, hemos arreglado todo muy bien. Le daremos de mamar varias mujeres, turnándonos. El primer turno es aquí, hoy, en nuestra casa. . ."

Eché una mirada al bebé que estaba en brazos del jefe, riendo con los ojos entreabiertos. ¡Bah! Al principio creí que se trataba de Siao-yao, el hijo de esta pareja, pero en realidad se trataba del hijo de otra familia. . .

Noviembre de 1961.

Lluvias albaricoqueras

EXTENDIO a las tinieblas una red, tejida con el viento y las lluvias, que cubrió el campo y los poblados. Casi se ocultó toda la vitalidad bajo el trueno y el rugido de la tempestad, como si se revolvieran el cielo y la tierra.

Llevando consigo un caballo gris, Sung Chun-lin avanzaba con fuerza pisando el camino fangoso. El viento loco torcía las aguas convirtiéndolas en numerosos látigos y lo golpeaba repetida y violentamente, sofocándolo. El joven se quitó su vestido de tela y se lo puso al caballo, y también su camiseta, con la que envolvió el pequeño paquete de medicamentos. Tiraba gritando con fuerza al caballo y marchaba adelante mirando sin pestañear en la tiniebla. El, como todos los jóvenes que salieron recientemente de la escuela, no sufría aún la borrasca y por eso sentía una mezcla de timidez y fantasía: sería mejor que soplara un viento que haría salir al sol, limpiando las nubes, o que apareciera un palacio en que no solamente se pudiera proteger contra la lluvia sino donde también hubiera comida preparada para la gente y forraje para los animales . . . Lleno de fantasías, avanzaba con dificultad. Por último la timidez hizo desaparecer las fantasías, y quedaron solamente la desesperación y el arrepentimiento.

Esta tarde hacía un extraño calor sofocante. Los sembríos bajaron la cabeza y las flores selváticas cerraron los ojos, e incluso las piedras en la pendiente parecían humear. Por temor a que el joven, novato en las labores agrícolas, no pudiera resistir ese calor, el jefe del equipo de producción lo había enviado de vuelta a casa. Cuando Sung Chun-lin se estaba lavando bajo el rodrigón de calabazas, su padre se le acercó y dijo con ansiedad que el caballo gris estaba muy enfermo y que el viejo criador lo había llevado al centro veterinario. Al oírlo el joven salió secándose el rostro con la mano a perseguir al viejo, al que alcanzó en la colina sur. "Hace hoy mucho calor y el tramo es muy largc. ¡Yo lo llevaré allá!" Desconfiando del muchacho, el viejo al principio se negó. Sólo tras una larga persuasión y una serie de garantías, el criador le dio permiso.

Sung Chun-lin recorrió sin tomar aliento 15 *li* para llegar al centro veterinario. Al recibir los medicamentos emprendió el camino de regreso y fue atacado por la imprevista tempestad. Pero oscureció totalmente y no logró encontrar un poblado o un árbol para protegerse del aguacero. El animal ya tenía un día y una noche enfermo y si algo le sucedía por estar viajando empapado bajo la lluvia, qué iba a decirle al viejo.

Tras bajar dificultosamente una pequeña colina, Sung Chun-lin quedó aún más aturdido, y el corazón le dio un vuelco cuando vio que se había desorientado completamente. Se detuvo y hurgó la oscuridad con los ojos. De súbito percibió delante de él una luz tambaleante que ilu-

minó su corazón galopante. Se armó de valor y corrió hacia allá jalando al caballo tras él.

Las aguas de lluvia se convirtieron en innumerables riachuelos que pasaron bajo sus pies. Al cruzar unas colinas apareció la silueta nebulosa y oscura de un poblado y se vio una luz que parpadeaba. Sung Chun-lin avanzó hasta llegar a una casa cuya puerta del patio había caído sobre el lodo. A la luz de un relámpago vio un cobertizo de paja al lado de una casa que miraba al sur y se apresuró a hacer entrar al animal allí, atando a tientas la brida en un poste. Se secó el rostro con las manos, calentó sus pies entumecidos pateando el suelo y tomó una profunda bocanada de aire. Su corazón volvió a la calma. Recién en ese momento sintió una mezcla de frío y hambre, y su vientre comenzó a quejarse. . . Apretando el paquete contra su pecho, el joven se acercó tentativamente a la casa que miraba al sur. Llamó a la puerta gritando:

"¡Camarada, camarada. . . !"

La voz era fuerte, pero igual fue alejada por el viento enfurecido. Tras un buen rato se abrió la puerta y Sung Chun-lin entró al aposento como una ráfaga.

"¿Camarada, dónde estoy?"

Linterna en mano, la dueña lo miró con cuidado y respondió: "Este es el Albaricoquero oeste."

El joven se sorprendió: "¡Cómo he llegado aquí!" Y sólo entonces vio claramente ante sí a una joven de unos veinte años de edad que, al parecer, también había llegado poco antes. Aunque se había cambiado de vestido, aún eran claras sobre ella las huellas de la lluvia: gotas de agua le caían por los cabellos morenos y el bellísimo rostro. Sobre una hoja de la puerta en que se apoyaba la joven podía verse pegado un papel rojo con caracteres

encima, señal de una boda. Miró entonces alrededor y se dio cuenta de que nadie había en el cuarto sino ella.

Sung Chun-lin lamentó su imprudencia y retrocedió diciendo: "¡Perdóneme, no quiero molestarla!" Corrió hacia el establo y desató la brida apresuradamente. Sin embargo, el animal enfermo no quiso salir y se resistió apoyando sus cascos hacia atrás casi hasta quedar sentado en el suelo.

"¿Este animal es de su equipo de producción?" La novia estaba bajo el alero linterna en mano. Los chorros de agua que caían del techo cubrían su rostro como sartas de perlas.

"Así es. He llevado a este enfermo para curarlo y de regreso me he encontrado con la lluvia. Perdí el rumbo totalmente." Al mismo tiempo que respondía a la pregunta, tiraba con fuerza del animal.

"¡Déjelo tranquilo; si lo hace salir bajo estas lluvias empeorará su situación!" gritó ansiosamente la novia que había acudido al lugar desafiando la fuerte lluvia.

"¡Ayúdeme a orientarme! ¿Estoy al este o al oeste del poblado? Voy a alojarme en otro lugar."

"Aquí hay un establo y un sitio para dormir. Es más conveniente que permanezca en nuestra casa que en otras. Además, para llegar al poblado hay aún un largo tramo que recorrer y, más aún, es muy difícil caminar por allí con esta lluvia," explicó enérgicamente la novia, como si no permitiera a nadie la contradijera. Al decirlo, tomó la brida de manos de Sung Chun-lin y la ató de nuevo en el poste.

Sung Chun-lin no insistió más pues, en realidad, adónde podía ir si se marchaba de allí. Conmovido, el

joven dijo: "No te preocupes más, este lugar me basta para protegerme de la lluvia."

La novia soltó una risa: "¡Una vez que llega a nuestro poblado ya es usted un huésped! ¿Cómo podemos alojar a un huésped en el establo?"

El joven se rió, algo incómodo.

La novia examinó al animal enfermo con su linterna y probó si estaba la brida atada sólidamente. Luego dijo: "¡Entra aprisa a la casa, aquí hace mucho frío!"

II

Se encendían las corontas en un brasero y las llamas lamían alegremente. De pronto el cuarto se calentó agradablemente.

Lamentando su semidesnudez, Sung Chun-lin se puso su chaqueta mojada al entrar en la casa; se sentó al lado del fuego y puso a secar su camiseta amarilla, estampada con caracteres rojos: "2ª escuela secundaria".

Se puso a examinar con curiosidad ese pequeño cuarto tan claro, recién blanqueado. En la pared del frente había un retrato del Presidente Mao con dísticos rojos a ambos lados. Contra la pared este había una cómoda roja y sobre ella colgaba un marco con fotografías de diverso tamaño, y junto a él, un diploma de honor. Lo que le llamó la atención en especial, fueron varias obras literarias puestas sobre la cómoda. Todo el arreglo despertó en el joven un sentimiento de respeto por el dueño de casa.

Entonces Sung Chun-lin preguntó a la novia: "¿Dónde están tus familiares?"

La dueña, que estaba amasando harina, respondió: "Acaban de salir. Mi suegro es el secretario de la célula del Partido, y mi marido el subjefe del equipo de producción. Cuando comenzó a llover, los tres salimos por separado a examinar las casas de los comuneros. Uno fue a la calle del este y el otro a la del oeste. Yo tomé la responsabilidad de esta calle que es la más cercana, y por eso regresé más temprano."

"¿Cómo te apellidas?"

"Aquí llevo el apellido de Chia, pero mi familia es Ju. He contraído matrimonio hace sólo cuatro días. Mis padres viven en el Albaricoquero este." Respondió la novia mientras colocaba la vasija con masa sobre la cómoda.

"Conozco tu aldea." Sung Chun-lin reacomodó la camiseta que iba secando.

"Si lo menciono recordarás entonces a mi padre; nuestra familia vive del molino por generaciones." La joven trajo una tabla rectangular para amasar.

"Claro, conozco a tu padre, ¿es el molinero Ju, cierto?" Sung Chun-lin se puso locuaz y se le escapó de pronto el sentimiento cohibido. Trajo a la memoria la escena de su primera llegada al Albaricoquero este: era un año de gran sequía, tiempo antes de la Liberación, un día en que su madre lo llevaba para mendigar en otras aldeas. Al mediodía llegaron hambrientos y cansados al molino de Albaricoquero este. El se tendió bajo un enorme árbol, sin poder moverse más, y el bondadoso molinero Ju les dio aguas y una torta de afrecho. Con esto logró recuperar fuerzas para seguir el viaje con su madre. El recuerdo conmovió mucho a Sung Chun-lin, que echó una mirada a la novia y dijo:

"Durante esos años de hambruna, llegué a descansar ante tu casa y te he conocido bien. Entonces, eras una niña con dos trenzas. ¿Recuerdas?"

Una risa de vergüenza hizo temblar ligeramente el rostro de la novia, que sacudió la cabeza diciendo:

"Yo te he echado completamente en el olvido. Por aquel entonces los que vivían de limosna, abandonando sus casas por la hambruna iban y venían sin cesar. ¿Cómo puedo recordarlos a todos claramente?"

El joven siguió evocando: "Entonces iba yo a la escuela secundaria del poblado y pasaba frecuentemente por tu casa al regresar durante las vacaciones de invierno y de verano. Hasta el último junio he ido a tu casa para matar la sed. Ahora está allí el molino de la comuna, que es un molino de acero y a motor diesel. ¿Correcto?"

La novia asintió con la cabeza, riéndose.

Afuera la lluvia continuaba cayendo.

De pronto los alcanzó una voz: "¿Siu-tsi, de quién es el animal?"

La dueña dejó el rollo y gritó hacia afuera: "Papá, ven aquí, hay un huésped."

Afuera el hombre se sacudió el barro a coces bajo el alero diciendo: "¡Jai, un huésped con estas lluvias!" Entró tras la voz un viejo alto de unos 50 años de edad, con una capa impermeable, pantalones remangados hasta la rodilla, los pies descalzos y manchados aún de barro. Sus pequeños ojos incrustados en las arrugas irradiaban una bondad familiar.

El anciano arrojó su capa impermeable al suelo sacudiéndose las gotas de agua de sus manos; luego tomó su pipa de la cómoda. Mientras que cargaba el tabaco, preguntó riéndose al joven: "¿Chico, de dónde vienes?"

La novia respondió a la pregunta antes de que Sung Chun-lin pudiera abrir la boca: "De la aldea Ketiaokou. Lleva al caballo enfermo de su equipo al centro veterinario, y se encontró con las lluvias en el camino de regreso. . ."

"¿Un caballo enfermo? ¿Empapado por la lluvia?" Era evidente que el viejo fue sacudido por esto, pues derramó el tabaco cargado en su pipa por el suelo. Dejó la pipa y se puso de nuevo la capa impermeable. Tomó la linterna de la cómoda, le levantó la mecha y salió de la casa de un golpe.

La brusca actitud del anciano creó a Sung Chun-lin un embrollo en la cabeza. El y la dueña de casa siguieron al anciano hasta afuera.

El viejo entró en el establo y con la linterna examinó al caballo cuidadosamente. Le acarició ligeramente el cuerpo y abrió sus ojos y el labio superior, que también revisó con detenimiento. Un poco embobado, volvió al cuarto.

"¿Lo has hecho tomar medicamentos?" preguntó a Sung Chun-lin, que lo iba siguiendo.

"Aún no."

"¿Aún no le has comprado la medicina?"

"Sí, la he comprado," Sung Chun-lin tomó el paquete de la cómoda, "esta es."

Tomando el paquete el viejo fijó la mirada en el joven y dijo severamente: "La situación del animal es muy mala. ¿Por qué no lo haces tomar medicamentos en seguida en vez de llevarlos contigo?"

"Aún no he tenido tiempo para. . ." balbuceó el joven.

"¿Pero tienes tiempo para secarte la ropa y charlar?" El anciano frunció el entrecejo e interrogó al desconocido como si fuera un hijo malcriado. "¿Cómo puedes actuar de esta manera? ¿Qué tipo de criador eres?"

Sung Chun-lin enrojeció y bajó la cabeza arrepentido.

La novia echó una mirada al huésped y, sintiéndose incómoda, quiso eximirlo de sus culpas: "Papá, él no es un criador y está haciendo este trabajo por otras personas. Acaba de empezar a participar en el trabajo agrícola y no tiene todavía experiencia. . ."

El anciano se volvió hacia su nuera y le dijo, en un tono igualmente serio: "¿Y si él no tiene experiencia, tampoco tú la tienes? Desde chica has cuidado el molino con tu padre y tratado frecuentemente con animales."

La novia también enrojeció y murmuró, agachando la cabeza: "Primero quise preparar comida para el huésped y luego. . ."

"¡Jai, qué tales ideas tienes! ¡Dime, qué es lo más importante, comer o curar al ganado!" El viejo fulminó con la mirada a los dos jóvenes sonrojados. Tras de un instante el viejo alivió la situación señalando: "¡El ganado es un pilar en la producción de nuestra zona montañosa. Ustedes los jóvenes no comprenden bien esto. Pero yo sé muy claramente lo que sucede en Ketiaokou. Antes de la Liberación, había allá solamente una especie de animal con pelos, y ésas eran las ratas. Sólo después de la reforma agraria logró el lugar conseguir algunos burros. Ahora, con la fundación de la comuna popular, tiene ya caballos en su poder. ¡Esa empresa se inició con mucha dificultad! ¡Es muy fácil dejar morir de enfermedad a un caballo, pero es completamente distinto conseguirlo!"

Los jóvenes intercambiaron miradas y bajaron una vez más las cabezas. Una mezcla de arrepentimiento y malestar llevó a Sung Chun-lin al borde del llanto.

El anciano les dijo en voz alta: "No se queden allí boquiabiertos y apresúrense a preparar el medicamento. Voy a ayudarles a administrarlo."

Afuera aún tronaba y relampagueaba. La tempestad crecía cada vez más. De tiempo en tiempo se oía rugir la poderosa corriente del río al pie de la montaña. . .

En el brasero el fuego ardía vigorosamente. Tras un trabajo arduo, los tres lograron que el animal tomara la medicina, y regresaron aliviados a la cabaña.

El anciano se lavó las manos en una jofaina y su rostro volvió a la bondad que había percibido Sung Chun-lin a primera vista. Una vez lavado, el viejo cargó la pipa y dijo a su nuera, sonriendo: "Siu-tsi, es hora de preparar la comida para el huésped, prepara unos sabrosos fideos calientes, y añádeles un poco de jengibre para que sude. Quien no sufre las lluvias, es fácil presa de la enfermedad."

Al oír las palabras de su suegro la novia, que estaba agregando corontas al fuego, se levantó y salió llevando la vasija de masa con una sonrisa infantil.

El anciano la detuvo: "¡Espera, trae antes ropa seca para el huésped. No se sentirá cómodo con ropa mojada." Dicho esto volvió a Sung Chun-lin: "Cuando sacies tu hambre, puedes ir a descansar a mi cuarto. La manta está disponible. Una vez que ha tomado su medicamento el caballo curará con seguridad. Pero recuerda bien: cuando cese la lluvia, date al animal un paseo, cuanto más largo mejor. No debes dejarlo así sin moverse."

La novia le cortó la palabra: "¿Papá, quieres partir de nuevo?"

El anciano respondió: "Sí. Las aguas siguen cayendo a cántaros y me preocupo por el dique del embalse; no sé si resistirá este ataque."

"¿Ya no has enviado a hombres allá?"

"No estoy tranquilo si no veo el asunto personalmente." Se puso la capa impermeable e inclinó la cabeza hacia Sung Chun-lin, riéndose, como si le dijera: "Hasta mañana." El anciano salió de la casa y entró en la tormenta. La joven y Sung Chun-lin, que estaban a la puerta, miraron al anciano que partía con pasos firmes bajo un relámpago, y se perdía de vista en las tinieblas. Hirviéndoles el corazón, humedecían los ojos.

III

Sung Chun-lin dio una vuelta por el cobertizo de paja para examinar al caballo enfermo e incapaz de hacer nada, volvió al cuarto para dormir. Tendido sobre la cama esperó que llegara un trueno que ahuyentara las nubes, y le permitiera pasear al caballo. Pero, contra todas sus esperanzas, las aguas siguieron cayendo imperturbables.

El cuarto del anciano era distinto del de la novia. Aquí todo era más sencillo: un banco junto a una mesa de tipo antiguo, sobre ella una lámpara de aceite, un par de jarrones de flores azules, un plumero clavado en uno de ellos, algunos libros de contabilidad y unas gafas para présbita; en el suelo se amontonaban varias calabazas cubiertas de escarcha. La lámpara soltaba una luz ininterrumpida, como el inquieto corazón del anciano.

Sung Chun-lin estaba rendido de cansancio, y sintió en las piernas un dolor insoportable. Se levantó un poco para apagar la luz y se acostó de nuevo. . . Gradualmente entró al sueño. Se alejaron los ruidos del trueno y del relámpago.

De pronto lo despertó la voz de la novia.

"¡Dios mío, adónde has estado y cómo regresas tan tarde! ¿No ha pasado nada con las casas?" gritó en voz alta la novia.

"Todas están firmes como edificios de muchos pisos y nada sucede con ellas," respondió un hombre en voz baja y ronca, sacudiéndose con fuerza el barro de los pies.

"Eso es bueno."

"Hace mucho frío y yo me estoy helando. ¡Caliéntame las manos de prisa!"

"No bromees. . . ¡No seas siempre caprichoso como un mono, además tenemos aquí a un huésped!" susurró la novia.

"¿De dónde, de la administración de la comuna?"

"Un comunero de Ketiaokou a quien detuvo la tempestad. ¡Lávate pronto para dormir! Yo no me he dormido por esperarte."

"No seas impaciente. Ahora vas a encender el fuego y prepara unos pasteles, cuantos más mejor."

"¿Estás loco?"

"Los dioses están locos y no cesa de llover. Ha llegado un diluvio que ha arrastrado el puente, y cerrado el paso a un auto con pasajeros."

La novia lanzó un grito: "¡Ay! . . ."

Tendido en la cama Sung Chun-lin también se sobrecogió de estupor. La familia de su madre habitaba en la orilla opuesta y él desde la niñez conocía muy bien a

ese río caprichoso. Cuando el viento era favorable y la lluvia propicia, las aguas del río iban tranquilas y templadas, tan claras que se veía el fondo. Quitándose los zapatos y remangándose los pantalones podía uno ir y venir por donde las aguas eran poco profundas, sin usar el puente. Pero en junio, cuando llegaban las lluvias interminables, la cosa era otra. La inundación producida por el agua que venía de las montañas enturbiaba el río convirtiéndolo en una corriente de barro. Hasta los puntos poco profundos, tenían entonces casi 7 metros de hondo. El río avanzaba con tal vigor que podía arrastrar una montaña si la metieran en él. A lo largo de la orilla se extendía una loma despoblada de 5 kilómetros de ancho, y durante la inundación se formaban allí innumerables riachuelos que impedían dar un paso. El auto había salido del distrito por la mañana y se había atollado. Ahora los pasajeros de distinta edad se encontraban entre la espada y la pared, sufriendo los desmanes del río. Era de hecho algo muy terrible. . .

"Los pasajeros están muy apurados. Nadie lleva consigo alimento. Los niños lloran de hambre," explicó el hombre apesadumbrado.

"¿Alguien ha pasado el río para pedir ayuda?" Impaciente, la novia quería ir a la raíz del asunto.

"No se atreven a pasarlo pues no conocen su profundidad. Yo los encontré por casualidad. Después de examinar las casas, quise ir a ver la parcela de alto rendimiento de mijo, a ver si se había anegado. Cuando llegué al arenal ví en la distancia una luz intermitente, que no parecía un relámpago. Continué adelantándome y oí la bocina de un auto. ¡Sin duda alguna le había sucedido algo! Quise acudir al lugar para ver qué había pasado,

pero al llegar al dique me dí cuenta de que el puente había sido arrastrado por el torrente. Entonces grité hacia allá hasta quedar ronco, para que me oyeran." Tras el relato el hombre apresuró a su esposa: "¡Ah, no te quedes allí boquiabierta, prepara rápido la comida! El jefe del equipo ahora está movilizando a las familias para que traigan sus excedentes de alimento. Haz pasteles para los viejos y los niños."

"Es caprichoso el tiempo. Los pasajeros sufren hambre y frío, ¿cómo pueden soportar? Yo amasaré la harina y tú enciende el fuego. Ve al cobertizo por leña, pero, ¡cuidado con el caballo!"

"¿De dónde es el caballo?"

"¿No he dicho acaso que ha llegado un huésped?"

"¡Ah, es un general montado a caballo!"

"¡Ja, ja. . . no seas tan hablador!"

En seguida se oyó el raspado de una olla, el acarreo del agua, el traqueteo de la tabla con la vasija de harina y el chasquido de la leña encendida, y también de tiempo en tiempo el cuchicheo afectuoso de la pareja.

Al oír todo esto, la ansiedad de Sung Chun-lin, se dispersó, y brotó en él una fuerza que iba creciendo y ampliándose. No pudo seguir acostado y quiso unirse a la charla de los dueños de casa.

"¿Enviarán allá a los hombres para llevar la comida?"

"¿A quién enviarán? ¡Ponla en un cesto y se la llevaré nadando!"

"¡Aya!" la novia súbitamente gritó.

"¿Qué pasa?"

"Se me quemó la mano. No agregues más leña, los pasteles están demasiado tostados," la voz de la novia temblaba.

En el cuarto de afuera reinaba el silencio, y hasta la leña encendida cesó de estallar.

Tras un largo instante la novia señaló: "Las aguas vienen torrenciales y el tiempo está oscuro, ¿cómo puedes hacerlo solo?"

El hombre replicó con voz ronca: "¿Entonces qué hacemos? ¿No voy? ¡Es imposible! ¿Podemos quedarnos con los brazos cruzados ante las víctimas de la calamidad?"

"Debes ir, pero mejor es que vayas con unos compañeros."

"¿Con quién? Los hombres que saben nadar han ido al dique de embalse, el jefe del equipo está enfermo y hasta va apoyándose en un bastón, de casa en casa para reunir comida excedente."

Otra vez el silencio.

De pronto la novia soltó otra idea: "¡Yo voy contigo!"

El hombre se asombró: "¿Tú, conmigo? ¿Sabes nadar?"

La novia insistió: "No sé, pero prefiero verte pasar el río a sentarme sola en la casa. ¡Por lo menos conmigo harás de tripas corazón!"

"¡Esto es ya demasiado!" Pero luego suavizó su tono. "¡Espérame tranquila, no habrá ningún peligro! soy muy bueno nadando. . ."

"¡Digas lo que digas, ya te acompañaré!"

Sung Chun-lin se levantó de un golpe y entró al otro cuarto.

Este estaba humeante y lleno de vapor. Al lado de la novia estaba acuclillado un joven con anchos hombros

que inhábilmente agregaba leña al fogón. Sobre la tabla se amontonaban unos pasteles tostados que despedían un olor sabroso.

"¡Yo voy contigo!" serena pero firmemente dijo Sung Chun-lin.

La pareja quedó asombrada y volvió la cabeza al mismo tiempo. Era evidente que no habían oído bien lo que había dicho Sung Chun-lin.

El joven rió algo revoltosamente ante el huésped: "¡Eh, camarada, no se había dormido!"

Sung Chun-lin echó una mirada al joven, que era un hombre fornido y tenía media cabeza más que él. Aunque su rostro estaba curtido por el viento y la lluvia, bajo el fuego rebosaba de brillo juvenil. Su entrecejo revelaba una firmeza y una bondad inherentes al viejo secretario de la célula del Partido. Sung Chun-lin insistió: "¡Camarada, voy contigo a entregar la comida!"

El joven se puso de pie y examinó a Sung Chun-lin de pies a cabeza: "¿Sabes nadar? Aquí las aguas son traicioneras."

"Sí, sé," respondió Sung Chun-lin con la cabeza. "La familia de mi madre vive en la orilla opuesta y me divierto siempre en el río. No temo a las aguas, por traicioneras que sean. ¡Te ayudaré a cumplir esta tarea!"

Con un pastel en mano, la novia los miraba embobada, indecisa, y al oír las últimas palabras se tranquilizó un poco, pero preguntó, aún con cierta vacilación: "¿Camarada, eres de veras capaz de hacerlo? ¡No se anda a la ligera con este tipo de bromas. . . !"

El dueño de casa dio a Sung Chun-lin unas palmaditas jubilosas en los hombros: "¡Bien, vámonos juntos!"

IV

Rendida también al parecer, la lluvia empezó a caer por ráfagas. La lámpara parpadeaba intranquilamente.

. . . . . .

Los dos vencedores volvieron llevando en hombros el cesto. Conversando y riendo a carcajadas, sin el menor respeto por la tempestad, como si regresaran del trabajo ordinario bajo los purpúreos reflejos del sol poniente, tomando el fresco aire vespertino. Entraron al patio, y de allí convergieron simultáneamente en el cobertizo de paja.

Sung Chun-lin entró primero y a tientas. Se sorprendió y volvió la cabeza gritando: "¡Compañero, no está el caballo gris!"

"¿Cómo puede ser?" El dueño también entró y salió al confirmar que el animal no estaba en el establo. Llamó al cuarto norte: "¡Siu-tsi, levántate! ¿Dónde está el caballo gris?"

Pero, aparte del rugido del viento y de la lluvia, no respondió nadie.

Entonces entraron juntos al cuarto exterior. El marido ingresó a la habitación que compartía con su mujer y vio que la cama estaba vacía, y las corontas en el brasero estaban hechas cenizas al levantar la mecha de la linterna. Desconcertado, corrió fuera y dijo a Sung Chun-lin: "¡Muy extraño, no hay nadie en casa!"

"Seguro fue a buscar al caballo, que se habrá escapado."

El novio dijo: "Vamos, vamos a buscarlo, tranquilízate, no podrá huir con estas lluvias."

Linterna en mano los dos jóvenes buscaron por todas partes gritando en voz alta — cerca de la casa, por las calles y los alrededores del poblado, pero no lograron descubrir ni una huella. Estaban aturdidos. De pronto se oyó un galope desde el molino.

El joven paró la oreja: "¡Escucha, qué ruidos, allá!"

Ambos corrieron hacia el molino. El joven llegó primero y bajo la luz de la linterna vio que el caballo había sido paseado por la novia en torno del molino.

Sobrecogido de júbilo, lanzó un grito: "¡Ah, aquí, el caballo, hace ejercicios!"

Un torrente caliente le hacía a Sung Chun-lin retener las palabras en medio de lágrimas; estaba boquiabierto a la puerta contemplando sin poder decir nada.

Reventaba el trueno y rugía la lluvia. Todo el mundo cantó a riendas resueltas. . .

Febrero de 1962.

Luna de miel

CIERTA vez, durante mi permanencia en Tientsín salí a pasear, después de la cena, por la orilla del río Jaije.

La noche que acababa de caer había añadido al verano rasgos maravillosos: los edificios, el puente metálico, reflejados en las ondas parecían láminas de plata quebradiza que aparecían o desaparecían por momentos. La húmeda y fresca brisa parecía disipar en un soplido todo el calor y el cansancio de los paseantes, que iban aumentando a medida que avanzaba la noche. Los ancianos gustaban sentarse con su abanico y beber el té en los sitios alumbrados, pero las parejas de jóvenes preferían o apoyarse calladamente contra las barandillas del malecón, o charlar cariñosamente en voz baja sobre las sillas. Pese a la gran cantidad de paseantes, lo que ocurría alrededor era muy silencio. Sin embargo, de entre esta tranquilidad podía uno percibir el pulso de una vida luminosa . . .

Iba yo a paso lento, disfrutando aquellos primores de la naturaleza. De pronto oí una voz:

"¡Por fin te encuentro, viejo Liang!"

No bien terminada la frase saltó de entre los macizos de flores un hombre que me tomó afectuosamente los hombros con sus fuertes manos. Bajo la media luz no pude distinguir claramente su semblante, sólo su aliento de entusiasta vigor juvenil.

"¿Por qué me miras así? ¿Acaso no me reconoces? Soy . . ."

"Sí, sí," lo recordé. "¿Eres You-sung? ¡Increíble encontrarte aquí! ¿No estás todo el tiempo en el distrito de Chisien? ¿Cómo está tu familia? ¿Y tu mamá? . . ."

Sonrió con cariño, y continuó sacudiéndome los hombros como si tuviera muchas palabras y no supiera por dónde empezar a decirlas. Al rato me dijo:

"Me preguntas cómo está mi familia. ¡Ah! ¡Enorme cambio! Hemos construido hace dos años un gran río; claro, es menor que el Jaije, pero es suficiente para todo, para beber y para regar el campo. Tendremos un año de abundancia. . ."

Le invité a sentarse en una silla que estaba ante un frondoso arbusto florido de color impreciso, que exhalaba un olor agradable, y empezó a flotar ante mis ojos una multitud de imágenes de aquel pequeño You-sung que había conocido tres años antes.

En esa época había yo llegado en misión a Tientsín y permanecía en una posada ubicada en las remotas áreas residenciales, en un ambiente muy sereno. Cierto día, cuando leía yo un libro en el patio, me llegó la algarabía de una discusión entre un grupo de jóvenes y el viejo encargado de controlar la entrada.

"¿Por qué hablas con ese tono furioso? No podrás impedirnos la entrada," gritó delante de sus compañeros

un joven de pecho erguido y ojos indignados. Era alto y delgado, tenía la nariz respingada y se peinaba con raya al costado; llevaba zapatos de goma y pantalones cortos, y una camisa blanca de manga corta.

"Claro que sí pueden entrar pero, díganme, ¿a quién buscan?" dijo el viejo pacientemente, cerrándoles el paso con los brazos abiertos.

"Venimos a buscar a los cuadros que han llegado del campo."

"Todos los que están aquí son del campo."

"Buscamos a los que vienen de las montañas, de lo profundo de las montañas," dijo el joven de nariz respingada, moviendo la cabeza.

"Bien, escriban los datos. ¿Cómo se llama la persona que buscan?"

Esa fue la última de sus excusas; el mocetón sacó la lengua y volvió a mirar a sus acompañantes, luego rogó al viejo diciendo:

"Entonces, ¡búscanos a un tal fulano!"

"¡Son ustedes unos caprichosos! ¡Váyanse a jugar a otro sitio!" se enojó el viejo y gritó empujándolos hacia afuera.

Esta vez el joven encontró un pretexto y como si pillara al viejo en falta, gritó de nuevo:

"¡Nos insulta, compañeros! ¡Nos insulta! ¡A la carga!, compañeros."

Con el grito los jóvenes irrumpieron en el patio entre risotadas. Precisamente en ese momento me encontraron y de entre ellos una muchacha dijo en voz baja:

"Mira, él tal vez sea del campo."

El joven de nariz respingada me echó una mirada y sonrió; luego dio un paso delante de mí y me hizo una profunda venia diciendo con franqueza:

"Compañero, ¿viene usted del campo? ¿Podría usted ayudarnos?" siguió hablando, y señalando a los jóvenes que lo rodeaban:

"En pocos días terminaremos nuestro estudio en la escuela secundaria. Nosotros, los alumnos de la clase, decidimos por unanimidad realizar una gran causa por la patria. Unos continuarán sus estudios en el Instituto Politécnico o en el de Agricultura, otros querrán trabajar en las fábricas, en las de mecánica agrícola. Pero nosotros, aquí presentes, queremos ir al campo. Sin embargo, la escuela nos impulsa a ir al de las afueras de la ciudad, pero nosotros creemos que está demasiado cercano, y no tiene ningún significado. Queremos ir a donde existan condiciones extremadamente difíciles y arduas. Ayúdenos, muéstrenos un lugar así. Me llaman You-sung, ellos se llaman. . ."

En efecto You-sung respondía a su nombre: pequeño pino. ¡Que parecidos a los pinos pequeños, vigorosamente erguidos estos jóvenes que estaban delante de mí!

Esa fue la primera vez que nos encontramos y de allí en adelante, durante varios días, You-sung y algunos de sus amigos, jóvenes sinceros del mayor fervor, venían frecuentemente a visitarme, y me exponían sus ideales, pidiendo que yo los ayudara a realizarlos. Una vez vino You-sung especialmente con su padre, buscando demostrarme así la firmeza de su decisión. El padre de You-sung era un tornero veterano con 25 años de trabajo, sincero y taciturno, al que el pequeño You-sung no se parecía en nada. Dijo el padre que su hijo tenía ya entre 17 y 18

años de edad, y que debía ir por su propio camino. Con la dirección y las enseñanzas del Partido esto no tenía nada de riesgoso, pero sólo con una sola condición: debía seguir ese camino hasta el final. No le gustaba al padre la gente bulliciosa. Días después visité la escuela de los jóvenes, cuyos dirigentes les dieron también el mayor apoyo. Resultó así que ayudarlos se me convirtió en deber ineludible. Por esto escribí una carta a mi amigo íntimo que vivía en la antigua región liberada. Pronto se estableció la relación entre la escuela y aquella región liberada, y ésta acogió a los jóvenes como residentes permanentes en el campo. Y al concluir sus estudios You-sung y sus amigos lograron ser campesinos cultos de la brigada de producción Siangkuoyü, de Panshan, distrito de Chisien.

En un abrir y cerrar de ojos han pasado tres años. Era sorprendente encontrarlo aquí, a la orilla del Jaije. You-sung había crecido fuerte y robusto: la mano que me estaba tomando era realmente férrea.

"¿Nunca te alejas de Panshan?"

"No. Ingresé al Partido el año pasado. En primavera los comuneros me eligieron subjefe del equipo. ¿Acaso soy capaz de desempeñar este cargo? . . ."

"¡Eso sí que está maravilloso! El pequeño pino ha logrado ser, por fin, un árbol grande."

"No, estoy lejos de ser un gran tronco. Pero he fijado mi residencia permanente en el campo, sí, ya la he fijado. . ." repitió, y no pudo contener una sonrisa.

La luz en el malecón oriental del Jaije, en algún momento nos alumbró, lanzando millares y millares de sus rayos sobre el río que avanzaba meciéndose y bamboleándose. Los barcos volvían del mar y atracaban sigilosamente en la costa. En aquel momento el agua hizo tronar su poderosa voz, pero al rato el río volvió a calmarse.

Al parecer todos nosotros teníamos mucho que hablar, pero no sabíamos por dónde comenzar. You-sung conservaba aún su sonrisa y repetía la frase "he fijado mi residencia permanente en el campo". De pronto me di cuenta de que el mocetón guardaba algún secreto que todavía no me había revelado. Tras una breve pausa me dijo, un tanto sonrojado y murmurante, tomándome del brazo:

"Eh, viejo Liang, ya me casé, hace una semana."

"¿Volviste a Tientsín a casarte?"

"Sí. ¿Conoces a Kui-jua?"

"¡Kui-jua! ¿Es tu esposa?" exclamé maquinalmente.

Asintió inclinando la cabeza con otra sonrisa.

En seguida la imagen de una muchacha montañesa, vigorosa como un girasol, apareció en mi memoria, como si corriera hacia mí entre saltos y risas. La había conocido un poco antes que a You-sung. Ella era jefe del equipo de producción, hábil y franca. A numerosos muchachos de la aldea les gustaba Kui-jua, pero con un poquito de temor. Se decía que cierto primo suyo de Pekín la quería mucho y no dejaba de tratar de interesarla en la vida urbana. Un día le compró un jersey, unos pantalones de lana. . . y exigió que se pusiera esa ropa y lo acompañara a la ciudad. Al oírlo Kui-jua se irritó y arrojó por la ventana todo lo que él había comprado diciendo:

"Nosotros, los montañeses esperamos, incluso en sueños, vivir con felicidad, pero no por medio de regalos. Si vuelves a hacerme propuestas de este tipo, ¡te expulsaré con un palo!"

La noticia del incidente corrió por toda la aldea.

Al pensarlo me puse a sonreir.

"Mira, ¿de qué ríes? Pues ¿no hemos fijado ya todos nuestra residencia permanente en el campo? ¡Ah! Quieres decir que somos como perro y gato. Sí, sí, es así," dijo You-sung apoyándose en el respaldar de la silla. Meditó un poco con los ojos entrecerrados y me siguió contando:

"El día de la boda mis viejos amigos insistieron en que les relatara cómo nos conocimos y cómo nos hicimos novios. Pero no pude articular ni una sola palabra, pues nos queremos, a través de las disputas. Mira, de nuevo te ríes, pero lo que te digo es verdad. Escucha:

"Hace 3 años, como ya sabes, decidí ir al campo con gran voluntad y realizar hazañas heroicas. Claro, si lo pienso ahora, sin duda me parece infantil. Pero en aquel entonces yo estaba precisamente impulsado por tal voluntad. Aún en la escuela, buscaba todo el tiempo las hazañas en el *Renmin Ribao* que, como todo el mundo sabe, es el órgano del CC del Partido. Lo que dice el Partido es sin duda una gran causa. Los actos heroicos de los soldados del EPL me hacían pretender ser un soldado; al leer los artículos sobre la construcción industrial, soñaba con ser maquinista de una locomotora; después de leer los artículos agrícolas, quise ir al campo a enfrentar condiciones extremadamente difíciles y arduas. En una palabra, siempre fue para mí correcto ir allá donde fuera necesario al Partido. Con ese ideal llegué a Panshan. En la comuna el secretario del Partido me dijo:

'Los campesinos de la brigada Siangkuoyü han decidido conducir el agua del río que está por allá tras la montaña. Eres instruido, anda a trabajar allá.'

"Al oír aquellas palabras casi pegué un brinco de alegría. Un par de días después el jefe de la brigada de producción vino a recibirme montando un asno. Al verlo le dije que quería tomar parte en la obra hidráulica, que quería hacer una gran obra. Apenas acabé de expresar mis deseos cuando una muchacha con actitud severa me cortó la palabra detrás de mí (incluso no sé en qué momento penetró en la habitación):

'¡Son palabrerías! ¿Sabes por qué una persona hace una gran obra?'

"Sin vergüenza de ningún tipo así habló. En seguida monté en cólera. Si no hubiera sido la primera vez que nos veíamos, hubiera discutido sin duda con ella. Sólo cuando el jefe le lanzó una mirada quedó silenciosa la muchacha. Al terminar nuestra conversación, el jefe la llamó a un lado y le hizo una crítica, cuyas últimas palabras llegaron a mis oídos:

'Volverás de inmediato a la aldea cuando termine la reunión... ¡La misión es tuya!' dijo el jefe.

'La fundición de hierro depende de los esfuerzos de toda la persona, ahora vamos a ver si tiene buena madera,' contestó ella.

'Cualquiera que sea la condición, debemos hacer un buen acero; bien, ahora anda a la reunión. Cuando vuelvas seguiremos discutiendo,' prosiguió el jefe.

"Me pareció que todo lo dicho era relativo a mí.

"De todas maneras, mostré gran ahinco. Antes de partir de la comuna fui a cortarme el pelo. En el camino, cuando cruzaba el río, me salpiqué deliberadamente las mangas del pantalón de barro, convencido de que eso me haría más trabajador. Tan pronto como llegué a la

aldea, pregunté al jefe cuándo se comenzaba la obra hidráulica. Me contestó:

'Todavía quedan unos asuntos por consultar. Irás primero a trabajar para que asimiles algunos conocimientos.'

"¿Acaso temí a trabajar? ¡Había venido precisamente para templarme! El trabajo que me destinaron era muy sencillo: deshacer junto con un criador las parvas de trigo trillado. Era simple, pero me hizo sudar mucho. En media jornada me empapé hasta los huesos y manché de sudor mi ropa. Por lo tanto me quitaba una ropa y me ponía otra, y en tres días todas mis prendas quedaron sucias; no tenía otras que ponerme. Entonces tuve que lavarlas, y aquel día, después de almuerzo, me puse a remojarlas en el patio. En el momento en que cambiaba el agua, después de lavar ya dos camisetas, entró una mujer. ¡Imagina lo que dijo!:

'¿Acaso no sabes que esta agua es acarreada al hombro desde lejos?' gritó parándose en el umbral como si me estuviera acribillando.

"Al oírla sentí que perdía el aliento. Cuando levanté los ojos vi a una muchacha. ¡Ah!, era aquella, la severa que me había agredido en la comuna. No le hice caso, incluso le demostré cierta frialdad. Pensé: ¿Por qué te inmiscuyes en los asuntos ajenos? ¿Acaso te contratan para eso? Seguro crees que no sé acarrear el agua. Bien, a ver si puedo hacerlo o no. Tendí las camisas y volví a la habitación con el resto de mi ropa. ¡Qué mala suerte! Con el lavado de las dos prendas los dedos me habían quedado hinchados, y muy adoloridos. Por la tarde averigué que el pozo estaba en Laolungtan, a un kilómetro de distancia, y antes de acostarme preparé unos cubos y una pértiga.

"¡Qué hermosa es la mañana en una aldea montañosa! La contemplaba entonces por primera vez en mi vida. Toda la montaña y todos los valles estaban cubiertos de un verde claro. Flores de todos los colores se abrían bajo el rocío a ambos lados del camino. Volaban los pájaros y los saltamontes. Caminé, aspirando profundamente el fresco aire matinal. Delante y detrás de mí los cubos se mecían sonora y rítmicamente con mi paso. ¡Qué alegría daba el trabajo! Pero a la vuelta, con los cubos llenos de agua, ya no la percibí. Al poco trecho, me empezó a doler el hombro, y al avanzar me fue doliendo más, y quise doblar la espalda y tender el cuello; las piernas me empezaron a temblar. Entonces intenté descansar un poco colocando los cubos en tierra; justamente en ese momento se oyó la voz de una mujer:

'¿Pesan? ¿Y qué fácil es usar el agua?'

"Levanté la cabeza y... ¡Dios mío! De nuevo esa impertinente muchacha, salía de la aldea con dos cubos vacíos y una jofaina multicolor. Al verla apreté los dientes y seguí caminando, fingiendo cambiar de hombro la pértiga. ¡Qué dolor! La pértiga ya se había convertido en una cuchilla que me cortaba en dos. Finalmente logré, con mucha dificultad, vencer la cuesta, y otra vez quise descansar, pensando que la mujer ya se había alejado. Pero al volver la cabeza la hallé mirándome desde la cumbre. Ni qué decir, quería seguir burlándose. ¡A marchar!, me ordené a mí mismo apenas la vi. Por fin logré acarrear el agua hasta la casa, casi sin aliento. Después de echarla a la tinaja quise tenderme sobre el *kang*. Pero, al recordar a aquella muchacha que se burlaba de

mí, sin duda creyéndome un cobarde, me armé de valor y emprendí el segundo viaje.

"Lo que había no era un pozo, sino un hoyo de piedra. El agua corría por entre las piedras gota a gota, acumulándose hasta cierta altura. Tres personas llegaban para sacar agua a la vez, el hoyo quedaba seco. A mi llegada la agresiva estaba allí lavando silenciosamente unos vestidos. No le hice caso, y fui a sacar más agua. Al llenar los cubos, cuando ya estaba listo para partir, ella me dijo:

'¡Descansa un poco!'

"No le hice caso.

'¡No seas tan rencoroso!'

"Otra vez volvió a irritarme, pero entonces soltó una cristalina carcajada. Yo levanté mis ojos llenos de odio. Pero en aquel momento vi que en realidad se trataba de una muchacha muy bonita, de una belleza que nunca había visto; su blusa de color rojo vivo con puntos blancos era como una flor de loto, pero más fresca y hermosa que la natural; sus ojos, vivos y caprichosos, como semillas de loto bajo el rocío; en especial su risa, tan cariñosa y resonante, fue en ese momento más agradable al oído que una canción en el silencioso valle de la mañana, y como gotas de rocío se fueron desprendiendo al ritmo de su carcajada. Al verla así, se disipó en un instante mi disgusto y me senté con naturalidad sobre la hierba. Al ver esto contuvo su risa, parecía que quería decirme algo mientras lavaba. Yo la esperé torpemente. Un rato después me dijo, inclinando la cabeza:

'Bravo, eres firme de carácter. Sigue trabajando así, y todas las dificultades que encontrarás en adelante se-

rán superadas con la misma firmeza que tienes en el acarreo del agua.'

"¡Oh! Me llamó a sentarme, en efecto, para escuchar sus enseñanzas; harto de ellas, me puse inmediatamente de pie y me marché con los cubos. En el camino concentré todos los esfuerzos para llevar a casa los cubos sin descanso y sin volver la cabeza. Al llegar a casa, descubrí que la muchacha venía detrás de mí.

'¡Tómalos y tiéndelos!' me detuvo con un grito, colocándome al frente la jofaina en que estaba mi ropa.

"¡Cielos, qué tontería la mía!

"Aquella misma noche vino a verme el jefe de la brigada, y al despedirse me dijo:

'Kui-jua rogó para que te enviáramos a su equipo, y ya le dimos permiso. Ella es la responsable del equipo y miembro de la célula general de la Liga de la Juventud Comunista de la Brigada. Es una muchacha inteligente y franca, que actúa con firmeza y vigor. Les gusta mucho a todos los jóvenes. Cuando trabajes con Kui-jua, debes cooperar bien con ella procurando aprender uno del otro.'

"Consideré una lástima no conocer aún a tan buena persona, y pregunté:

'¿Quién es Kui-jua?'

'¿Acaso no han discutido esta misma mañana en Laolungtan?'

"¡Vayan al diablo! ¿Quién va a trabajar con ella? Pero antes de llegar al campo ya había decidido que debía subordinarme a la dirección; al recordarlo no me atreví a decir lo que pensaba, pues no estaba contento. Al día siguiente por la mañana, Kui-jua vino a buscarme.

En su equipo la mayoría de los miembros eran jóvenes, y trabajaban bulliciosamente. Kui-jua no me creó problemas, como lo había hecho antes; al contrario, se preocupaba mucho por mí. Por ejemplo, después de desbrozar la tierra, examinó mi trabajo, tan cuidadosa como si buscara una perla en la tierra. Luego asintió con la cabeza, diciendo:

'Para ser un novato, trabajas bien. Pero tu actitud es muy fea, con los brazos y piernas tendidos pareces un hemipléjico.'

"En otra ocasión, de noche, mientras anotaba los puntos para los campesinos, permaneció a mi lado sin despegar los ojos de mi mano. Al terminar, comentó:

'Escribes bien y con claridad. Estamos muy contentos de que en nuestro equipo haya un intelectual. ¡Bravo!, ya utilizas en el trabajo lo que has aprendido. Pero es inconveniente usar solamente las manos, también debes hacer funcionar tu cerebro. Tienes que descubrir los problemas en lo que escribes y ayudar al jefe ofreciéndole tus ideas. De otra manera serás solamente como una máquina de escribir.'

"Me extrañaba que cada vez que me decía algo así yo progresaba un poco. Por ejemplo, al aprender concienzudamente de otros a remover la tierra no solamente mejoré la técnica de arrejacar, sino que también ahorré fuerzas. Igualmente dejé de anotar los puntos mecánicamente, y empecé a hacer funcionar el cerebro para descubrir cuestiones. En cierta ocasión algunos campesinos obtuvieron menos puntos que antes; lo cual me llamó la atención. Tras una averiguación llegué a esclarecer que éstos adoptaban una actitud pasiva en el trabajo. Comenté el asunto con

el jefe para ayudarlos. Claro el jefe quedó muy contento y yo llegué a conocer mejor el significado de mi trabajo.

"Otro día Kui-jua me llamó a mí solo para desbrozar los sembríos de mijo en Peishangken. La tierra era horriblemente dura, tanto que casi no pude removerla. Al poco rato sentí un adormecimiento en los brazos y le dije a Kui-jua:

'¿Cómo puede crecer el mijo en esta dura tierra? ¿No ves que los brotes son finos como cabellos que arranca una ráfaga de viento?'

'¡No, nada de eso!' me replicó cavando un hoyo en el que la tierra era negra.

'¿Qué has comido en el desayuno?' me preguntó.

'Sopa de mijo.'

'¿Sabes de dónde se saca?'

'Claro. De la tierra.'

'Bien. Todos nosotros los del equipo dependemos de ella, y también la necesitamos para el ganado mayor y las aves de corral. Con cereales crecidos en esa misma tierra apoyamos a la construcción estatal y a los que viven en las ciudades; pero esta tierra no da nada aunque tengamos suficiente abono y trabajemos con toda nuestra energía. ¿Por qué? ¿Sabes qué falta?'

"Pues, ¿qué podría faltar?, no supe qué contestarle.

'¡Agua! ¡Nos falta agua!' dijo lentamente. 'Desde la antigüedad vivimos siempre del cielo que nos trae la lluvia. Si no quería dárnosla ese cielo, no cosechábamos nada. Entonces ¿qué comíamos; con qué criábamos al ganado y con qué podíamos apoyar al Estado y a las ciudades? ¿Comprendes?'

"Asentí con la cabeza, y ella siguió:

'¡Vamos volviendo, ya terminamos!'

"Desde allí en adelante, la idea de 'agua' empezó a obsesionarme, incluso en sueños, como un extraño remordimiento.

"Unos días después se discutió en el equipo la obra hidráulica. Asistimos cierta vez los miembros de la Liga de la Juventud a una reunión de cuadros para trazar el plan. La última orden del día fue elegir a dos personas para integrar la comisión encargada de domeñar el río, comisión que de inmediato debía asistir al curso de preparación hidráulica de Tangshan, organizado por la Oficina del comisionado de la prefectura. Eran requisitos indispensables: alto nivel de conciencia y de instrucción. Entonces me senté en un lugar alumbrado por una lámpara de kerosene y pensé con inquietud que no sería elegido. La primera en tomar la palabra fue Kui-jua; al verla levantarse para hablar perdí toda esperanza. Entonces empezó su intervención, echándome una mirada:

'El camarada You-sung ha venido a nuestra aldea con el deseo de realizar una gran obra en el campo. Al llegar a la comuna solicitó participar en los trabajos hidráulicos, considerando que éstos constituyen una gran obra. Entonces yo lo critiqué diciendo que era un hombre de palabras huecas. Seguramente no quedó convencido con mi opinión. Pero ahora creo que su ideal debe convertirse en realidad. ¡Elíjanlo para que sea el técnico hidráulico! Tengo confianza en él; creo que podrá hacer bien este trabajo.'

"¡Y así resultaron las cosas! No hay palabras que puedan describir mi emoción en ese momento.

"Llegamos a estudiar juntos a Tangshan. Por su escasa instrucción Kui-jua no podía tomar bien los apuntes mientras escuchaba la lección. Anotaba con enorme dificultad. Consideré que debía ayudarla, y le mostré mi libreta.

'¡Qué horrible! Son materiales mezclados sin orden ni concierto, como para que nadie comprenda,' dijo hojeándola.

"¿Qué hacer? ¿Cómo iba ella a poder estudiar y dirigir la palabra en las reuniones si sólo aprendía de memoria, sin tomar notas? Además, era imposible que yo apuntara despacio y claramente para que ella pudiera leer, el expositor me ganaba. Al tercer día encontré una solución. Por la noche de aquel día, mientras todos estaban en el teatro, yo me quedé en la habitación para copiarle a Kui-jua las lecciones en su propia libreta. Lo hice sin interrupción hasta las once de la noche, cuando todos volvieron. Después seguí escribiendo en la sala de recepción, y no terminé sino cuando el reloj dio las dos de la mañana. Entonces pude jactarme de que la libreta estuviera escrita claramente. Al recibirla y hojearla al día siguiente, inclinó la cabeza en señal de aprobación, al mismo tiempo que lucía en su rostro una ancha sonrisa. Claro que se mostró agradecida, pero con una ligera sugerencia:

'Los caracteres grandes malgastan mucho papel. ¿Acaso soy miope?'

"Pese a eso, quedé contento de haberla ayudado. Desde entonces cada noche sin falta copiaba las notas en su libreta. Un mes después terminamos el estudio y volvimos al equipo.

"Al hablar de este regreso tengo que contarle también sobre un asunto muy interesante. En los días que pasamos en el curso empleamos nuestro tiempo libre de diversas maneras. Ella conversaba con la gente, se diver-

tía con ella y, en pocos días todos los compañeros del curso ya eran sus amigos. Pero yo pasaba tiempo libre de otro modo, en la librería; cada vez que entraba allí se me olvidaba salir. Al verme comprar un libro ella me decía:

'¿De nuevo has comprado otro libro? ¡Basta con unos cuantos!'

'Cada libro es un tesoro de conocimiento. ¿Cómo podría trabajar un técnico sin libros?' yo le respondía.

'¿Acaso la obra hidráulica se podrá realizar sólo con libros?'

"No contesté nada, porque ya estaba harto de discutir con ella. ¡Ay, qué mala suerte la mía al regreso! De la estación hasta la aldea tuvimos que caminar todavía unos diez kilómetros. Ella iba ligera, con muy poco equipaje, pero yo iba todo sudado, cargando un fardo de libros que pesaba decenas de kilos, y además tenía mi equipaje. Al verme en tan embarazosa situación, se rió de mí.

'Y todavía te ríes de mí, ¡ayúdame!'

'¡Despójate de tus fardos!, que te pesan mucho.'

'¿Quieres que bote mis libros?'

'No. Hablo de los mentales.'

"No le hice caso, porque estábamos ya muy cerca a la aldea.

"El mismo día de nuestra llegada hicimos un informe sobre nuestro estudio al jefe de la brigada, el cual nos dió luego una tarea: revisar el plan. Para evitar cierto valle, el canal debía, según el plan original, hacer un rodeo de más de 5 km. hacia el oeste; pero si se construía directamente a través del valle, se economizaría recursos humanos y materiales. ¿Cómo pasaría el canal? Ese era el punto clave de la obra, y el que debíamos resolver Kui-jua y yo. Sentimos una viva excitación, mezclada con

cierta inquietud. Como tarea inicial invité enseguida a Kui-jua a que hojeáramos conjuntamente el material. Pero la joven volvió a refutarme:

'¿Es que has podido encontrar un buen método en tu obsesión por los libros?'

"Entonces nos pusimos a discutir y no logramos convencernos el uno al otro. Por lo tanto me metí de cabeza en el estudio de libros, como *Arquitectura, Hidráulica* . . . etc. Leí de seis a seis, a puerta cerrada, hasta que me daba vueltas la cabeza. Pero al día siguiente ella partió en bicicleta, con gran agilidad, al distrito Sanje para visitar a sus amigas del curso. Volvió tres días más tarde y se echó a reir al verme metido aún en mis libros.

'¡Hola ratón de biblioteca!, ¿has invitado ya al Sabio?'

'Haya invitado al Sabio o no, no he estado paseando por allí.'

'¿Y crees que yo he estado paseando? Mira, voy a contarte. He visitado una construcción hidráulica sobre la cual se habló en el curso. Esta vez la he visto con mis propios ojos,' dijo sonriendo.

'¿Por qué no lo dijiste antes?'

'Primero quise que dejaras tus libros y vinieras conmigo. Pero al enterarse el jefe de la brigada nos criticó diciéndome que yo menospreciaba la teoría y tú la práctica; añadió que era correcto tomar seriamente en cuenta las dos y unirlas. Pienso que tiene razón, y por eso no he enfriado tu entusiasmo.'

'Es decir ¿has encontrado un método?'

'No. Allá no tienen semejante obra, pero algunos trabajadores modelo me han ofrecido consejo: el agua debe correr por un puente.'

"Esto me despejó la mente. Bien, construiremos un acueducto sobre el valle y sin duda el agua correrá por este 'puente'. Inmediatamente después fuimos al valle y seguimos conversando allí.

'¿Qué tipo de puente instalaremos?'

'De madera. Pero pienso que el costo sería excesivo. Entonces de piedra.'

'Para semejante puente necesitamos cemento armado, ¿lo tenemos?'

"¡Otro problema para mis cálculos! A la vuelta me sentí un poco abatido, pero de pronto me vino a la cabeza la frase 'La teoría debe integrarse con la práctica' y recordé haber leído en algún libro que las torres de vigía de la Gran Muralla habían sido construidas en piedra, en forma de arco, sin ninguna madera; también recordé que cierto famoso puente estaba hecho de piedra sin cemento armado. Se lo dije a Kui-jua, que se entusiasmó y me pidió que fuera a consultar inmediatamente en los libros. Por fin encontramos ese párrafo a eso de la media noche; pero era un texto muy simple, de modo que no comprendimos qué era el puente en forma de arco.

'Entonces mañana iremos a Juanyakuan que queda a menos de 40 km., a ver la Gran Muralla,' propuso entonces Kui-jua.

"Al día siguiente investigamos allí cuidadosamente e hicimos un croquis el que posteriormente entregamos. Al oír el informe el jefe apoyó completamente nuestro plan y lo distribuyó para discutirlo en varias reuniones, luego de lo cual fue aprobado por unanimidad. Eso nos entusiasmó aún más. Pasamos aquellos meses trabajando siempre juntos, excavando el lecho del río; encontramos muchas dificultades, pero las superamos una tras otra, junto

con los demás compañeros. Cada vez que solucionábamos un problema sentíamos que dábamos un paso adelante, y así la relación entre nosotros se fue haciendo cada vez íntima. Por eso nos casamos."

El mocetón detuvo aquí sus palabras. Apoyó cómodamente la cabeza contra la silla; en su mirada brillaba el orgullo con que hacía recuerdos.

Yo me sumí en el silencio, como si acabara de leer un encantador poema lírico . . .

La luna nueva estaba suspendida en lo alto del cielo, clara como una boca que reía sobre el Jaije para las personas que se embriagaban de felicidad. ¡Qué agradable y embelesadora risa!

Sin embargo, el relato no sació mi curiosidad y pregunté sonriendo:

"¡Sigue! ¿Qué más? ¿Eso es todo?"

También él sonrió: "No sé cómo seguir. Tal vez dentro de un año nos amemos mutuamente, pero ninguno de nosotros se atrevía a hablar francamente por el momento. Esto es lo que sucedió una semana antes de la boda.

"Era la primera vez que llovía a cántaros en nuestra aldea. El río artificial se hinchó. Un puente de madera en la entrada de la aldea se empezó a tambalear. Para defenderlo pasamos toda la noche con el equipo clavando estacas contra la tormenta. Precisamente a mí me tocó poner las estacas con Kui-jua. En ese momento yo no pensaba en nada salvo en el puente, porque lo habíamos construido con nuestras propias manos. Si se desmoronaba, ¿cómo podríamos cuidar de los cultivos del otro lado del río, a los que se llegaba por este puente? De madrugada

clavamos la última estaca. ¡Ay que mala suerte! Me deslicé y caí desde un andamio. Me herí en una de las piernas y durante varios días me estuve curando en casa de una comunera. Kui-jua venía a verme varias veces al día, me ayudaba a hacer mis curaciones, me preparaba la comida y me traía noticias del equipo. Cierta tarde, apenas entró en la habitación me dijo:

'¡Levántate!'

"Cuando me levanté, ella misma se puso a arreglar mi equipaje.

'¿Para qué?' pregunté.

'¿Para qué vives en casa ajena? ¡Ven a mi casa!' contestó.

'Pues, ¿no es igual en tu casa?' pregunté sorprendido.

'Mi mamá quiere hacerte su yerno, para que la cuides en su vejez.'

"Mira, y así se resolvió la cuestión. Sin embargo, cuando me mudé a su casa no dijo una sola palabra sobre matrimonio.

"Justamente cuando me había recuperado, recibí carta de mi mamá exigiendo que volviera a Tientsín a casarme. La novia que habían buscado para mí era la hija de mi tía materna de Siaochan, cerca de la ciudad, con la cual me había familiarizado desde la niñez. Ahora era yo el que debía tomar una decisión. Leí la carta a Kui-jua, sin omitir un punto. Al oírla me dijo sin reflexionar:

'Nuestro jefe de la brigada dice que ya tenemos un río, pero que no debemos quedarnos satisfechos por ello, que debemos experimentar con el arroz, que es un cultivo de alto rendimiento. Es conveniente ir a Siaochan, famoso por sus cultivos de arroz, para aprender de sus avanzadas

experiencias con el fin de que el año próximo podamos también cultivarlo.'

'Lo que me contestas no tiene nada que ver, ahora se trata de matrimonio,' le contesté apresuradamente.

'Entonces volverás a Tientsín a casarte. Eso satisfacerá los deseos de tu madre y podrás de paso recoger experiencias.'

"Al oírlo me enfadé; sus palabras cayeron sobre mí como un balde de agua fría. 'De modo que todo era pura ilusión mía,' pensé. Apenas me disponía a hablar con ella abiertamente, cuando su madre volvió del molino. Después de la cena no pude esperar más y la llamé al patio:

'Kui-jua, ¡dime con franqueza!'

'¿Qué?, ¿qué cosa?'

'Sobre nuestro matrimonio claro.'

'¡Oh! Hace mucho ya te he dicho con franqueza. Si te apuras, podríamos ir mañana.'

"¡Qué bien! Era un asunto fácil de resolver."

Escuchando el relato hasta aquí, no pude contener la risa. Aunque lo relatado tampoco satisfizo mi curiosidad, pero, como yo sabía, ya no podía exigir nada más concreto, pues su cariño casi se confundía con sus ideales.

También You-sung sonrió y me siguió contando:

"Al ver que yo volvía con Kui-jua, mi mamá se puso muy contenta con su nuera, y nos recibió con gran entusiasmo. Con la aprobación de mi madre también visitamos con Kui-jua a mi tía, la cual nos recibió con mucha alegría. Durante los siete días de nuestra permanencia en su casa, hemos visitado a algunos trabajadores modelo del arroz y hemos anotado en dos libretas sus experiencias. Recién ayer volvimos a Tientsín."

"Han tenido una luna de miel con mucho sentido," comenté.

"¡Ay! Se me ha olvidado," exclamó You-sung de pronto. "que vine aquí para buscar a Kui-jua; y al encontrarte me he puesto a hablar como un loro. ¡Espera un momento! Tengo que ir a buscarla inmediatamente."

Me sorprendió el asunto y le pregunté, confuso:

"¿Por qué Kui-jua llega sola hasta aquí?"

"Todos los días mi mamá nos lleva a visitar a los amigos de mi padre, claro para presentarnos. Pero no tenemos tanto tiempo, y además, nos da un poco de vergüenza. Por esto practicamos una argucia: cuando acabamos de cenar, Kui-jua anuncia que irá a visitar a su amiga que vive en una posada. Cuando ya ha salido de casa, yo le digo a mi mamá que Kui-jua no conoce bien el camino, y que puede perderse. ¡Date prisa, anda a buscarla! dijo mi mamá al oírlo."

"Y allí es que salgo yo también," rió a carcajadas. Luego me dijo severamente, tomándome del brazo:

"Viejo Liang, casi he olvidado decirte algo importante. Ya desde antes, Panshan era famoso por su fruta, caqui, azufaifa, pera, albaricoque. . . Después de la Liberación se ha plantado gran número de árboles que ahora ya dan frutas. Cada año vendemos al Estado decenas de millones de *jin**. Además, en los últimos dos años hemos explotado el tungsteno y el hierro de nuestras minas. Ahora la cuestión clave es el transporte, pues los productos de la montaña, los minerales y los cereales son transportados en camiones, carretas e incluso al hombro. Aunque se va aumentando día a día el número de elementos

* Un *jin* equivale a medio kilo.

de transporte, no se logra alcanzar la cantidad suficiente para atender el desarrollo de la producción. Mira estos barcos. Una vez acompañamos a mi mamá a pasear por la orilla del Jaije, y casi simultáneamente tuvimos la misma idea al ver los barcos: también usaremos barcos. ¡Qué bueno sería transportar los productos por barco! Haremos algunas observaciones al jefe de la brigada cuando volvamos . . ."

"¡Qué buena idea!" dije. "Es decir navegarán barcos hasta la montaña."

No me comprendió, y prosiguió con tono resuelto levantando el puño:

"Lograremos hacerlo sin duda alguna. Ya conducimos el agua del otro lado de la montaña, ¿por qué no podríamos lograrlo? Sin embargo, el río que tenemos en la montaña es menor que el Jaije y no pueden pasar ahora los grandes barcos; pero no importa, que naveguen los pequeños. Además, también podemos dominar la técnica de pilotear barcos. Queremos consultar con los que trabajan en los barcos, pidiéndoles que nos enseñen. ¡Ay! No puedo demorar más. Espérame aquí. Voy a buscar a Kui-jua y vuelvo para conversar."

Y el mocetón desapareció. Bajo la media luz lunar seguí con los ojos su silueta que se alejaba apresuradamente. En un invisible lugar se oyó en seguida una voz cariñosa:

"¡Kui-jua, Kui-jua! ¿Dónde estás?"

Un instante después se oyó la respuesta, tal vez de cualquier barco aferrado a la costa:

"¡You-sung! Estoy aquí. ¡Ven!, apúrate."

Me puse de pie y seguí sus voces. Estaba muy emocionado, sin poder decir palabra. Quise cantar en voz alta.

¡Qué hermosa es la noche sobre el Jaije! Sin embargo, esta pareja de jóvenes había logrado añadirle belleza y contenido.

En Tientsín, 6 de agosto de 1961.

Fuente de Jade

CON una carta de presentación escrita por la dirección de la comuna hice mi viaje hacia la aldea de Colina Rodeada. El secretario temía que me perdiera en el camino y por eso, me indicó que una guía me esperaría en la entrada oriental de la aldea.

Llevando el equipaje llegué al lugar convenido. El paisaje que se ofrecía a mi vista era hermoso. Aparecía el sendero de álamos, altos y fuertes. Hacia arriba se apreciaba la cumbre de la montaña donde brillaban las hojas iluminadas, sonando sin cesar al paso del viento caliente del estío. Al bajar la vista hallé bajo un árbol a una anciana y una joven que empujaban una tras otra, un molino de cilindros moledores de piedra que giraba muy despacio, moliendo el maíz amarillo, como el oro.

Me acerqué a la anciana que impelía el molino. "Abuelita, ¿no ha visto a una joven, por aquí?"

Antes de que ella contestara, la muchacha que la ayudaba me miró con recelo, al tiempo que decía: "Está ocupada. Espere un momento."

Entonces, yo dejé el equipaje sobre unas piedras y me dispuse a esperar.

"Camarada, mientras espera, venga a ayudarnos. ¿Puede?" dijo la muchacha.

¡Por supuesto, precisamente yo vengo a entrenarme en el trabajo físico! Les ayudaba a moler.

La chica tomándola del brazo le dijo a la abuela: "Descance usted a la sombra de los árboles. Ahora somos dos para trabajar. Ya no es necesario que usted lo haga." La niña empujó el molino adelante y yo atrás.

La joven que aparentaba 16 ó 17 años, era fuerte, sobre su espalda tenía el cabello recogido en una gruesa trenza, atada por un hilo plástico y un pañuelo floreado de colores brillantes. Cuando movía con toda fuerza el molino, me observaba dando la vuelta. Un cerquillo orlaba su frente, cubriendo orgullosamente sus delgadas cejas. Sus redondos ojos iluminaban curiosamente su rostro, dándole un aire candoroso. La boca pequeña, cerrada estrechamente como si quisiera hablar pero tolerara con fuerza su impulso. Sus movimientos eran armónicos y muy ágiles. Limpiaba el molino, dejándolo libre de residuos de harina, para luego vaciar un cogedor lleno de granos de maíz. Con una mano tomaba el palo para accionar el molino mientras con la otra, el cogedor de granos, distribuyéndolos tan perfectamente como si los hubiera colocado uno por uno. De esta manera, terminamos de moler un cilindro lleno de maíz.

Yo miraba de vez en cuando hacia dentro de la aldea, extrañando por qué aún no venía la compañera guía a buscarme.

Después de recoger del molino los restos de harina, la muchacha sacudió, con un pañuelo, el polvo de su vestido y me dijo: "Camarada, ya hemos terminado el trabajo, vayamos."

"¡Aquella guía por la que pregunté, todavía no ha venido!"

"No se preocupe. Lo llevo, yo."

La anciana que estaba cerca no pudo contener la risa y dijo: "Es ella a quien busca; esta niña es muy inteligente, sin embargo, le gusta jugar pasadas con otros."

Al escucharla, todo se aclaró. Cómo no pude darme cuenta.

La joven empinándose alcanzó una rama del álamo para tomar un libro que había puesto allí. Cogió una hoja de la rama y la insertó como marcador en una página plegada del libro que colocó debajo del brazo y dijo: "Vayamos. No perdemos más tiempo." Pestañeando los ojos grandes, continuó: "Esa tía es una vieja campesina pobre, pariente de un mártir revolucionario. Los miembros de la Liga de la Juventud Comunista de nuestra brigada de producción hemos acordado que cualquiera que desciende de la montaña a la comuna para cumplir encargos, tiene que verla, y ayudarle a trabajar si es necesario. Por eso, hoy no me fue posible interrumpir el trabajo con ella para guiarlo a usted. Camarada, ¡discúlpeme!"

"No se preocupe. Hubiera sido bueno que me explicara antes."

Ella sonrió: "¿No viene a entrenarse en el trabajo físico? Deseo probarle intencionadamente, si resulta aprobado escribiré un artículo para elogiarlo."

II

Avanzamos por el sendero de la ladera. A lo largo del camino, se apreciaban los campos verdes, de un ver-

de oscuro, en los que resaltaban algunas flores blancas y muchas amarillas, como faroles, que recreaban la vista. Entre los arbustos y flores estaba el mundo de los pájaros e insectos, de gorjeos y chirridos volantes y saltadores, dando mayor animación.

La guía se apresuró a tomar mi equipaje y con la carga caminaba delante de mí. Bajo sus pies el sendero fragoso parecía transformarse en un camino llano, en una gran avenida. Avanzaba con el libro apretado bajo el brazo. Descubrí que era una novela.

"¿Le gusta mucho la literatura?" le pregunté.

Agitando la cabeza dijo: "Lo que me interesa más es la botánica. Pero, el viejo jefe de la brigada de producción insiste en que debo leer novelas, dice que es necesario hacerlo. . ."

Luego se ríe a carcajadas: "En realidad, no me obliga el viejo jefe de la brigada, sino el trabajo me requiere. ¡No puedo decir que no me gusta leer novelas!"

Sugerí: "Debiera leer más las obras literarias y artísticas."

Con énfasis dijo: "¡El viejo jefe de la brigada dice que leer novelas no es un mero pasatiempo en busca de diversión sino que por el contrario es aprender a tomar la literatura y el arte como una arma en la lucha de clases en el campo!"

Ella era de carácter muy agudo y claro, tenía una fuerza indescriptible. Si uno quería enfurecerse con ella, no lo conseguía y terminaba halagándola.

"¿Cómo se llama usted?"

Guiñando el ojo dijo: "Adivine."

Sonreí sin recursos.

Girando los iris de sus expresivos ojos: "¿No ha adivinado? Le digo que me llamo Tsui-chüan."

No oí claramente, porque el nombre era extraordinariamente sorprendente para mí.

Por eso, ella me explicó: "Tsui significa el color verde como jade, chüan, fuente montañosa, por consiguiente, me llamo Fuente de Jade. En el norte de nuestra aldea, hay un arroyo de piedra, y entre las grietas de la roca fluye el manantial que corre día y noche durante las cuatro estaciones del año. El viejo jefe de la brigada dice que la fuente no se agotará, su manantial es profundo, su corriente, larga, dentro de unos años, los árboles plantados a sus orillas se elevarán crecidos al sol prodigando sombra y reflejando su verdor en ella, cual exquisita esmeralda. . ."

"¡Oh, eres una poetisa!" exclamé.

Ella sonrió y dijo pensativa: "Uno siente verdadero deleite al ver la fuente. Aunque pequeña, tiene energía inagotable y siempre sigue su curso. . ."

No comprendía si estaba haciendo un poema o expresaba otro sentido.

De súbito se detuvo y me preguntó: "¿Eh, camarada, es hermoso Pekín?"

"Claro, muy hermoso."

"¿Cómo es, cuénteme?"

"Es difícil expresar en pocas palabras. Pekín es nuestra capital, centro político y cultural de nuestro país, donde se puede ver lo más bello de nuestro Estado. . ."

"Puede usted explicarme de un modo más detallado."

"Bien, no vamos a hablar de las conocidas construcciones antiguas como el Palacio de Verano, el Palacio

Imperial, el Templo del Cielo y el Parque Peijai, etc. Lo que realmente destaca en Pekín son los nuevos monumentos erigidos después de la Liberación como el Gran Palacio del Pueblo, la nueva Estación de Pekín, el Palacio Cultural de las Nacionalidades y la Exposición Nacional de la Agricultura, etc., que embellecen aún más a nuestra capital. . ."

Ella animada me escuchaba atentamente e interrumpió el relato: "¿Son felices los que viven en Pekín?"

"Naturalmente."

Ella meneó la cabeza: "No es así."

Me sorprendió su afirmación, pero recordé inmediatamente que debía mantenerme vigilante para evitar que me jugara otra pasada.

No obstante, esta vez su gesto parecía muy serio. Siguió: "¡Pienso mucho en Pekín, verdaderamente!"

Pregunté: "¿Ha estdo allí?"

Sonrió y contestó todavía pensativa: "Es como si lo hubiera conocido, Pekín está siempre en mi corazón. Pienso que es tan hermoso como nuestra aldea de Colina Rodeada. . ."

Sonreí sigilosamente.

Al reparar en mi reacción, dijo seriamente: "No tiene por qué reírse, es verdad. Diga, ¿la hermosura de Pekín cayó del cielo?" Luego dió algunos pasos y continuó: "Una vez, llegué verdaderamente a Pekín, me sacaron una foto en la Plaza de Tien An Men. . . El fotógrafo era muy particular, me obligó a reír, a reír. Reía, reía a carcajadas, tan sonoras que se despertó mi mamá, ella me dió una palmadita. . ."

Yo sonreí al escucharla.

Ella se tornó pensativa otra vez y dijo: "En este momento, si alguien me presenta un pasaje, tampoco quiero ir."

"¿Por qué?" me extrañé. "¿Acaso no sueña con ir?"

"Sí, sueño, pero no quiero."

"¿Qué le hace decir eso?"

"Si el Presidente Mao me pregunta: '¿Se ha construido bien su pueblo natal?' ¿Qué contesto? ¡No puedo entrar en Pekín con las manos vacías! Esta es la razón."

Entonces, me percaté de la profundidad de visión de la chica.

Sin darnos cuenta, entramos en la aldea de Colina Rodeada, un pueblo muy bello.

Puso el equipaje en la tierra, enjugó el sudor de su rostro y dijo: "Hemos llegado. Después de arreglar el alojamiento, venga a mi casa para visitar." Dicho eso, corrió hacia la calle meridional. Sobre su espalda, impelida por el aire, se agitaba la gruesa trenza.

III

Me alojé en la calle septentrional.

Me dieron posada en su casa una pareja: el viejo jefe de la brigada de producción y su esposa. El tendría unos 64 años, era el mismo que mencionaba constantemente Fuente de Jade, hombre franco, sagaz y capaz. Tenían hijos ya grandes. Su vieja compañera era una persona hospitalaria. Desde el primer momento me acogió y nos convertimos en parientes de una misma familia.

Después de cenar, el viejo jefe de la brigada salió para despachar sus asuntos cuando su esposa terminó de

lavar la vajilla y los palillos, tomó una banqueta, me dijo: "Aquí, tenemos la costumbre de salir a tomar aire fresco cuando hace buen tiempo. Grandes y chicos van a la calle después de la cena. Ultimamente, algunos ancianos invitan a un cuentista, y se anima aún más la reunión al aire libre. Mi marido dice que esta noche se relatarán los cuentos nuevos. La célula del Partido opina que no es conveniente difundir los viejos cuentos. Vamos juntos, para escuchar los nuevos relatos, veremos si son interesantes."

Nos caminamos hacia allá. Los comuneros que salían de sus casas, portando sus abanicos se dirigían por el centro de la calle, hacia un nogal cerca del puente. Allí una lámpara permitía apreciar la concentración de mucha gente. Hombres, mujeres y niños hablaban y reían con gran alborozo. Se escuchaban, también, las tiernas voces bajas de algunos padres para distraer a sus pequeños hijos. Era una escena animada.

Un hombre, con andar seguro, apareció entre la muchedumbre, se hizo un repentino silencio. Como estaba de espalda contra la luna, no se podía ver con claridad su rostro. Sin embargo, alcancé a observar que alguien le entregó una banqueta donde se sentó. Después de tomar un trago de té, echó tabaco a su pipa, tosió, se trataba del cuentista.

"Vecinos, hoy, contamos la historia de que Tou Ertun robó un caballo imperial. . ."

La esposa del viejo jefe de la brigada se metió por entre el gentío, mirando alrededor y preguntó sorprendida: "Señor, ¿no se ha dicho que esta noche oiremos nuevos cuentos?"

Alguien se sumó a la protesta: "Verdad, el viejo jefe de la brigada dijo anoche que en adelante se contarían nuevos relatos. No debemos perder el tiempo en estos viejos mijos y corrompido ajonjolí."

Otro demandó con sinceridad: "Señor, ¡por favor, narre un nuevo cuento, los nuevos abrirán nuestros ojos!"

Meneando la cabeza aquel hombre miró al que habló, dijo lentamente: "Discúlpeme, no puedo contarles los nuevos, si quiere escucharlos, mejor es que invite a otro más competente."

Al oír eso, algunos se impacientaron: "No haga usted caso, escucharemos lo que cuente."

"¡De todas maneras, por la noche, estamos libres al fin y al cabo, todos los cuentos sirven para divertirnos!" añadieron otros.

Justamente en ese momento, alguien, que estaba fuera de la muchedumbre, gritó: "¡Camaradas comuneros, si algunos quieren escuchar los nuevos cuentos, vayan al lado occidental!"

Miré hacia el oeste, y vi un grupo de gente reunida bajo un nogal en el que colgaba una lámpara brillante, el que habló fuera de la muchedumbre justamente era el viejo jefe de la brigada. La dueña de mi posada me dió un codazo ligero: "Mire, mire, allá hay un competidor. Sin duda, contará los nuevos. Vamos allá para escuchar." Dicho eso, me tiró hacia el lado occidental. Los que estaban en ese lugar casi todos eran jóvenes y cuadros de la aldea. Ellos rodeaban a la cuentista, que era nada menos que la chica que me acompañó por el sendero: Fuente de Jade. ¡Qué sorpresa!

Ella se sentó en un banquillo, bajo la lámpara, con un libro en sus rodillas: *La historia de Liu Ju-lan,* obra

que consiguió en la biblioteca de la comuna, por la mañana. Estaba algo nerviosa una y otra vez, volvía las páginas del libro o movía el banquillo con impaciencia...

El secretario de la célula de la Liga de la Juventud Comunista se acercó a ella, llevando una tetera de porcelana en colores y un vaso, le dijo: "Moje la garganta para que hable con mayor fuerza."

La directora de la Federación de Mujeres de la aldea se presentó también. Después de acondicionar la lámpara para hacerla más brillante, dijo: "Comience, Fuente de Jade, contemos aunque sólo quede una persona que escuche. Si el aceite de la lámpara no basta, lo sacaremos de mi casa."

Fuente de Jade, levantando la cabeza, miró a los hombres a su alrededor, sus ojos, empezaron a chispear, tosió ligeramente y empezó: "Camaradas comuneros, acabo de pedir prestado este libro. Todavía no me he preparado bien. Hoy, probaré por primera vez. Voy a contarles un fragmento de la obra, que se titula 'La muerte de Liu Ju-lan como mártir'..."

"¡Bien!" asintieron todos.

"¡Bravo!" aplaudieron entusiasmados.

El relato que contaba Fuente de Jade atraía a más y más personas que estaban en el otro lado. La gente escuchaba atentamente, emocionada e inspirada por el sacrificio heroico y las hazañas revolucionarias de Liu Julan. Permanecían sentadas en silencio y nadie quería salir cuando Fuente de Jade terminó el fragmento del cuento.

Después de la reunión, el viejo jefe de la brigada y yo salimos de regreso, caminamos charlando bajo la luz

de la luna menguante, fue entonces que me habló de Fuente de Jade.

Fuente de Jade, hermosa niña, era la favorita de su madre. Por generaciones los pobres de la aldea de Colina Rodeada nunca pudieron aprender a leer o escribir, particularmente las niñas tenían menos ocasiones de aprender que los niños. Después de la Liberación, aquí se establecieron las escuelas, Fuente de Jade era una del primer grupo de alumnas. Todos los aldeanos la querían, los cuadros la apreciaban mucho. Cuando ella cursaba el 2° grado de la escuela primaria, el viejo jefe de la brigada organizó el primer grupo de ayuda mutua en la aldea y requirió su colaboración como registrador aficionado de ese grupo. Al comienzo, ella no podía calcular bien las cifras de los diez cuadernos de control. El viejo jefe de la brigada pasaba muchas horas en cuclillas bajo el nogal, enseñándole a contar las cifras, usando piedras pequeñas y dibujando rayas. Finalmente, hizo bien las cuentas. Ella desempeñó muy bien el trabajo de registrador aquel año. Además, logró el primer lugar en el orden de mérito de aritmética en su escuela. Cuando el pueblo con el viejo jefe de la brigada a la cabeza, fundaron la cooperativa agrícola en la aldea, Fuente de Jade estudiaba en el grado superior de la escuela primaria. Ella fue invitada a trabajar como secretaria aficionada. Se dispuso a escribir la primera información acerca del trabajo y sólo logró tres líneas y no pudo escribir más. En aquel entonces, estaba el viejo jefe de la brigada que le enseñaba corrigiendo frase por frase. En el lapso de un año, ella escribió un buen número de reportajes. En su escuela, cuando la examinaron en redacción, obtuvo la

nota más alta, nuevamente. Cuando ella entró a la escuela secundaria, la cooperativa de su aldea se convirtió en la comuna popular. Ella actuaba como propagandista aficionada. Después de su clase, siempre era llamada a participar en todas las reuniones. Gracias al trabajo duro y a la buena instrucción, ella se transformó en una buena estudiante en pleno desarrollo.

La joven elevaba su capacidad con la participación práctica en la lucha de clases. Sin embargo, su madre consideraba todos sus méritos como muestras de "talento innato". Ella tenía gran esperanza en su hija, deseaba que llegara a ser una notable personalidad. Cuando su hija se graduara en la escuela secundaria ella no quería que se quedara en la aldea, sino por el contrario pretendía que saliera de la casa hacia el anchuroso mundo.

"Usted no quiere que yo viva aquí," Fuente de Jade dijo a su madre.

"No es que te empuje a salir, es que ya la aldea resulta chica para tu capacidad."

La madre utilizó todos los medios posibles para llevar a cabo su objetivo; pero la joven persistió en su deseo de quedarse. Sin embargo, no se dio por vencida, a pesar de sus continuos fracasos y concibió otra táctica. Un tío de Fuente de Jade trabajaba en una farmacia de Pekín, tenía todo lo que necesitaba en la vida, excepto hijos. El quería mucho a Fuente de Jade por su buen carácter y talento y deseaba adoptarla. No hacía mucho, envió una carta pidiendo que la joven fuera a Pekín, a vivir, para que pudiera estudiar en la universidad o trabajar allí. Fuente de Jade estaba discutiendo con mamá, precisamente porque no quería marchar de la aldea.

Cuando el viejo jefe de la brigada tocó este punto se emocionó y prosiguió el relato: "No es clara la mentalidad de la madre de Fuente de Jade. Ella ha olvidado todos los sufrimientos del pasado de nosotros, los campesinos pobres. Insiste en que la capacidad de la niña es innata y por tanto, su hija no podrá desarrollar su talento si se queda en la aldea. ¡Ah, no sabe que esta niña ya ha arraigado profundamente en nuestra tierra! Fuente de Jade es inteligente, y es que se ha nutrido en nuestra tierra colectivizada. En poco tiempo, ha proporcionado muchos servicios trabajando como adulto; puede escribir, pintar y hablar igualmente bien. Los cuatro murales son redactados y escritos por ella misma y se publican cada tres días. Parece que el centro radial se establece especialmente para ella. Su voz es tan dulce casi como una melodía. Los murales y su espacio radial difunden tantas historias de hombres buenos y sus hazañas. En estos momentos, ¡para construir la región montañosa necesitamos mucho de tales jóvenes! ¿Qué podrá hacer si no responde a la necesidad estatal y colectiva, si se aleja del trabajo físico y de la lucha? Ahora, estamos tratando de convencer a su madre para que esté de acuerdo con nuestro punto de vista. El camino, que pertenece a Fuente de Jade, es ancho y llano. Si escoge este camino o no, depende de que ella escuche las palabras del Partido o no. Claro está que es todavía muy joven y actúa muchas veces como una niña. Por eso, tenemos que prestarle más atención, darle consejos y directivas."

Me emocionó la presentación de Fuente de Jade, la evaluación de su labor y de sus éxitos y especialmente, la apreciación de su crecimiento y su futuro como un her-

moso poema narrativo, que relató el viejo jefe de la brigada.

IV

Fuente de Jade aparecía siempre como un pájaro alegre volando y cantando. Sólo un mediodía, en el patio de mi posada, se detuvo. Era la primera vez que la veía tranquila. Sentada seriamente en un banco, remendaba una chaqueta blanca del viejo jefe de la brigada. Cuando ella enhebró tranquilamente la aguja y daba puntadas con gran habilidad se mostraba muy apacible y elegante.

Al verme, se apresuró a hacer unos pespuntes, cortó el hilo con sus dientes, saltó y me dijo con una voz de queja: "¿Adónde fue en la mañana? ¡Lo esperé medio día! Por favor, entre en la habitación, le ruego que me resuelva un problema."

Cuando entré a la habitación, sacó una hoja de papel blanco y un sobre del bolsillo de sus pantalones, tendió el pliego en la mesa, me exigió sentarme, y puso un lapicero en mi mano, diciendo solemnemente: "¿Podría escribir una carta por mí?"

Creí que estaba bromeando, me puse de pie para salir y le dije modestamente: "¡No me haga bromas! ¿Cómo puedo pensar que una intelectual tan capaz como usted me ruega escribir una carta?"

Insistió agitada: "¡Le digo seriamente! Le dictaré y usted escribirá. ¿Puede hacerlo?"

Al verla tan decidida, me senté otra vez. Ella empezó: " 'Querida hermana mayor:' ¡Escriba!"

Escribí estas palabras.

" '¿Tiene usted buena salud?' "

No pude tolerar la risa.

"¿Qué es cómico para usted? Precisamente, aquel hombre se interesa en jugar con las palabras. Su estilo no es literario ni vernáculo. Siga: 'Mi esposa y yo hemos venido estudiando el asunto de que la sobrina ingrese a la universidad o a trabajar, y consideramos que este asunto se relaciona con el desarrollo y el futuro de la niña, por lo que hay que meditar seriamente. . .' "

Copié todo lo que ella dictaba.

Sus dos manos se apoyaban en el borde de la mesa, con el rostro erguido, sus dos ojos brillantes contemplaban con atención las cordilleras y bosques verdes a través de la ventana. Después de una pausa, continuó: " 'Hoy en día, están construyendo el socialismo en el campo. Esa es la gran causa relacionada con la felicidad de futuras generaciones, es la causa que no pudieron soñar nuestros antecesores. ¡Los jóvenes que viven en esta época, pueden sudar por esa causa! ¡Eso es lo más digno, lo más glorioso!' "

A medida que hablaba, su rostro se tornaba duro rígido, sus dos manitas se cerraban en puños.

Siguió: " 'Como usted misma ha dicho la hermana mayor, que la niña es una joven inteligente, inteligente gracias al trabajo físico, a la vida y la lucha del campo, creemos que ella puede utilizar esa inteligencia en su pueblo natal donde le espera un desarrollo de gran porvenir. . .' "

Echando atrás un puñado de cabello que caía sobre su frente, "¡Escriba, por favor!" dijo con formalidad.

" 'Por ejemplo, la fuente del norte de la aldea es nutrida por las cordilleras con el jugo de su propia entraña, convirtiéndose en un arroyo hermoso y útil que corre sin cesar; si la trasladan a otro lugar, la secan. Un joven, si sale del camino señalado por el Partido, si es separado de la colectividad, de la revolución, perderá toda la vitalidad. ¡No! ¡No lo quiero hacer!' "

Su grito repentino me sorprendió mucho.

Se mordió los labios, después de un momento, reanudó: "¡Eh! No escriba esta última frase. Si ya la ha escrito, táchela pronto." Siguió: " 'No debe menospreciar el trabajo rural. ¿Cómo pueden existir las bellas ciudades sin la construcción rural?' "

"¡Siga pronto!" ella puso un dedo en el lugar del papel. "Continúe desde esta línea. 'Las aldeas futuras serán tan hermosas como las ciudades. ¿No es ya tiempo de que se comience a plantar los árboles para bosques, a enverdecer las montañas vírgenes y a construir embalses y centrales eléctricas? ¡Con frutales, agua, electricidad y todos los tipos de máquinas, la región montañosa prosperará como si tuviera alas! Si alguien desprecia al campo, será una persona necia.' Espere un minuto. Déjeme pensar si escribe la palabra 'necia' o no." Frunció las cejas, se mordió los labios, pensó un poco, tomó una decisión, asintió: "Sí, quiero. Siga ahora mismo. 'Debemos respetar la aspiración de la sobrina. Debemos apoyarle que se quede en el campo, como campesina instruida de la nueva generación, continuadora roja de la nueva aldea socialista que se construye. . .' "

Por fin, terminé de copiar el dictado de su carta.

La leyó desde el comienzo hasta el fin, me rogó corregir algunas frases, algunas letras, puso el nombre de

Chen Fu-te al pie de la carta. Yo no comprendía qué significaba todo lo que había hecho. Antes de aclararme, ella la puso en un sobre viejo, corrió afuera jubilosamente.

Le seguí de cerca, vi que habló sigilosamente con la dueña de mi posada, no pude oír qué le decía, ni sabía de qué la anciana se reía a carcajadas, mientras recibía la carta. Limpiando el polvo con golpecillos de su vestido salió afuera.

Aproximadamente después de media hora, la madre de Fuente de Jade entró precipitadamente al patio, preguntando: "¿Está en casa el camarada Liang?"

Salí fuera de mi habitación para recibirla. Me dijo: "Le ruego que me lea usted esta carta, enviada por mi cuñado de Pekín; su letra no es muy clara, no puedo leer bien."

Al tomar la carta, quedé mudo. ¡Era la misma carta que acababa de escribir para Fuente de Jade!

La anciana reiteró: "Lea por favor, ¿qué dice?"

Cuando comencé a leer, tartamudeaba como si leyera un texto en idioma extranjero. Pero, en la medida que avanzaba en la lectura me fui aclarando.

Al terminarla, su madre se paró, pensativa, no atinaba a moverse ni hablar nada.

Acudió a ella la dueña de mi posada que estaba cerca y le preguntó: "¿Cómo? ¿Qué ha escrito? Por favor, que lea otra vez el camarada Liang para mí."

La madre dijo: "No es necesario. La carta expresa los mismos argumentos y no hay diferencia entre Fuente de Jade, el viejo jefe y los aldeanos. ¡No hace falta que él me enseñe! ¡Yo no conozco a mi propia hija!"

La dueña de mi posada dijo: "¡A mi manera de ver, no sabe usted nada de su hija. Ella quiere trabajar en el campo, y usted insiste en que vaya de aquí."

La madre de Fuente de Jade suspiró: "Si todo el mundo opina así, tal vez tiene razón. Dejaré que ella decida. No intervendré más."

Dicho eso, Fuente de Jade irrumpió en el patio, se abrazó al cuello de su mamá, y gritó con risa: "¡Ah, mamá, al fin consientes, tienes que cumplir con tu palabra!"

La dueña de la casa y yo rompimos a reir, tan fuerte que casi no podíamos respirar.

Al escuchar las carcajadas, el viejo jefe de la brigada apareció desde la puerta. Observó la escena y con reproche y autoridad reflejados en su rostro curtido y moreno dijo a Fuente de Jade: "Esto es un asunto importante. ¿Cómo se puede resolver a manera de travesura? El camino que has elegido es justo y debe actuar con franqueza. Usando tretas no se puede resolver radicalmente los problemas, sino que por el contrario, se manifiesta no tener razón. Hay que convencer con razones justas a los otros. ¡Si uno solo no puede lograrlo, todos nosotros estamos para ayudarla!"

Fuente de Jade, al principio, se sorprendió y después se mostró cabizbaja, reconociendo su error de haber falsificado la carta.

Volviéndose el viejo jefe de la brigada dijo a la madre: "¡Siéntese, hermana mayor! Hoy, no tenemos nada que hacer, charlemos un buen rato sobre algunos asuntos que nos preocupan. Las palabras escritas en esta carta no son de su cuñado, son palabras que saltan del

corazón de su hija. Nosotros, los viejos, así como amamos a los hijos, también debemos guiar a la joven generación, piénselo usted tranquilamente. ¡Siéntese!"

La madre se sentó al borde del *kang*, avergonzada y dijo casi balbuceando: "Camarada Liang, lea otra vez la carta."...

V

Noche de luna nueva; la aldea estaba bañada de luz plateada, el viento fresco flotaba en el aire, mezclado con la fragancia de vistaria.

En el aire sonó otra vez la voz de Fuente de Jade: "Camaradas comuneros. . ."

Esta voz era más sonora y enérgica, más melodiosa que otros días. Se tranquilizó inmediatamente la gente que estaba sentada tomando el aire fresco y charlando en sus patios y en la calle.

"El comité de la brigada les avisa que mañana, comenzaremos a plantar los árboles a la orilla del arroyo. Ese será el inicio de nuestro gran combate para transformar el aspecto de las montañas despobladas. No sólo haremos que crezcan los cereales entre las grietas de las rocas, sino que también se produzca madera, frutas y otras cosas buenas. Mañana plantaremos los árboles, cuyos frutos veremos en cinco años. Los montes y las cañadas se convertirán en graneros y huertos..."

Me senté al lado del viejo jefe de la brigada, escuchando atentamente el programa radial, a pesar que estaba separado de Fuente de Jade por algunas calles, me parecía ver su rostro sonriente y emocionado.

Aquella noche nos acostamos más temprano que otros días, pues queríamos levantarnos de madrugada para plantar los árboles; acababa de conciliar el sueño cuando me despertaron unos golpes en la ventana. Me llamaba en voz baja: "Levántese, camarada Liang, levántese."

"¿Es Fuente de Jade?"

"Con poco ruido. Salga afuera, quisiera decirle algo."

Me vestí apresuradamente y salí preocupado porque hubiera sucedido algo.

Cerca de la ventana, con una linterna en la mano, la chica me esperaba un poco nerviosa, pero muy alegre. Asiendo la manga me tiró fuera, hacia la calle. Al salir de la puerta, me dijo: "¡Ah, qué bueno! Acabo de telefonear a la dirección de la comuna y me informó que habían llegado almácigos de manzanos. Vamos a traerlos."

Yo miraba la luna que iba cayendo hacia el pie de la montaña.

Ella trató de adivinar lo que pensaba. "¡No tema usted las tinieblas de la noche! Yo lo guiaré y con esta linterna le aseguro que no caerá en ninguna zanja. Las plantitas de manzanos han sido sacadas de la tierra por tres días. Las plantaremos más temprano, así crecerán con más vitalidad. Además, no podré sentirme tranquila hasta que los almácigos estén en nuestras manos."

Acudimos a la comuna zigzagueando el sendero montañoso. El secretario de la comuna había separado los renuevos de manzanos y atado nuestra porción. Olvidándose de decir algo, ni siquiera las gracias, Fuente de Jade los llevó precipitadamente a cuestas.

En aquel momento, la luna ya había caído. En el valle nada se podía ver. La montaña y el bosque estaban totalmente en la oscuridad.

Le propuse buscar un palo para llevar los atados de plantas entre los dos.

Ella dijo: "No vale la pena, los llevaremos a cuestas por turnos, así es mejor."

Avanzamos un poco, me acerqué a ella: "Ya es mi turno."

Ella me dijo sin volver la cabeza: "Déjeme llevar un poco más."

Después de un rato, insistí: "Démelos."

Aceleró sus pasos: "Espere un minuto."

La perseguía pugnando por cargar las plantas y ella me rechazaba siempre. Sin darnos cuenta, llegamos a la entrada de la aldea.

Le dije disgustado: "Puesto que no me permitió ayudarla, ¿por qué me ha buscado y deja que yo haya dado una vuelta inútil?"

Ella dijo: "Escuche la verdad, en toda mi vida, no he salido por la noche oscura, claro está que tenía miedo. Aunque después de haber dado la vuelta, he constatado que el día y la noche son iguales, y por tanto no hay que temer. ¡De haberlo sabido antes, no le hubiera pedido que me acompañara!"

¡Ah, es que sólo quería mi compañía!

Al entrar en la aldea, puso en tierra los atados, tomó un profundo aliento, se limpió el sudor, levantó la cabeza y miró las estrellas, me recomendó: "¡Regrese a acostarse, ya es muy tarde!"

Pregunté: "¿No me dijo que plantaríamos inmediatamente?"

Respondió: "No importa que lo hagamos tarde o temprano, es mejor que se acueste. ¡Mañana todavía tiene mucho trabajo que hacer! Yo también quiero acostarme." Al decir eso, se fue cargando al hombro los almácigos de manzanos. . .

Al amanecer, el viejo jefe de la brigada vino a llamarme. Llevamos cada uno una azada, salimos de la aldea, caminamos hacia el arroyo septentrional.

En la madrugada de junio, la niebla ligera amortajaba desde el pico de la montaña hasta la cima de los árboles, cruzaba el riachuelo y flotaba poco a poco sobre las gradas del dique de granito.

¡El áspero valle se transformó desde entonces en un lugar muy apacible! El vapor ascendía desde la corriente cuyo gorgoteo podía oír desde lejos. En ese momento, una figura bonita apareció a la orilla del arroyo. Saltó desde allí alegremente, corría, se perdía entre los arbustos, nuevamente salía.

El viejo jefe de la brigada me tocó ligeramente, me dijo al oído: "¡Vea! Fuente de Jade se levantó más temprano que nosotros. ¡Qué niña tan inteligente, esta vez puede sentirse muy satisfecha!"

Fuente de Jade nos descubrió, corrió y saltó por encima del arroyo hacia nosotros. En su frente se hallaban gotas de sudor, los pantalones estaban mojados por el rocío y emplastados con algunas hojas de hierba, la mano que tomaba el pico estaba llena de barro. Agitando la mano exclamó con júbilo: "Miren, manzanos."

El viejo jefe de la brigada no comprendió bien lo que ella había dicho y preguntó: "¿Qué manzanos?"

Fuente de Jade le señaló con el dedo: "¿No son aquéllos?"

¡Ah, una fila de estacas de manzanos se había plantado en la tierra amarilla a la orilla del arroyo en este valle. El barro mojado cubría las raíces de manzanos, el sol matutinal coloreaba las ramas tiernas.

El viejo jefe de la brigada se acercó a zancadas hacia los manzanos, parpadeando contó: "Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Ah, treinta! ¿Cuándo se han plantado? ¿Toda la noche, no se ha acostado?"

Fuente de Jade sonrió, pero esquivó contestar la pregunta. Peinando con la mano un puñado de cabello mojado, dijo: "Viejo jefe de la brigada, de acuerdo con las directivas expresadas ayer por usted, he marcado las áreas de los bosques y de los huertos, cuando los comuneros vengan podrán plantar inmediatamente. Mire usted, ¿está bien o no lo que he marcado?" Al decir eso, sacó de su bolsillo un papel doblado, lo tendió en la tierra de hierba verde, añadió: "He dibujado un mapa de disposición de toda clase de árboles, de acuerdo con el plan hecho por el comité de la brigada de producción."

El viejo jefe de la brigada y yo estuvimos en cuclillas, junto con ella, para verlo. Era un pequeño plano de disposición del bosque con frutales, pintados de rojo y verde, y entre ellos de azul, se hallaba la fuente. Mientras tanto, ya el sol apareció en su esplendor, lanzando una capa de brillos coloreados en el dibujo, como si diera vida a todos los elementos del diseño: las hojas verdearon, los árboles florecieron, la corriente de la fuente fluyó, y reflectó todo...

Fuente de Jade dijo: "Viejo jefe de la brigada, es necesario que en adelante, nos quedemos aquí y velemos por el crecimiento de las estacas, acondicionaremos un albergue, de cualquier manera."

"Yo solo puedo hacerlo, ¡no vale la pena que tú habites en las afueras despobladas!"

"Quiero vigilarlos de cerca viendo que echan raíces, crecen las hojas tiernas, florecen, viendo cómo se dan las frutas maduras por el sol. ¡Mi mamá está de acuerdo en que me quede en mi aldea de Colina Rodeada! ¡Quiero trabajar aquí como siempre he soñado!"

Al mirar el dibujo y oír la voz de la niña que sonaba en mis oídos, me emocioné profundamente. Recordé repentinamente la primera entrevista con ella cuando hablamos sobre Pekín, la capital. Me apresuré a explicarle: "¡Fuente de Jade, aquel día, cuando yo dije que Pekín era bonita, usted replicó que Pekín debiera ser tan bella como la aldea suya de Colina Rodeada; cuando yo le conté que el pueblo de Pekín era feliz, usted no me creyó. Eso me extrañó mucho, porqué pensaba, entonces, de esa manera. ¡Ahora lo comprendo bien!"

Un pequeño insecto se paró en el dibujo. Quitándolo, ella dijo con sentido profundo: "Tenía que comprenderlo mucho antes. Pekín es el lugar más bonito, porque el pueblo trabajador lo construyó. Con el trabajo aplicado, el pueblo puede hacer que los sitios originalmente no bellos se transformen en magníficos; si uno no tiene conciencia socialista, no toma la decisión de dedicar toda la vida al socialismo, sólo espera que los otros edifiquen ciudades hermosas como Pekín y luego acude allá, sólo para disfrutar lo que otros han construido con sus propias

manos, ¡tal especie de personas no pueden ser nunca felices!"

¡Fuente de Jade, eres tú una muchacha verdaderamente inteligente, eres tú una niña feliz!

Pekín, 27 de diciembre de 1964.

INDICE

EL JAMELGO ZAINO	1
EL APRENDIZAJE DE SIA CHING-MIAO	15
OBSEQUIAR SEMILLAS DE VERDURAS	43
LLAMADA A LA PUERTA A MEDIANOCHE	55
NUBES PURPURAS	65
LLUVIAS ALBARICOQUERAS	80
LUNA DE MIEL	98
FUENTE DE JADE	123

彩　霞
浩　然　著
董辰生 陈玉先　插图
*
外文出版社出版（北京）
1975年（34开）第一版
1976年第二次印刷
编号：（西）10050—817
00100
10—S—1317P

cuadros de base desinteresados que trabajan duramente y mantienen vínculos estrechos con las masas; jóvenes sellados de bellos ideales de vida, enérgicos, que marchan intrépidamente hacia adelante; también figuras femeninas, entusiastas, llenas de alegría de vivir, emancipadas del viejo mundo espiritual. . . A través de los diferentes relatos acerca de la vida y los diversos modelos de personalidad el autor manifiesta el noble ánimo de los personajes.

La mayor parte de sus escritos tienen como fondo a su pueblo natal, contando de ese modo con el tono de las zonas rurales de la región norteña de China.